Jefe,

¡NO PUEDES SER TAN SENSUAL!

COMEDIA ROMÁNTICA

JENNY DEL

Jefe,

¡NO PUEDES SER TAN SENSUAL!

COMEDIA ROMÁNTICA

JENNY DEL

Primera edición.

Jefe, ¡No puedes ser tan sensual!

©Jenny Del.

©febrero, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Epílogo

Capítulo 1



Hacía tiempo que nadie me ponía contra las cuerdas como lo habían hecho en aquella reunión.

De sobra intuía que la compra de ese imponente edificio en el centro de la ciudad no iba a ser sencilla ni barata, pero de ahí a esperar que el vendedor me acorralase como lo hizo, iba un trecho.

Se trataba de Alejandro Carrasco, un viejo conocido para mí. Uno que llegó hasta mi despacho con cara de pocos amigos y unos aires de superioridad que no me eran ajenos, pues los Pereyra también nos movíamos en los círculos sociales más altos a nivel no solo de nuestra gran ciudad, sino de toda España.

Pese a lo que cuento, él apenas separó sus labios. Alejandro Carrasco dejó la negociación al completo en manos de su joven y brillante abogada que se dirigió a mí con los mismos humos, pues tampoco parecía conocer la humildad.

Nada más entrar ella en la sala, Borja Herrán, mi hombre fuerte en el negocio y amigo de toda confianza desde la infancia, me había mirado. Sin duda que la belleza magnética de aquel bombón de en torno a 1,75 de estatura, perfectas caderas, melena oscura e inmensos ojos verdes fue el motivo de ello.

Hasta que comenzó a negociar en nombre de su jefe. Y entonces supe que de imponente bombón solo tenía la apariencia. No había un ápice de dulzura en aquella picapleitos que soltaba preceptos legales como si se hubiese empachado de ellos y los estuviese vomitando mientras sus verdes ojos me sostenían la mirada.

Debía rondar los 30 y, sinceramente, me impresionó. Y en las esferas en las que solía moverme, como que eso no resultaba fácil, en el sentido de que todos eran profesionales de lo más reputados.

Por mucho que lo intentase, no me sacaría de mis casillas ni me haría desviarme de mi objetivo final: yo tenía fijado un precio y no conseguiría uno mayor para su cliente.

Alejandro me observaba con parsimonia y me dejaba hablar. El primer gran negocio que cerré en mi vida y el que me postuló para heredar más tarde la empresa familiar, lo hice con su padre.

Y no niego que en aquella ocasión conocía el dato de que los Carrasco no pasaban por su mejor momento y supe sacar tajada de nuestro acuerdo.

Era un secreto a voces que, desde entonces, Alejandro me la tenía jurada y por ello ni siquiera me cogió el teléfono cuando traté de hablar con él para comprarle aquel edificio que llevaba tiempo esperando que pusieran en venta.

Mi abogado, Alfonso de la Hoz, me estaba defraudando y no era la primera vez.

A menudo, el poder corrompe. Alfonso ya trabajaba con mi padre, Ernesto Pereyra, desde hacía muchos años cuando este se jubiló y dejó el *holding* inmobiliario de la familia en mis manos. Siempre presumió de buen olfato, pero cuando tienes tanto dinero como el que él llegó a amasar representando a mi familia, corres el riesgo de acomodarte. Y me daba la impresión de que eso era lo que estaba sucediendo.

No me sentí ni medianamente cómodo en aquella reunión en la que esa rutilante abogada mostraba la clara intención de desplumarnos, sin duda la que le había transmitido su jefe, que dejó que ella le enseñase los dientes a Alfonso como si se tratase de un Rottweiler y él de un chihuahua.

La camisa no me llegaba al cuerpo y estaba temiendo que llegase a su final sin alcanzar acuerdo. Tal idea no entraba en mis esquemas y, además, que la siguiente semana tenía que viajar a Londres por negocios y no podía permitirme hacerlo con aquella negociación a medias.

De entre todos los inmuebles que hubiese en aquel momento en venta tanto en mi ciudad como en las colindantes, era el que más me interesaba. Y, aparte, dadas las circunstancias, se había convertido ya en algo personal para mí.

Borja, que me conocía muy bien, me dirigía ese gesto suyo tan característico de que bajase el nivel y me relajase. No podía. Yo no era, haciendo el símil con esos coches que tanto me apasionaban, un utilitario pensado para andar por la ciudad haciendo la compra. Yo era un Ferrari acostumbrado a rugir. Y sentía que me estaba ahogando en esa reunión.

Consulté mi reloj y concluí que había llegado la hora de alcanzar acuerdo o de darla por finalizada. Me jodía sobremanera dar mi brazo a torcer y pagar un precio mayor del que me fijé al respecto, si bien dejarlo en el aire entrañaba un riesgo brutal de que algún otro inversor mejorase mi oferta y me encontrase a mi vuelta de Londres con que se alzó con el preciado trofeo.

Notaba cómo mi corazón bombeaba sangre a toda velocidad en el interior de mi pecho y cómo se me iba hinchando la vena del cuello, por mucho que en nada me pareciese a un cantaor de flamenco.

Por supuesto que esperé al último momento, ese en el que Alejandro se levantó muy digno gracias a que su abogada, cuyo nombre era Naiara Castro, me había apretado las tuercas como

nunca antes lo hicieron.

—Pues bien, en otra ocasión será. No puedo decir que haya sido un placer hacer negocios contigo, Teo, porque aquí, más que salir ganando ambas partes, hemos perdido el tiempo, para sorpresa de nadie. Ya sospechaba que no disponías de la suficiente liquidez.

La sangre me hervía en las venas, ¿que no disponía de ella? Cien negocios como ese hubiera podido cerrar con él, solo que me jodía a tope pagar un precio mucho mayor del que me marqué como tope.

—Alejandro, sin duda que el inversor danés del que te hablé sabrá apreciar como es debido la joya que le estamos ofreciendo. Le voy llamando —le comentó muy alegremente su abogada, cuya mirada se volvió aún más fría y hermética, no dejándome escudriñar en ningún momento si iba o no de farol.

—Está bien, hay acuerdo —pronuncié y Borja resopló porque esa chica lo había conseguido.

Capítulo 2



Nos despedimos con un apretón de manos y nos marchamos.

Borja me conocía lo suficiente como para saber que estaba muy cabreado.

—Si no fuera por lo del cumple de tu padre, nos tomábamos una copa en el club y nos olvidábamos del mundo hasta el martes —me dio un codazo.

—Si no fuera porque tenemos que ir a casa de mis padres, te aceptaría no una copa, sino una docena de ellas.

—¿Cuántos le caen? —me preguntó haciéndose el tonto como si aquel genio de los números no lo supiera.

—Lo sabes muy bien, mendrugo.

—65, 25 más que tú.

—Buen chico…

—Te ha faltado solo darme una galletita, ¿estás gracioso hoy?

—Ni lo estoy ni le veo la gracia a nada. Te dejo.

—No ha sido un mal acuerdo, Teo, y lo sabes.

—Si hubiera sido malo no lo habría cerrado, es obvio. Pero podría haber sido mejor.

—Un poco más o un poco menos de dinero, ¿qué más te da? Ha llegado un momento en el que sabes que jamás, por muchos años que vivas, podrías llegar a gastarlo. Ni siquiera si me hicieras caso y nos fugásemos los dos.

—Ahora eres tú el que ha sonado raro, a confesión de amor.

—No tienes tanta suerte. No eres mi tipo.

Borja era gay. Nos conocimos en el elitista instituto en el que ambos estudiábamos y al que asistían los cachorros de las familias más ricas de la ciudad.

No era el caso de mi amigo, que entró allí con una beca tras perder a su padre, y dado que el director se apiadó de ella porque su madre quedó mal económicamente y era una de las limpiadoras del centro.

Mi amigo sabía lo que era que el resto de los chicos le echasen en cara que no pertenecía a nuestro exclusivo mundo, haciéndole el vacío.

La primera vez que hablé con él fue después de enfrentarme a un grupo de abusones que le tenían acorralado no solo porque era pobre, sino también porque había algo en él que les chirriaba a aquellos aprendices de matones.

Ya por aquel entonces, con 15 años, libraba su propia batalla interna, de la cual me habló unos meses después, aunque su primer novio no lo tuvo hasta que entramos en la universidad, porque le costó lo suyo dar "el salto al vacío", como él lo llamaba.

Dadas sus excelentes calificaciones, puesto que era un máquina, logró hacerse con una beca también para estudiar en el extranjero y pudo acompañarme en mi formación posterior. De no haber sido así, habría convencido a mi padre para que se la pagase él, si bien no fue necesario y mejor así, porque a Borja siempre le gustó ganarse las cosas por sí mismo.

Desde siempre supe que terminaría trabajando conmigo. La carrera, equivalente a la española de Dirección y Administración de Empresas, la culminó con un premio extraordinario por ser el mejor de nuestra promoción, lo mismo que el máster.

Borja se dejó la piel para destacar porque sabía que él no tenía una familia que le respaldaría como a mí. O sí, porque se convirtió de pleno derecho en un miembro de la mía, algo que tanto agradecía su madre, María, esa mujer buena y sencilla que me quería igualmente como a un hijo.

Mi padre, que es un tanto cuadriculado, no supo de su orientación sexual hasta que tuve que convencerle de que Borja no era el candidato ideal para ennoviarse con mi hermana Daniela, la que me sigue en edad, y que le ponía ojitos a mi amigo.

Al final, tuve que hablar con ambos y lo comprendieron. Al poco, mi hermana, que me llevaba tan solo un par de años, se casó con Valentino.

Daniela era dentista y regentaba la clínica dental más grande y novedosa de toda la ciudad, con los últimos avances en tecnología. Junto con su marido, aquel italiano que me caía como una patada en los huevos, tuvo a mi sobrino Hugo, que en ese momento ya era un adolescente.

Valentino apuntó maneras de chulo desde el principio, pero como el amor es ciego, mi hermana se enamoró perdidamente de él. Nunca supe lo que le vio a aquel tipo que se aprovechó del dinero de mi familia para terminar como director de una clínica estética de enorme prestigio,

cuando se sacó la carrera de Medicina a lo justo y no servía ni para estar escondido. Vaya, que con mi hermana dio el braguetazo del siglo.

Me jodía especialmente porque mi sobrino Hugo parecía haber heredado más cosas de su padre de las que hubiéramos deseado y no es que fuese precisamente un ejemplo de crío. Ya le habíamos tenido que sacar de más de un embrollo en el instituto y parecía que a mi hermana le dolería la cabeza más de la cuenta con él.

Tengo otras dos hermanas más, que también estarían ese día en casa de mis padres, y de las que luego hablaré. Antes de dirigirme allí con Borja, quien también estaba invitado al almuerzo por supuesto, pasé a recoger un reloj que le había encargado y que pasaría a formar parte de la colección de los de mi padre, a quien le encantaban. También mi amigo le llevaba un pisacorbatas.

No estaba de buen humor. Suerte que a mi padre, cuando se trataba de celebraciones suyas, no le gustaba tirar la casa por la ventana y solo quiso festejar su cumpleaños con un almuerzo en casa, porque no estaba yo ese día para fiestas.

—Recuerda que ahora tenemos que ir a recoger a los niños —me comentó Borja.

—¿Te imaginas que me olvido también de eso?

—Amanda te cortaría las pelotas. Por cierto, ¿tan complicado le ha sido volver de París para asistir al almuerzo?

—Por lo visto, sí. Un fallo de fecha de un proveedor de telas que le ha arruinado el vuelo de vuelta. En fin…

—En fin, Serafín. No me digas que te toca un finde de niños para ti solito.

—Calla, Borja, haz el favor.

—Hombre, lo decía porque podríamos pasar por el club igualmente esta noche, ¿no? Si llamas a la chica que se suele quedar con ellos.

—Sí, a Emily.

—Esa, ¿crees que podrá hacerlo?

—¿Por la pasta que le pago por noche? Espero que sí.

Capítulo 3



Vivía desde hacía un tiempo con Amanda, mi novia, a la que conocí en una fiesta. Ella era diseñadora de moda y nos presentaron.

Comenzamos a charlar en ese preciso instante. Aquella rubia de ojos celestes, a quien parecían haberle dado cuerda, contaba un sinfín de anécdotas de su mundo profesional y lo hacía con mucha alegría. Eso siempre me gustó en la gente; que le pusiera pasión a lo que hacía.

Quedamos en que nos volveríamos a ver y, para mi sorpresa, coincidimos a la semana siguiente. Se trataba del primer día de cole para mi pequeña Karol, lo mismo que para su hijo, Rubén.

Ambos estrenaban centro escolar y lo hacían con sus uniformes y sus mochilas relucientes, aunque allí mismo, en la puerta, se retaron.

Desde entonces, poco cambiaron las cosas en ese sentido. Ambos críos se tenían una tirria impresionante, eran como el perro y el gato, como si se dieran calambre cuando se veían.

Si algo supimos llevar con inteligencia Amanda y yo fue el no dejarnos influir por la tóxica relación de nuestros peques ni a la hora de hacernos novios ni cuando decidimos irnos a vivir juntos. Para entonces, ya había pasado un tiempo y contaban con seis añitos cada uno, aunque el cumplir años no les llevó más que a aumentar su rivalidad.

Reconozco que quizás Amanda tenía más mano izquierda que yo cuando se quedaba a solas con ellos. A mí me costaba más aguantar las constantes riñas, las quejas y las salidas de tono de ambos.

Por separado, ninguno de los dos eran malos niños, pero juntos eran como el agua y el aceite, que no se podían mezclar.

No hace falta decir que a mi hija la adoraba y que también sentía mucho cariño hacia Rubén, eso por descontado.

La historia del nacimiento de Karol fue más que rocambolesca. Unas vacaciones en Maldivas, una chica inglesa con la que me acosté y demasiado alcohol corriendo por mi sangre… Una

noche loca, a lo Ricky Martin, y ella se quedó embarazada.

Nos habíamos caído sensacional, a la vista está, y nos pasamos los teléfonos. Diana, que era el nombre de la chica, me contactó para decirme que estaba embarazada un par de meses después.

Nunca olvidaré el impacto que esa llamada causó en mí. El juerguista, pero también ejecutivo de gran éxito, Teo Pereyra había dejado embarazada a una desconocida. Un error de pardillo que me dejó bastante loco, no puedo decir otra cosa al respecto.

Algo se removió en mi interior, no obstante. Diana podría haber abortado y fuera, nunca me habría enterado. Pero esa opción no iba con ella. El problema era que se sentía fatal porque tampoco le apasionaba la idea de ser madre.

Ella estaba en Maldivas rodando para su canal de viajes, con el cual se ganaba la vida. Contaba con cantidad de *followers* que la seguían a todos lados y tanto aerolíneas como hoteles patrocinaban su canal.

Mi impacto fue total cuando me hizo el ofrecimiento: si la ayudaba económicamente, estaba dispuesta a dar a luz y a entregarme a la criatura después. Desaparecería de las cámaras durante un tiempo para que no quedase constancia de su embarazo y asunto concluido.

Nunca me había planteado una paternidad en solitario, pero me conmovió por completo saber que aquella chica estaba embarazada de mí. Le pedí que me dejase pensarlo durante un par de días y al final le di un "sí" rotundo. A cambio, le echaría el cable durante el embarazo y le entregaría, aparte, una cantidad de dinero a la entrega de la cría, para que pudiera relanzar su negocio, que igual se le venía abajo durante aquellos meses.

Cuando llegó el momento del alumbramiento, me trasladé a Londres con ella, que era donde vivía aquella inglesa, y volví para España con mi princesa entre los brazos.

Tras mi sobrino Hugo, era el siguiente bebé que llegaba a la familia. Y Karol lo hizo varios años después que él, así que se convirtió en la muñequita.

Jamás me planteé tener otro hijo tras aquello, pero que Amanda tuviese un niño fue determinante para que pasásemos a ser cuatro. Además, que desde el principio se llevó muy bien con mi hija y me demostró que podría convertirse en ese referente femenino que necesitaba, puesto que eso lo consideraba importante. Y ello a pesar de que contaba con una abuela y con tres tías que la querían y la consentían muchísimo.

Pues bien, en ese punto estaba mi vida. En cuanto a mi relación con Amanda, me encontraba en un momento algo extraño después de que ella, durante un tiempo, me dejara caer a menudo que le gustaría que nos casásemos y yo no lo necesitaba, creyendo que las cosas estaban bien así. Ya ni lo mencionaba.

En realidad, me vi con una familia, pero nunca había pensado en el matrimonio ni en sus

posibles ventajas, algo que me chirriaba un poco. Y romántico nunca lo había sido, de modo que prefería dejar las cosas como estaban.

Capítulo 4



Recogí a los niños y ya se iban chinchando en el coche.

A veces echaba mano de mi chófer para el día a día, cuando iba con prisas y demás. Pero siempre que tenía ocasión me ponía al volante de mi propio vehículo, que para eso eran mi pasión.

—Papá, Rubén me está fastidiando otra vez. Dice que ha sacado medio punto más que yo en el examen y que eso es porque soy tonta.

—Rubén, por favor. No se te ocurra volver a decirle eso a Karol. No es ninguna tonta.

—No se lo he dicho por fastidiarla. Se lo he dicho porque ella me ha insultado antes. Le parezco idiota por sacar más nota que ella.

—¿Eso es verdad, hija?

—A lo mejor, pero porque era examen de plástica, que si llega a ser de mates no me gana ni en sueños. Soy mucho mejor.

—Y mucho más humilde también.

—Es que él…

—¡¡Basta ya!! Hoy no tengo el día, Karol. Así que comportaos o no vamos a casa de los abuelos para celebrar el cumple, ¿me oyes?

—No son sus abuelos —murmuró para chinchar a Rubén.

—Ni falta que me hace, que tengo los míos.

—¡¡Orden!! —chillé porque era lo que necesitaba. Aquel mar de mocosos me estaba sacando de quicio.

Orden y una salida, eso también lo necesitaba. Así que desde el mismo coche llamé a Emily

para concertar que se quedase con ellos por la noche.

—Esta noche me es imposible, Teo, tengo un compromiso. Pero puedes decirlo en la agencia y te mandarán a otra chica.

—No, no quiero que se forme la III Guerra Mundial. Tú manejas muy bien a este para de chantajistas, que se ponen de acuerdo solo cuando les interesa, y podrían acabar con los nervios de cualquiera.

—Como quieras. Mañana sí que podría, ¿cómo te viene?

—Regumal, pero vale —bromeé.

Capítulo 5



Los niños entraron berreando en casa de mis padres. Mi madre los recibió con los brazos abiertos y me fui a felicitar a mi padre.

—Hijo, cualquiera diría que vienes de un velatorio, ¿te la están dando mortal ese par de pillos en ausencia de Amanda?

—No, no es solo eso. El negocio de esta mañana… En fin, vamos a dejarlo.

—Ya me extrañaba que fuera por lo de los niños. Pese a que nunca lo pensé, eres un gran padrazo.

—Nunca me lo habías dicho, papá.

—Es que hoy estoy inspirado. Cumplo una cifra muy redonda.

—Eso es cierto. Muchísimas felicidades, ¿qué sientes?

—Que la vida pasa demasiado rápido, hijo, y que me veo en la obligación de recordarte que te la bebas a tragos cortos, sin prisa, pero sin pausa, paladeándola como un buen whisky.

Tenía una conexión muy especial conmigo. Ernesto Pereyra, mi señor padre, estaba muy orgulloso de su hijo varón y, pese a que siempre pareció más cariñoso con sus tres niñas, sabía que para él era muy importante haber tenido un chico. Además, que solo yo quise ponerme al frente del negocio familiar.

Daniela llegó con Valentino y con Hugo, echando pestes porque la habían vuelto a llamar del instituto porque le pillaron fumando por enésima vez en los cuartos de baño.

—Todo el mundo ha hecho eso alguna vez, Daniela, no te pongas así —le decía su marido, quien me repateaba.

—¿Le das la razón como padre o como médico? Porque de cualquiera de las dos formas te estás luciendo. Y tú, Hugo, que tengas muy claro que no solo te joderás los pulmones, sino que te amarillearán los dientes. Y a mí no vengas a pedirme que te los blanquee entonces porque solo

tendré ganas de partírtelos.

—Esa es mi hermana, siempre tuviste mucho carácter, ¿de veras te merece la pena aguantar a ese panoli? —murmuré en su oído.

—Es mi hijo, Teo, no tengo más remedio —me susurró.

—Me refería a tu marido, pero te lo compro.

—Tienes alma de empresario, papá puede quedarse bien tranquilo.

La casa de mis padres era el punto de encuentro familiar. Enorme, con gran jardín y piscina, era como una especie de centro para que cualquiera de nosotros hiciera terapia, dado que ellos siempre fueron de escuchar y apoyar a sus hijos.

Mi madre trató de calmar a mi hermana y de disculpar al mequetrefe de su marido, para que hubiese paz. Justo se estaban callando cuando escuchamos jaleo en el jardín y un grito final por parte de Rubén.

—Cielos, espero que no se haya abierto la cabeza. Karol dice que tiene ganas de que suceda para ver qué hay dentro.

—Su madre te mata, menos mal que mi marido es médico.

—Déjalo, Daniela, déjalo….

Corrí y ambas cabezas estaban intactas, por suerte. Karol, eso sí, se partía de la risa porque había forcejeado con Rubén y él acabó dentro de la piscina, ¡¡en pleno invierno como estábamos!!

—Hija, ¿cómo se te ha ocurrido? —le pregunté.

—No, si no he tenido que pensar, solo que empujar. ¿Recuerdas aquella llave que me enseñaste por si se me acercaba un abusón? Pues ahí la lleva.

—Pero Rubén no es un abusón.

—Pues para que no lo sea…

El niño era más fuerte que ella, pero Karol se las sabía todas. Otra de mis pasiones eran las artes marciales, de ahí lo que decía Karol de la llave. Estábamos secando a Rubén cuando llegaron mis otras dos hermanas: Marta y Olivia.

Marta era bióloga y trabajaba en un importante proyecto de investigación. Lesbiana hasta la médula, en ese momento no tenía pareja.

Olivia era la pequeña y se coronó como *influencer*, con cientos de miles de *followers*. Estaba a punto de darle el "sí, quiero" a Mateo, que era el hijo del dueño del concesionario de coches de todo lujo en el que solía encargar los míos. A ella también le encantaban y le conoció allí un día que me acompañó a elegir uno de mis caprichos.

Olivia llevaba proyectos en común con Amanda, mi novia, dado que las dos se dedicaban al mundo de la moda. Y sus colaboraciones les reportaban suculentos beneficios.

Traté de olvidarme de la mierda de mañana que había tenido y de celebrar como era debido el cumpleaños de mi padre, algo que logré.

Como válvula de escape estaba esa noche de sábado que me hacía frotarme las manos pensando en ella. Amanda no llegaría hasta la tarde del domingo, justo a punto para darme el relevo con los niños y marcharme a Londres. Nuestros trabajos eran así y ella lo entendía muy bien, pues también el suyo le apasionaba.

Capítulo 6



Noche de sábado y me encontraba en mi vestidor.

Me reía con la forma de increparse de ese par de pitufos mientras Emily, con mucho carácter pese a lo jovencita que era, lograba imponerse y que reinase la concordia.

Les dejé viendo una peli de dibujos con ella, a quien le deseé suerte.

—Tranquilo, que esa no la voy a necesitar —me comentó—. Me basto y me sobro para meterlos en cintura.

—Pues ya me dirás cuál es el secreto de tu éxito. Estaría dispuesto a pagar una generosa cantidad por conocerlo.

—Igual llegamos a un acuerdo y todo, Teo.

—Vale, pero mientras, aquí tienes.

—Es el doble de mis honorarios, ¿te has equivocado o es que no piensas aparecer por aquí en todo el finde?

—¿Darme a la fuga? No es mala idea, deja que me lo piense.

—En serio, te devuelvo la mitad.

—No. Me has hecho un gran favor viniendo esta noche. El resto, para que te corras una juerga con tu novio.

—Ya no tengo —me anunció.

—Lo siento…

—No, no. Si yo estoy genial, quien debe sentirlo es él.

—¿22 añitos tienes? Es lo que creo recordar.

—Sí, hago los 23 el mes que viene.

—Definitivamente, no te hace falta novio.

Borja ya me estaba esperando en el club, al que llegué en mi propio coche, pero a sabiendas de que tenía todas las papeletas de volverme en taxi.

Bebo solo puntualmente, aunque el día que me apetece, me dejo llevar. Soy de los que piensa que la mayoría de las cosas pueden caber en nuestras vidas, siempre que se hagan de tanto en cuanto.

Borja charlaba con un chico cuando llegué hasta él.

—Te presento a Nico. Nico este es Teo, mi jefe, de quien te estaba hablando.

—¿Te ha dicho que soy su jefe? No estoy tan seguro de ello. Con los pollos que me monta a menudo, a veces pienso que lo es él.

—No le hagas ni caso.

—Me imagino, conozco a Borja y sé que tiene carácter. Si me disculpáis un momento, acaba de llegar mi cita.

—Claro…

Vi cómo lo miraba mi amigo. Y también que la cita de Nico era una chica, de modo que nada tenía que hacer con él.

—Una pena, ¿no? ¿Quién es?

—Le conocí en un curso de formación.

—Y ese sí que es tu tipo, ¿no?

—Hombre, el tío está genial, aunque le falta el pequeño detalle de que no es gay.

—Ya me he dado cuenta, ya.

—Oye, Teo, ¿esa no es Naiara? —me preguntó en ese momento.

—¿Qué Naiara?

—Naiara Castro, tu pesadilla, la abogada de Alejandro Carrasco.

—¿Aquí? No me jodas…

—Sí, mira. Y el que está al lado es él, es Alejandro. ¿Estarán liados?

—Pero si podría ser su padre, no me jodas.

—Será el primer caso que conozcas. A la inversa hay menos, pero no sé qué os pasa a los heteros cuando llegáis a la pitopausia.

—Pues ni idea, porque me falta como un siglo para eso.

—Usted perdone, que tiene razón. No me había dado cuenta.

—Joder, Alejandro nos ha visto y parece que se regodea, ¿no vivía fuera de la ciudad?

—Sí, pero se habrá quedado durante el finde para celebrar el sustancioso acuerdo. Se ve que sigue siendo socio del club.

—Nadie que lo es quiere dejar de serlo.

La pertenencia a aquel club era como un símbolo, como una marca de distinción en la ciudad. La flor y nata de la sociedad pertenecía a él y solo la cuota de inscripción valía más que muchos pisos, así que no me extrañaba que él quisiera seguir siendo socio, aunque solo acudiese ya puntualmente por residir fuera.

Enseguida se acercaron a saludar. Malditas las ganas que tenía de verlos.

—Buenas noches, Teo —me dijo con retintín.

Algo que me jodía era que Alejandro solo solía saludarme a mí, como si Borja fuese un mojón.

—Y para mi amigo también, ¿no?

—Sí, sí, para tu empleado también —matizó con guasa.

—Buenas noches, Naiara —la miré.

—Buenas noches, Teo.

Su elegancia era realmente sublime. Si Amanda hubiese estado allí, a buen seguro que habría tomado nota de ese vestido que debía ser de alta costura y que la abogada llevaba puesto.

Había conocido a muchas mujeres en mi vida y sabía reconocer a la legua a una con gancho. Naiara lo tenía y de tal tamaño que no solo podría atraer a miles de esos pececillos que nadan en el agua, sino también a cualquier pez gordo que se le antojase, como si su gancho fuese en realidad un anzuelo.

Aparte de un físico de quitar el hipo, contaba con habilidades sociales. Y eso que no se mostraba especialmente simpática. Aunque no tanto como en el despacho, su actitud seguía siendo distante, como si estuviese en su propio mundo, en uno de glamur creado a su imagen y semejanza.

—Hay que reconocer que es un verdadero cañón —me comentó Borja en cuanto se separaron de nosotros, que fue pronto.

—La quiero —sentencié.

—¿A quién? ¿A la Barbie picapleitos?

—No es ninguna Barbie y lo sabes. Y su principal atractivo está en su cabeza.

—Ya, ¿entonces por qué le mirabas más las tetas?

—Porque saltaban a la vista, alcornoque. Pero la quiero trabajando con nosotros.

—¿Quieres que sea tu abogada? ¿Y qué pasa con Alfonso?

—Llega a un acuerdo con él y que se vaya.

—¿Lo mandas a Benidorm jubilado?

—O a Bali. Con la cantidad que le vas a ofrecer, como si se quiere comprar una isla, pero lo quiero fuera ya.

—Sé que se ha estado durmiendo en los laureles un poco, pero no esperaba…

—Hazle una oferta a esa chica mañana mismo, Borja.

—¿Mañana domingo?

—Sí… Antes de marcharnos a Londres.

—A ti se te pira mucho la cabeza. Va a notar que estás desesperado por tenerla. Y no es así, solo te ha jodido que Alejandro haya venido a regodearse con ella del brazo. ¿Crees que están juntos?

—Ni lo sé ni me importa. La quiero en mi equipo.

—Pareces un disco rayado, que ya te he escuchado. ¿Y ese repentino interés a qué viene ahora?

—A que le vengo dando vueltas al tema desde ayer, desde que vi cómo condujo la negociación. Y ahora me la encuentro aquí.

—Y te crees que es una jodida señal, ¿no? No estoy tan seguro, Teo. ¿Y si te dice que no? Quedarás como el culo y Alejandro se sentirá vencedor.

—Ya se siente, ¿o es que no te has dado cuenta?

—Pues es imbécil. Ha conseguido un precio más alto, sí, pero no lo habrías pagado si no fueras a triplicar beneficios, al menos.

—Lo sé, pero me jode. Lo ha convertido en algo personal.

—Para él lo es. Y lo sabes…

—Para mí no. Solo son negocios.

—Cada cual es un mundo, eso no lo olvides. No todos van a pensar como tú…

Capítulo 7



—¡¡Ha aceptado!! —me chilló por teléfono al mediodía siguiente Borja.

—Niños, callad un momento, por favor, que es importante.

—Y esto también, papá, que Rubén me quiere sacar la lengua.

—Si tú se la sacas a él a todas las horas, Karol.

—Sí, pero que él me la quiere sacar de verdad, que dice que hablo mucho.

Me encogí de hombros porque lo de esos críos no era normal. Y salí a la inmensa terraza de mi ático, cuya piscina estaba tapada en esa época del año para evitar males mayores, que ya sabíamos muy bien cómo se las gastaban aquellos dos.

El sol lucía y el cielo estaba despejado y radiante, pero no tanto como yo cuando corroboré que era cierto lo que me estaba diciendo.

—¿Sin más? ¿Ha aceptado sin más? Me cuesta trabajo creerlo.

—No, ha peleado tela. Prefiero no decirte cuánto le he tenido que ofrecer.

—Me trae sin cuidado, ella nos hará ganar mucho más, ¿viste cómo nos guerreó el precio del edificio?

—Ni Topuria pega tan fuerte, eso es cierto.

—Ven para acá y lo celebramos, Borja.

—¿Bromeas? Tu casa sí que es un ring, paso. Necesito paz, escuchar música…

—Tío, estás amariconado.

—Dime algo que no sepa.

—Que no iba por ahí, idiota…

—Ya ves, ni que me hubieras ofendido.

No me extrañaba que prefiriese la tranquilidad de la paz de su apartamento. Que conste que jamás me pesó mi decisión de tener a mi hija, todo lo contrario, pero no sabía si fue la mejor idea la de convivir con Amanda.

Ambos sabíamos, antes de compartir techo, que nuestros hijos no se llevaban. Cada uno tenía sus propias amistades, y fantástico, pero cuando se trataba de relacionarse entre ellos, saltaban chispas a la primera de cambio.

Nos habíamos gastado una pasta en terapia familiar y no había funcionado. Los dos se pasaban el día de morros y eso sí que me estresaba, no lo voy a negar. Mi ideal de vida no era pasarme el día viendo cómo dos enanos se tiraban los trastos a la cabeza. En más de una ocasión, literalmente.

Por la tarde, cuando llegó Amanda, vi el cielo abierto. La quería y me alegraba verla. Eso por descontado. Pero lo que más alegría me dio fue la posibilidad de escaparme esos días a Londres, tras el varapalo que recibí el viernes y tras un finde cargado de carreras, gritos y quejas por parte de los niños. ¡¡Si hasta se habían tirado de los pelos!!

Apenas tuve tiempo para tomar algo con ella, pues volábamos a última hora de la tarde en mi *jet* privado. Prefería no tener que madrugar tanto y amanecer ya en Londres, donde me alojaría en el más lujoso de los hoteles.

Hasta allí llegué con Borja. Nos acostamos bastante tarde y con una copa en el bar.

—¿Le has contado lo de tu nuevo fichaje a Amanda? —me preguntó.

—Sí, lo he hecho, claro.

—¿Y qué le ha parecido?

—Cojonudo. Sabes que también cuenta con mentalidad empresarial y estaba al tanto de mi descontento con Alfonso de un tiempo a esta parte.

—Sensacional, ¿y le has dicho que se trata de un bombón de licor?

—¿Y eso qué más da, Borja?

—Hombre, cuando su pareja va a estar cada dos por tres con ella de viaje, igual un poco sí que importa.

—Tú también vendrás con nosotros.

—Ya, pero a mí no me metas en tus movidas.

—¿De qué movidas me hablas? Se trata de mi abogada, punto.

—Ya, ya, pero que como Amanda está un poco susceptible con eso de que no te quieres casar…

—Otro igual. Que no es el momento.

—¿Y a mí qué me cuentas? ¿Te lo he pedido acaso yo?

—Estaría monísimo poniéndote un anillo en el dedo a ti.

—Menos coñas. Sabes de lo que te hablo.

—¿Es que Amanda te ha mencionado algo?

—Pues sí, se dejaba caer cuando me veía. En cuanto tenía oportunidad, soltaba por su bonita boca que el estado ideal de una pareja es el de estar casados y tal. Y, para que no te falte nada, pronto se casa tu hermana Olivia, con la que trabaja, y eso le removerás más. Aunque hace tiempo que ni lo menciona.

—¿También te ha confesado eso?

—No, eso me lo ha dicho Olivia, que se lo nota a su cuñada.

—Lo vuestro parece el confesionario del Gran Hermano, ¿hay algo más que debiera saber de los míos y que te hayan contado?

—Pues que Marta se está planteando ser madre en solitario. Le he dicho que lo hable contigo, que tienes experiencia con Karol, que no te resultó tan duro.

—Desde luego que no. Lo duro llegó cuando dejamos de estar solos.

—Tú no estás bien con Amanda.

—Ya, pero no es por ella, es por mí…

—¿Más típico lo quieres?

—Pero en nuestro caso es por lo de los niños. No lo estoy llevando bien.

—Tú estabas tela de enamorado de ella, ¿qué ha pasado?

—Que el día a día me consume. No fue buena idea la de convivir. ¿Otra copa?

—Será mejor que no. Mañana madrugamos. Cuanto antes terminemos, antes volveremos a casa en estos días.

—¿Y tú qué prisa tienes?

—Antes siempre querías volver enseguida, por Karol.

—Pero ahora está Amanda y también Rubén… Necesito desconectar un poco.

—Está bien, aquí habrá tiempo para todo, colega.

—Eso es justo lo que necesito, Borja.

—Yo me encargaré.

—No sé qué haría sin ti.

—Lo mismo, pero te resultaría mucho más aburrido. Venga, déjalo todo en mis manos.

Capítulo 8



El miércoles por la noche, se trataba de nuestra última salida por Londres, ya que volvíamos a casa a la mañana siguiente.

Estábamos en un pub con unas copas, después de haber cenado. Borja se fijaba en un chico cuando yo reparé en una chica que acababa de entrar charlando con una amiga.

De inmediato, el corazón me dio un vuelco, ¡¡era Diana!!

No había vuelto a ver a la madre de Karol desde que me la entregó justo después de nacer. Ni siquiera quisimos seguirnos por redes ni nada parecido. Quedamos en que no volveríamos a saber el uno del otro y nunca me imaginé que pudiera volver a coincidir con ella, pues el mundo es muy grande. Vale que era londinense, pero Londres tampoco es pequeño, aparte de que ella se pasaba el día viajando.

La casualidad fue brutal. Juro que, si no me hubiese visto igual que yo a ella, habría salido corriendo del local.

Para Karol, que su madre estaba muerta. Acordé con mi familia que se lo diría así, aunque en realidad yo tenía firmados por su parte los papeles de la custodia, como es lógico. Diana se desentendió por completo de ella tras traerla al mundo, y eso no era algo que quisiera explicarle a la niña, por lo que tomamos esa determinación.

Dado que cuando fuese mayor querría indagar en el asunto de quién fue su madre y qué representó en mi vida, tenía en mente hablar con ella y explicarle cuando fuese mayor. Y esperaba que entonces me perdonase por haberle contado una mentira que, para mí, solo lo era en parte, porque Diana murió para Karol el día que no quiso volver a saber de ella.

No sabía cómo actuar. No quedamos a malas ni mucho menos años atrás, pero me despedí de ella en la clínica en la que quedó ingresada tras alumbrar a Karol. Fue una despedida para siempre que se desvirtuó en aquel momento en el que se aproximó a mí.

—¿Eres tú, Teo? —me preguntó.

—¿Tan mayor me he hecho para que lo dudes, Diana?

—No, hombre, si estás estupendo. Pero le decía a mi amiga Hellen que no podía ser, ¿qué haces aquí?

—Y tú, ¿qué haces aquí?

—Yo soy de aquí, ¿lo recuerdas?

—Perfectamente, también Karol es londinense de nacimiento —carraspeé.

—¿Cómo está ella? —me preguntó en ese instante en el que se le quebró la voz.

—Está bien, está bien, no te preocupes por nada. Yo estoy en la ciudad por negocios —cambié el giro de la conversación.

—¿Tendrías una foto para mostrarme?

—¿Una foto de quién? —le pregunté un tanto molesto.

—Pues de nuestra hija, Teo, de quién va a ser.

—Querrás decir de mi hija, ¿no?

—En realidad es de los dos. Renuncié a su custodia, pero nunca te la cedí por completo.

—No en papeles porque era más complicado, pero sí en realidad y lo sabes. ¿O acaso quisiste volver a saber algo de Karol? Tan solo conoces su nombre y porque te dije que la llamaría así antes de que me la entregases sin darle siquiera un beso. ¡¡Si no la miraste!!

—Porque había tomado una determinación y debía ser consecuente con ella, por eso.

—Y me parece muy bien. Pues por ese mismo motivo, sigue en la misma línea. Me marcho. Vámonos, Borja.

—Espera un momento, por favor. Quiero hablar contigo.

—No tenemos nada de qué hablar, Diana.

—¿Qué le contaste de mí? Sé que lleva mi apellido…

—También acordamos que sería lo más sencillo. Me la tenía que llevar a España, la situación era muy atípica y…

—¿Y qué le contaste? Por favor, ¿me odia?

—No —le contesté tajante.

—Uff, menudo alivio…

—¿Alivio? ¿De qué alivio me hablas? No te odia, ¡¡porque te cree muerta!!

—¿Muerta? ¿Por qué le dijiste algo así? ¡¡La has podido traumatizar!!

—Tranquila, que Karol no tiene ningún trauma.

—Joder, ¿y tú qué sabes?

—¿Vas a saberlo mejor tú? Es una niña muy fuerte a la que si algo le ha sobrado es amor. Punto.

—No, punto no. El encuentro de esta noche es providencial.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque pensaba desplazarme a España.

—A rodar, me imagino… Es un país de lo más turístico.

—No, ya no me dedico a eso. Mi vida ha cambiado.

—¿En qué sentido?

—Me harté de viajar y si estoy aquí, en este pub, es porque celebro esta noche mi despedida de soltera.

—¿Te casas? ¿Con ella? —señalé a su amiga—. Pues enhorabuena, sorprendente, porque no querías echar raíces ni con un cactus, pero todos tenemos derecho a cambiar de opinión.

—¿A que sí? Le dije a Omar que lo entenderías.

—¿Y Omar quién narices es?

—Es mi prometido y es árabe, por cierto.

—Con ese nombre, lo raro sería que fuese chino. ¿Y qué pinta Omar en todo esto?

—Pues que le dije que entenderías que haya cambiado de opinión y ahora quiera saber de Karol.

—¿A ti se te ha ido la chaveta? ¡¡Tú renunciaste a ella!!

—Porque tenía la cabeza a pájaros en ese momento, pero no me desvinculé a nivel legal y ahora… Ahora quiero ejercer mis derechos.

—La madre que me parió, Diana…

—De eso va justo esto, de que soy la madre de Karol. Omar y yo tenemos una tienda de material de aventura, online. Después de dar tantos tumbos por el mundo, sé mejor que nadie lo que tienes que echar en una mochila cuando te vas de viaje.

—Y lo que no, porque las responsabilidades no las echaste nunca, Diana.

—Eso fue en otro tiempo. Sabes que si la di a luz fue porque soy creyente y no podía deshacerme de esa pequeña vida que se formaba dentro de mí. Con el tiempo, mi fe me ha iluminado, empujándome hacia España para ir a veros. Pensaba hacerlo cuando nos casemos, pero ahora quizás sea mejor posponer la boda hasta que el milagro de recuperar a Karol ocurra.

—¿De qué milagro estás hablando? No se le puede tocar más las narices a nadie.

—De que Omar y yo estamos dispuestos a residir en España, cerca de vosotros, para poder compartir la niña.

—La niña no es una tableta de chocolate de la que coges una onza y me la pasas para que yo deguste otra. Karol ni siquiera sabe que vives.

—Sabrá perdonarnos a los dos, ya lo verás.

—No me hables así. No soy yo quien lo hizo como el culo con ella.

—Pero tampoco le has sido sincero, por el motivo que sea.

—Porque nuestra situación es totalmente extraña. Cásate, vete de luna de miel y allí mismo puedes ir fabricando tus propios nuevos bebés con tu Omar, ¿me oyes?

—Eso no es así. Puede que tenga más hijos, claro que sí. De hecho, lo estoy deseando, pero no puedo olvidarme de Karol.

—Pues durante todos estos años, lo has disimulado muy bien.

—No voy a caer en tus provocaciones, Teo.

—Encima, hay que joderse.

—Lo único que te digo es que, si no entras en razones, tendrás noticias de mi abogado.

—Muy bien, pues ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar. A celebrar por todo lo alto tu despedida de soltera, bonita, que te has cubierto de gloria.

Capítulo 9



—Me la estás dando mortal, amigo, me la estás dando mortal —me decía Borja en el vuelo de vuelta a España.

—¿Es que se puede tener peor suerte? Si lo llego a saber, no pongo un pie en Londres. Y con la de pubs que hay allí, ¿no fuiste tú quien dijo de entrar en ese?

—A mí no me metas en nada de esto, que te veo venir y voy a pagar el pato. Siento lo ocurrido y sé que es una putada, colega.

—¿Y qué le digo ahora a Karol? Es muy pequeña para entender nada de esto. Ahora sí que podemos causarle un trauma.

—Tu niña es muy fuerte. No tienes más que ver que vive en guerra con Rubén y no derrama una lágrima, es el otro quien termina con cada puchero de no te menees.

—Pero tiene solo 6 años, ¿es que se le ha ido la pinza a esa mujer? ¡¡Maldita sea!!

—En su día, te dije que…

—Calla y no me lo recuerdes. Sé muy bien lo que me dijiste, pero ella renunció a su custodia y me pareció suficiente. Ten presente que ni siquiera quiso mirarla.

—Pues ahora sí quiere, Teo. Te vas a tener que hacer a la idea.

—En cuanto aterricemos, llama y pregúntale a Naiara quién es el mejor abogado de la ciudad que se encargue de estos temas. Y lo llamas, por favor. Dile que venga a verme a mi despacho.

—Me encargaré de todo, no te preocupes. Déjalo en mis manos.

—Puto demonio que siempre enreda… Con lo contento que estaba gracias al negocio que hemos cerrado. Nuestra expansión internacional va viento en popa. Mi padre siempre se mostró más reacio a negociar fuera de España, pero yo cada día lo veo más claro. Lo veo más claro todo, menos mis temas familiares.

Del aeropuerto, me fui directo para mi despacho, sin ni siquiera pasar por casa. Al poco, picaron mi puerta y me imaginé que fuese Borja.

—Entra.

—Hola, Teo —se presentó allí Naiara.

—Hola, ¿qué tal? No te esperaba ya hoy por aquí, Naiara. Bienvenida —le dije levantándome para tenderle la mano.

En lugar de estrechármela, y dado que parecía estar de mejor humor que en las anteriores veces que nos vimos, me dio dos besos.

Me daba subidón haberle quitado la abogada a Alejandro, ese tío que tanta inquina me demostraba. Aunque, eso sí, me imaginé que no sería nada más que eso para él, porque si se acostasen no hubiera sido lógico que ella aceptase mi oferta, por muy tentadora que fuese.

Mi empresa era grande y en ella trabajaban personas de todo tipo. Por tanto, también había mujeres guapas como Olga, mi secretaria, si bien Naiara era arrebatadora.

Estaba sublime con un vestido en color berenjena, elegantísimo, con alto zapato de tacón en negro.

La invité a tomar asiento y le hablé.

—Lo primero que quiero decirte es que…

—Perdona, Teo, quisiera hablarte yo antes —tomó la palabra.

Se notaba que era una mujer de armas tomar y no solo en medio de una negociación. Transmitía mucha fuerza, algo que me gustaba porque yo mismo la imprimí siempre a mi negocio.

—Dime.

—Quería darte las gracias por la oportunidad que me has brindado de trabajar en tu empresa.

—Tu currículum te avala. Tienes cantidad de másteres, algunos de ellos formidables. Y te he visto pelear ya, pegas fuerte. Que me lo digan a mí, que te conocí teniéndote al otro lado.

—Lo dices como si te hubiera dado un golpe en los cataplines.

—No, fue todavía peor, en realidad. Me hiciste variar una oferta al alza y eso es algo que espero que no vuelva a suceder.

—Por supuesto que no. Ahora que me tienes de tu lado, te garantizo que saldrás victorioso de

todos tus acuerdos.

—Oye, ¿es mucho preguntar si hay algo entre Alejandro y tú? Más que nada por saber quién es la persona que tengo enfrente.

—Nada, simple admiración.

—Lo entiendo. Alejandro también ha cerrado negocios muy gordos.

—La admiración es de él hacia mí, pero estoy de acuerdo.

Me dejó sentado de culo. Su seguridad era pasmosa y nada me resulta más atractivo en una mujer, aunque a Naiara le sobraban motivos para ser atractiva por sí misma.

—Está bien, está bien. Oye, Naiara, sé que hay muchos temas de los que debemos hablar y lo haremos largo y tendido, pero no sé si te ha comentado ya Borja que necesito al mejor abogado de familia de la ciudad, ¿me das un nombre?

—Claro, Naiara Castro.

—Pero esa eres tú. No, no. Ya veo que eres única como abogado de empresa, pero no puedes ser buena en todo. Se trata de un tema muy delicado, que me toca la fibra sensible hasta un punto insospechado, y para el que necesito al mejor.

—Te repito que soy yo. Llevo unos años metida a tope en los temas empresariales, pero revisa mi currículum anterior y verás que comencé con temas de familia.

—Eso no lo sabía…. Solo me fijé en lo otro.

—¿Y no sabes que en todo contrato hay que leer la letra pequeña?

—¿En serio eres igual de buena en esos asuntos que en los empresariales?

—Soy buena en todo, odio la mediocridad. Y donde pongo el ojo, pongo la bala.

—Está bien, entonces he dado con la persona correcta. Eres una bicoca, un 2x1.

—No, no, el precio de esto lo negociaremos aparte.

—No me refería a la parte económica, pero no es ningún problema. Se trata de mi hija, así que te pagaré lo que me pidas.

—De tu hija, pues entiendo tu preocupación, ¿cuál es el asunto?

Se lo expliqué con pelos y señales. En ningún momento me interrumpió hasta que me hizo aquellas preguntas finales.

—Y exactamente, el día que le hiciste esa última transferencia, la del pago global, ¿cuál fue?

—El mismo del nacimiento de la niña, cuando me la entregó.

—Es un caso curioso, porque se trata de una contraprestación económica que ni siquiera quedó encubierta. Lo podríamos enfocar de un modo que quizás te raye de inicio, pero que podría sembrar un precedente.

—Dime, estoy dispuesto a todo.

—Lo podríamos presentar como una gestación subrogada, también encubierta, como el pago.

—Pero yo no le encargué ningún embarazo, como puedes imaginar. Ni siquiera hay ningún contrato que avale esa teoría. Nosotros no firmamos más que su renuncia a la custodia.

—Pero la entrega de la niña estaba pactada y también la del dinero. No digo que se trata de un vientre de alquiler, que esa fuera la motivación que moviese a Diana, pero sí que se podría establecer un paralelismo. Al fin y al cabo, ella te entregaría la niña a cambio de una cantidad de dinero.

—Joder, que me puedes buscar la ruina, a ver si va a parecer que la compré. Yo solo quería que se marchase y que me dejase en paz. Ella no quería a la niña de ningún modo.

—Todo eso constará así. Tú no has comprado a tu hija, pero su actitud estuvo mucho más cercana a la del vientre de alquiler, pues renunció a ella en cuanto recibió ese dinero.

—Le pagué porque quería que pudiera seguir con su vida sin problemas. Yo ya amaba a Karol en ese momento. Y con toda mi alma.

—Por muy loco que pueda parecerte, lo podemos plantear así. Si logramos que el juez entienda que ella se desvinculó por completo de la niña, que no quiso volver a saber jamás de ella, igual lo verá de ese modo. De haber un contrato, no podría pedirte derechos sobre ella. Hagamos ver que sí lo había, pero que se trató de un contrato verbal, los cuales también tienen validez.

—En realidad sí que llegamos a ese acuerdo.

—Pues eso es lo que hay que hacer valer. Es la única posibilidad de que no pueda ejercer sus derechos sobre ella.

—¿Y si no sale bien?

—Actitudes derrotistas antes de comenzar, va a ser que no.

—Nunca las he tenido, pero ahora se trata de Karol y tengo miedo.

—Normal, este no es un inmueble más que vayas a comprar o vender. Eso sí, si me voy a dedicar a ello, tendré que hacerlo en cuerpo y alma.

—Por supuesto. Dedícate a ello en exclusividad. Eres como un ángel que me ha caído del cielo en el momento en el que más lo necesitaba.

—Si crees de verdad que soy un ángel es que no te funciona la cabeza, eso ni lo pienses.

—No, no tienes pinta de angelita, desde luego que no.

—No, pero debes aliarte con el diablo siempre que puedas sacar algo de ello.

—Ponte con lo de mi hija, ¿vale? Te haré llegar toda la documentación que tengo.

—Hazlo cuanto antes. No hay tiempo que perder. Y otra cosa para el momento de plantear la defensa, ¿cuál es tu situación familiar?

—¿La mía? Bueno, pues vivo con mi hija, con mi pareja y con el hijo de esta, que tiene la misma edad que Karol. De hecho, van al mismo cole.

—¿Se trata de una unión estable?

—Sí, sí.

—Pero entiendo que no estáis casados.

—No, eso no. ¿Cambiaría algo las cosas?

—En realidad no es determinante, pero también te digo que si te toca un juez demasiado tradicional, siempre lo vería mejor. No puedo decirte qué es lo que debes hacer, pero lo dejo en el aire.

—Naiara, en lo referente a mi hija, actúa como si fuese tuya, ¿qué harías?

—Yo me casaría. No hace falta que sea mañana, pero plantéalo ya. Piensa que Diana también va a hacerlo.

—No me la puede quitar, eso nunca, ¿verdad?

—Claro que no, pero sí conseguir estar en su vida, tener derechos sobre ella. Y por lo que veo no es lo que quieres.

—No, eso la desestabilizaría. Solo de pensar que la niña se entere de que tiene madre…

—Y de que le has mentido.

—Lo dices de un modo reprobatorio.

—Si eso te parece reprobatorio, espera a que te interrogue el abogado de Diana.

—Va, va… No quiero que la niña se entere de esto.

—Es un caso muy sangrante. Trataremos de que se celebre el juicio sin que la pequeña sepa nada.

—¿Me lo prometes?

—Te prometo que haré todo lo posible.

—¿Y si perdemos?

—¿Tú piensas perder? Porque yo no he perdido un caso en mi vida, eso espero que te lo vayas metiendo en la cabeza.

—Suena como música para mis oídos, desde luego.

—Pues ponte a bailar.

—Creo que eres el fichaje más sensacional que he hecho hasta hoy.

—¿Solo lo crees? —me preguntó mientras cerraba la puerta.

Capítulo 10



Almorcé con Borja, quien estaba muy preocupado también por el tema.

—Pero ¿tú le has contado que los niños se llevan a matar entre ellos?

—No, eso no, pero tampoco me parece importante, ¿no?

—Supongo que no, aunque lo mejor es que Naiara conozca todos los detalles.

—Si te parece, también le cuento cuántos polvos echo a la semana con Amanda.

—A mí me lo cuentas, me dices que cada vez son menos.

—Antes me preocupaban esas cosas, ahora tengo quebraderos de cabeza mayores. Todo es cuestión de perspectiva, ¿no crees?

—Absolutamente todo, no me cabe ninguna duda.

—Le voy a pedir que se case conmigo, Borja.

—¿A Amanda?

—¿Y a quién si no, almendruco? No va a ser a Naiara.

—A esa te la hubieras tumbado en otra época, cuando eras libre. No me digas que no.

—Lo habría intentado, desde luego, aunque con su carácter…

—Siempre te tumbaste a todas las que quisiste, sería la primera que se te resistiera.

—Bueno, no estamos aquí para hablar de mi lista de conquistas.

—De tu interminable lista, querrás decir.

—Déjate de apreciaciones y vamos al grano, por favor. Le pediré matrimonio a Amanda.

—No se chupa el dedo. Sabrá el motivo y se cabreará.

—Si hay algo que ha querido siempre ha sido casarse, tú mismo lo dijiste, aunque ya apenas lo mencione.

—Porque todo cansa y porque hay cosas que no se mendigan.

—Es cierto que no me puedo presentar delante de ella y pedirle que se case conmigo ahora porque me conviene.

—Muy romántico no quedaría, es verdad. Mejor se lo cuentas y le dices que lo necesitas, pero que también te apetece.

—Me sabe fatal.

—¿Y entonces?

—Entonces Naiara me ha dicho que la demanda tardará en llegarme, que estas cosas no son de la noche a la mañana, así que tengo tiempo para pedirle matrimonio y, si tarda una temporadita, me haré de nuevas cuando me llegue.

—¿Planeas mentirle? ¿No le vas a contar el motivo que te impulsa realmente a casarte?

—Si es que tú sabes que eso nunca fue importante para mí, Borjita, nunca.

—Ya lo sé, pero para Amanda sí. Si se entera o sospecha mínimamente alguna vez la verdad, cortarte el pito será lo primero que te haga. Y así no fabricarás más niños.

—La haré feliz y no lo sabrá. No le daré más vueltas.

—Si se lo llega a oler algún día, las vueltas te las dará ella al cuello, y con razón. Es un poco cabrón eso que estás haciendo, la vas a utilizar. Tú ya no estás tan bien con ella como para casarte.

—Yo no me habría casado por muy que estuviera con Amanda y lo sabes, así que no es para tanto.

—Bueno, bueno, ¿vas a buscar tú el anillo de compromiso o me encargo yo?

—Encárgate tú, por favor.

—Idiota, que lo decía en broma.

—No me líes, Boja. Por favor, díselo a Olga, que se encargue ella.

—Te juro que suena a coña total. Es el colmo del romanticismo.

—No estoy para esas historias ahora y lo sabes.

—Lo que no sé es cómo vas a hacer el papelón de pedírselo, ¿lo grabas y me lo mandas?

—No, pero sí podría mandarte a que me escribas algo bonito que decirle.

—¡¡Y un cuerno!! —exclamó dando un portazo.

El mundo se me vino abajo. No me había dado cuenta de cuánta estabilidad me dio mi hija Karol hasta que me vi en aquella circunstancia.

Antes de ella, todo fue juerga y diversión en mi vida. En mi vida privada, quiero decir, que los negocios eran también mi prioridad. Pero después de llegar todo cambió. Karol me serenó, me convirtió en un hombre más maduro y en uno que buscó una estabilidad familiar para ella.

Mi relación con Amanda no había sido la panacea, pero fue en esa línea y, de no haberse llevado los niños tan mal, me habría acomodado mucho y estaría encantado.

De pronto, veía a Diana como una amenaza total… Como una amenaza traicionera que se desdecía de sus palabras por completo, habiendo cambiado de opinión con los años.

No podía evitar tener mal concepto de la madre de mi hija. Diana pasó olímpicamente de ella y no se preocupó en saber nada de Karol. Se había perdido todo lo que yo me encontré. Karol era mi mejor creación, lo más valioso que tenía en el mundo. Y no permitiría que el capricho de Diana le hiciera daño.

Olga entró en mi despacho un tanto incrédula, tras tocar en la puerta con los nudillos.

—Que me ha dicho un pajarito que vaya corriendo a buscar un anillito, Teo. Y no uno cualquiera, sino uno de compromiso, ¿ese qué clase de encargo es?

—Uno de joyería. Sé que no se encuentra entre tus competencias, pero seguro que estarás encantada de darte un paseo por el boulevard y escoger la pieza más preciosa de todos. Por supuesto, déjala encargada y di que me pasaré al final de la mañana a pagarla.

—¿Y nada más?

—¿Más que un anillo? No le voy a regalar una docena, ¿no?

—Teo, no lo entiendo. Todos te respetamos mucho y también sabemos que eres un hombre con carácter. No quiero perder mi empleo, pero me considero tu amiga, además de tu secretaria.

—Y así es, ¿qué me quieres decir?

—¡¡Que es de locos!! Por fin le pides matrimonio a Amanda, ¿y ese es todo el empeño que pones?

—No, mujer, cuando se lo vaya a pedir, pondré algo más. Oye, tú chitón de esto si viene por aquí, ¿eh?

—No, si te parece se lo cuento y, ya de paso, se lo pido yo misma. Total, si para las ganas que le estás poniendo…

Quien me puso, pero vestido de limpio, fue ella. Dejé que se desahogase y luego se fuera.

Capítulo 11



Me pareció que, cuando menos, debería hacer algo distinto para preguntárselo. Una cosa era que tuviera que casarme con ella y otra muy distinta que se lo pidiera de cualquier modo.

Quizás darnos un capricho, una salida de pareja de fin de semana nos vendría bien. Y dado que a ambos nos encantaba viajar, que mis padres se ofrecían a quedarse con los niños y que contaba con un *jet* privado para ir a donde nos diera la gana, se lo propuse antes de salir a trabajar a la mañana siguiente.

—¿Qué te parecería si nos fuésemos tú y yo este finde a París, Amanda? Te encanta cuando vamos.

—Teo, acabo de estar en París, ¿no lo recuerdas?

Me contestó enarcando una ceja, un tanto extrañada y no demasiado contenta, a decir verdad.

—Sí, pero por trabajo. Y lo que te ofrezco es una escapada tranquila, sin los niños, ¿cómo lo ves?

—No lo veo demasiado, la verdad, porque resulta que estoy hasta arriba de trabajo, enfrascada con la nueva colección y con las colaboraciones con tu hermana, y a mi día le faltan horas. Te lo agradezco, pero es que igual incluso tengo que volar yo a Roma a por género. Sabes que tengo allí a un importante proveedor y…

—¿Volar? ¿Otra vez?

—Sí, ¿me estás oyendo? Te digo que voy a tope, que me faltan horas y que no sé dónde acudir porque no tengo el don de la ubicuidad, no puedo estar en más de un sitio a la vez. ¿O es que ahora te ha dado por cortarme las alas?

—Ok, ok. Por supuesto que no. ¿Y el siguiente? ¿Te apetece que nos escapemos el siguiente?

—Pues no lo sé, Teo. De veras que estoy muy concentrada, como te digo, y no sé qué me surgirá.

—¿En qué momento habían cambiado las cosas y ni siquiera me di cuenta?

Se me vino a la cabeza esa canción de Alejandro Fernández que se titula "Me dediqué a perderte" y que suelta perlas del estilo de *"Que ya no me sentías, que ya ni te dolía…"*

¿Era posible? No, preferí pensar que se trataba de uno de esos momentos en los que uno no ve más allá del trabajo, en los que nos llega a absorber más que un tampón como solía decir Borja de mí cuando me metía en mi burbuja, empecinándome en una compra, y no salía de ella hasta que no tenía las escrituras en la mano.

Me quedé un tanto desconcertado porque, además, Amanda salió a toda prisa y ni siquiera se volvió para darme un beso. Ese tipo de detalles nunca se le habían olvidado, ella fue más efusiva que yo siempre. Si hasta solía hacerle bromas al respecto…

Igual, quién sabía, la rutina la estaba consumiendo como a mí. Preferí apartar esa idea de mi mente porque la vida, tal y como la tenía montada, me parecía la más estable para Karol.

Quizás estuviese siendo egoísta pero, al fin y al cabo, Amanda siempre me quiso, ¿por qué iba a dejar de hacerlo entonces? El amor no es algo que se vaya de un momento para otro. Quizás Borja tuviese razón en que me necesitaba más, en que tendría que estar más ahí con ella.

Me ocurrió que empecé a valorar mucho esos ratos en los que podía reunirme con Naiara y hablar sobre la situación. No sobre el tema de Amanda y nuestro compromiso, que sobre eso no volvió a preguntarme nada, dejándolo a mi discreción; sino sobre la batalla legal que íbamos a entablar y los distintos frentes en los que tendríamos que combatir.

Naiara era pura fuerza y energía. Cuando hacíamos aquellos simulacros de juicio, le salía esa frialdad y ese hermetismo que vi en ella el día que nos conocimos, cuando se metía en su papel y se mostraba imbatible.

Me fascinaban las ganas que le echaba y la convicción que mostraba en sí misma. Estaba segura de sus posibilidades, si bien siempre me recordaba que todo saldría bien si le hacía caso.

—Te juego lo que quieras a que ella va a pedir la custodia compartida, tirará por alto para que luego llegue el juez con la rebaja.

—¿La custodia compartida? Pero ¡eso no puede ser!

—Ya te estoy diciendo que es para marcarse un farol, claro que no lo conseguirá. Tenemos que ir por la línea de lo que te expliqué, argumentar que no se llegó a plasmar en un contrato, pero que fue una especie de gestación subrogada para que te quedes con el pastel completo.

—Con mi hija, sí. Realmente, Naiara, has llegado a mi vida en el momento en el que más lo necesito. Si esto me llega a ocurrir hace solo un mes, de veras que no sé qué hubiera hecho.

—Pues apañártelas, siempre lo hiciste muy bien, ¿no?

—No tan bien. Ni siquiera estuve tan bien asesorado. En fin, que sigamos…

Era incansable. Nos llevábamos horas, una vez que terminaba mi trabajo, con el tema. Y llegaba tarde a casa, algo que Amanda comenzó a acusar.

No la notaba cercana cuando me metía por las noches en la cama ni tampoco encontraba el momento de darle ese anillo, pues pasaron un par de fines de semana más en los que ella, efectivamente, estuvo de viaje.

Para mí era el colmo, pues me quedaba solo con los peques y no es la primera vez que comento que la relación entre ambos se estaba volviendo insufrible, iba a peor. Y Amanda no se encontraba allí para ayudarme.

Me estaba volviendo loco y los únicos ratos en los que, a pesar de todos los pesares, lograba relajarme un poco eran esos en los que me pasaba largas horas charlando con Naiara y escuchando sus interesantes puntos de vista sobre lo que más me importaba en la vida; sobre Karol.

Capítulo 12



Aquel fin de semana, no me lo pensé.

—Amanda, nos vamos —le dije en cuanto comprobé que era viernes por la tarde y que lo pasaría en casa.

No estaba pasando últimamente y no lo esperaba.

—¿Y dónde se supone que nos vamos?

—Te lo dije, nos merecemos un fin de semana para ti y para mí.

—No es mi idea, Teo. Te lo agradezco muchísimo, pero no lo es.

—Me da igual, nos vamos, ya lo verás. Te va a sentar fenomenal y volverás más contenta, ¿qué te juegas?

—Lo dices como si me fueras a pedir matrimonio.

Sus palabras me resultaron lapidarias. Hice como que no las escuché o destriparía la sorpresa por completo.

—Venga, echa algunas de esas monerías tuyas en una maleta y vámonos a donde te apetezca. Tú eliges el destino.

—Lo que de verdad me apetece, Teo, es quedarme aquí con los niños, en casa.

Ya lo tenía todo preparado para volar, porque suponía que la convencería, y me cayó como un jarro de agua fría.

—Pero di por sentado que te apetecería…

—Quizás ese sea el problema, Teo, que tú das demasiadas cosas por sentadas.

Cierto que eso no lo esperaba, que me hablase así y que rechazase mi oferta.

—¿Va todo bien entre nosotros? —le pregunté.

—Quizás tendríamos que hablar, Teo.

No me sonó ni pizca de bien y la palabra “crisis” se cernió sobre mi cabeza como si se tratase de una espada a punto de hundirse en ella.

Era lo último que me podía plantear en un momento en el que no estaba para asumir más problemas, aunque eso no lo supiera Amanda porque no lo compartí con ella.

—Bueno, puede que sí. ¿Y si lo hacemos en Praga? Te encanta Praga. O mejor aún, podríamos ir a La Toscana si es lo que te apetece, ¿cómo lo ves?

—Sé sincero, Teo, ¿a qué vienen esas ganas de que hagamos un viaje? Y lo que te estoy pidiendo es sinceridad, no me la niegues.

La idea que tenía se me desmoronó. Era obvio que si no conocía el motivo, no se movería de casa. Amanda se me había apalancado ese fin de semana, igual porque llevaba muchos viajando por trabajo y lo único que le apetecía era mantita, sofá y familia.

—Amanda, es por esto.

No vacilé en contestarle a la hora de sacar la cajita que llevaba en mi chaqueta.

—¿Qué es eso, Teo? —me preguntó con los ojos vidriosos.

—Sabes muy bien lo que es. Siento no habértelo podido dar en uno de esos maravillosos lugares.

—Nuestro salón tampoco es el peor sitio del mundo, ¿no? O al menos antes no lo era para ti.

—Claro que no, por supuesto. ¿Eso es un sí? ¿Te casas conmigo, Amanda?

—No.

Nunca olvidaré lo rotundo de su respuesta, la cual me descolocó por completo.

—Amanda, ¿has dicho que no?

—Lo he dicho alto y claro, pero si lo necesitas, te lo repito sin ningún tipo de problema.

—No, no, no necesito que me lo repitas.

—Pues mejor entonces.

—Pero sí necesito que me lo expliques.

—¿Y tú, Teo? ¿Cuándo me ibas a explicar esto?

Del revistero que teníamos al lado del enorme sofá, sacó un sobre abierto, uno del que extrajo una serie de folios.

—¿A qué te refieres?

—A esta puta demanda que han traído hace un rato y que explicaría muchas cosas, incluida que ahora me pidas matrimonio para legalizar nuestra situación.

—¿De qué demanda me hablas? —le pregunté sin echarle en cara que la hubiese leído, pese a que en el sobre venía mi nombre.

—Disimula todo lo que quieras, pero ya no te creo. Desde que volviste de Londres estás extremadamente raro, sé que te pasó algo allí. Le hubiera preguntado a Borja de no ser porque él te encubre en todo, quizás muchas veces sin estar de acuerdo contigo, pero te encubre. Sabía que traías algo entre manos y no imaginaba qué era hasta que el cartero ha llegado con esto hace unas horas. No me chupo el dedo y me imaginé entonces el motivo de que quisieras viajar a toda costa conmigo. Pedirme matrimonio sería tu siguiente paso para cubrirte las espaldas. Y luego, cuando esto llegase, hacerte el tonto. Dime que no era ese el plan. Ya tendríamos los preparativos en marcha, yo habría diseñado mi propio vestido de novia y solo sería un contratiempo… El juez vería con buenos ojos nuestro compromiso, porque también veo que la madre de tu hija se va a casar. Bien por ti, ¿te aplaudo ya o voy recogiendo mis cosas, Teo?

—Por favor, Amanda. Lo siento, lo siento, lo siento…. Vale, tienes razón en muchas cosas, no voy a negarlo.

—Tengo razón en todas, Teo.

—Pese a ello, Amanda, te quiero. Te quiero de verdad. Has sido mi compañera todos estos años.

—No, ya hace un tiempo que dejamos de ser lo que éramos el uno para el otro. De eso no te culpo, Teo, cuando nos vinimos a vivir juntos muchas cosas se rompieron entre nosotros porque los niños tensaron la cuerda y ninguno de los dos venía con ticket de devolución, así que nos tocó apechugar, pero esto…

—Ya, que te he decepcionado.

—Pero no ahora, hace ya tiempo. Igual yo a ti también. No lo sé y ya no me importa, si te hablo con el corazón en la mano.

—Vale, vale… Demos marcha atrás, que estamos cogiendo carrerilla y vamos directos al abismo.

—A ese nos encaminamos desde hace mucho tiempo. Teo.

—No, por favor, me niego a pensar así.

—Piensa lo que quieras, lo harás de todas formas. Además, que tampoco voy a tratar de convencerte de nada. Si te digo la verdad, con esto de hoy me has hecho un favor.

—Ya, porque te he abierto los ojos, lo entiendo.

—No des tantas cosas por sentadas, si me lo has hecho es porque yo no sabía cómo decirte que me voy, que lo dejamos, que Rubén y yo ya no formaremos parte de tu vida.

—¿Por qué, Amanda?

—Porque estoy con otra persona.

Capítulo 13



Hay cosas que no esperas en la vida. Y después estaba aquella…

Yo, que consideraba que era quien más quemado andaba en la relación, no moví ficha por terminarla en ningún momento. Y Amanda, sin embargo, quien parecía más implicada, había conocido a alguien y tomó la determinación de separar nuestros caminos y de unir el suyo al de esa persona.

Me sentí bastante hundido. A pesar del momento por el que estábamos pasando, nunca pensé en separarme de ella.

Por otra parte, no podía evitar sentirme herido en mi orgullo. La vida, el karma o el universo me habían devuelto la jugada: le pedí matrimonio para que me ayudase en el tema de Karol y me encontré con lo que menos sospechaba, por lo que mi sensación de haber quedado como un imbécil no me la quitaba nadie.

Amanda comenzó a recoger sus cosas de inmediato. Y no eran pocas. Le llevaría todo el día y parte del siguiente.

Ni siquiera me quiso contestar cuando le pregunté de quién se trataba. Por lo visto, no era de mi incumbencia. Su respuesta tampoco me ayudó porque nuevamente tuve otra sensación que no me gustó: la de que no me merecía saber con quién se marchaba la que había considerado mi mujer todos aquellos años.

La cosa no quedaba ahí porque también me tocaba decirle adiós a Rubén. Los ojos se me empañaron cuando pensé en que ya no me quejaría más a consecuencia de las discusiones de ese par de pillos, que no se volverían a producir.

Entre otras cosas, también me preocupaba la reacción de Karol, porque todo supondría un gran cambio para ella.

Cogí a mi niña con la intención de que nos fuéramos a casa de mis padres esa noche. Amanda tendría para largo a la hora de recoger y embalar todo lo suyo y de su hijo. Lo único que le pedí fue que me avisase al día siguiente cuando ya estuviese fuera, pues un día completo no se lo quitaba nadie.

Al salir, me despedí con una carantoña de Rubén. Karol no sabía nada aún y él tampoco.

—Me voy con vosotros…

—No, pequeño, debes quedarte con tu mamá. Ya nos veremos, ¿ok?

—O no —intervino Karol con una mueca burlona.

Qué poco sabía mi niña, cuando le picó una vez más como lo hizo, que en esa ocasión sería así, porque todo apuntaba a que no quedaríamos demasiado bien Amanda y yo. Al menos por el momento.

Mi madre supo que algo marchaba mal en cuanto aparecí por la puerta.

—Hijo mío, que traes la cara de un muerto, ¿se puede saber lo que te pasa?

Tenía mucho que contarle y ya, de paso, como que también me desquité y saqué de dentro todo el tema de la madre de Karol, el cual la dejó pasmada. No había querido darlo a conocer hasta entonces, pero cuando te sientes tan mal como yo aquel día, necesitas consuelo y lo buscas.

—Todo va a salir bien, cariño, todo va a salir bien. No hace falta que te diga que aquí os podéis quedar todos los días que os apetezca.

—Lo sé, mamá, aunque prefiero que volvamos mañana a casa. Para Karol, quieras que no, va a ser también un cambio. Y considero que cuanto antes lo afronte, mejor.

Llamé a Borja para contarle y quedamos para cenar. Con Karol no hablaría hasta el día siguiente, de manera que se quedaría tranquilamente con sus abuelos.

Un rato después, cuando estaba a punto de marcharme, casi soy arrasado por mi hermana Olivia, la pequeña *influencer* de la familia, que entró por la puerta como un torbellino y con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Mi niña, ¿se puede saber qué te pasa?

—¡¡Que me ha dejado, mamá!! Y con un pie en el altar, ¿te lo puedes creer?

—¿Mateo te ha dejado? Pero ¿eso cómo va a ser? Me resulta increíble, hija.

—Pues figúrate a mí, cuando me lo ha dicho casi colapso, el muy hipócrita de él. Que dice que va a ser lo mejor porque de mí no se enamoró lo bastante, que nuestra boda sería un fracaso, que se ha dado cuenta a tiempo.

—Será posible en el mundo, ¡¡qué calamidad!! Todos deseando que quien se divorcie sea Daniela, y justo hoy se quedan sin pareja mis otros hijos…

—¿Cómo tus otros hijos? ¿De qué hablas, mamá?

—Habla de mí, Olivia. Amanda me ha dejado cuando le he pedido matrimonio.

—¡¡No me jodas!! ¿Y eso por qué?

—Porque dice que tiene a otro.

—Pero si llevo mucho trabajando con ella y nunca he notado nada. Pero claro, tampoco de Mateo, ¡¡quien me ha dicho que igualmente tiene a otra!!

Ambos nos miramos, pusimos la misma cara, arqueamos la misma ceja y nos preguntamos al unísono.

—¿Están juntos?

Increíble, pero cierto, porque todo apuntaba a que sí. Al fin y al cabo, Amanda se relacionaba mucho con Olivia por trabajo y, por ende, con Mateo.

Mi hermana se acercó hacia mí y, en espera de la confirmación, se echó a llorar como una Magdalena sobre mi hombro.

—Lo siento, lo siento mucho también por ti.

—No, cariño, yo por ti. Te hacía tremenda ilusión casarte y te la han chafado por completo.

—Sí, al menos tú no tienes ese problema.

—No, pero tengo otro. En mi caso con la madre de Karol.

—¿Y esa qué pinta en todo esto?

—Esa es otra historia…

—Estamos hechos dos desgraciados a tiempo completo, por lo que voy viendo.

—Pues parece que sí.

—Cuéntame, anda, que mal de muchos…

Capítulo 14



Al final, terminamos cenando los dos con Borja.

—Joder, joder, joder, ¿puede ser?

—Pues si no es, menuda casualidad… Los dos nos dejan el mismo día por otras personas.

—Todo apunta a que sí. Vaya tela, ¿no?

—Pero tela… Tela la de mi vestido, que no pudo costar más cara, y vestido que diseñó ella. Te juro que esta noche subo un vídeo a las redes haciéndolo trizas.

—Me parece muy bien… Saca partido de esto. Libera toda tu rabia, haz ver que se trata de tu historia real y doblas los *followers* en dos días, te lo digo yo.

—No, si al final se lo vamos a tener que agradecer a esos dos.

—Pues sí. Pensad en lo bueno: ahora los tres estamos solteros, igual que vuestra hermana Marta, nos podemos unir los cuatro para salir y pasarlo de miedo.
—De miedo sería que ninguno nos comeríamos nada, porque pareceríamos dos parejas.

—Ay, mierda, pues también es verdad…

—Oye, y con lo de Karol, ¿qué vas a hacer, Teo?

—Tengo a Naiara, mi nueva abogada, trabajando a tope en el tema. Es la mejor.

—¿Ella te recomendó que te casaras? Porque eso sí que me pilló un poco por sorpresa, la verdad.

—Sí, fue ella.

—Pero no te creas que el menda le echó muchas ganas al asunto, que envió a Olga a comprar un anillo de compromiso.

—Teo, dime que eso no es verdad.

—Me gustaría poder decírtelo.

—Eres tremendo, de verdad que sí. Viendo cosas como esas, me dan ganas de hacerme lesbiana como Marta.

—Oye, ¿sigue con la idea de ser madre?

—Por supuesto que sí. Y yo seré la madrina del chiquitín, me lo ha prometido. A cambio, yo le dije que ella lo sería de mi primer retoño con Mateo.

Su carita de pena lo decía todo. Se me partía el alma porque tenía la absoluta seguridad de que esos dos estaban juntos y no me dolía tanto por mí como por mi hermana, quien había puesto la máxima de las ilusiones en preparar su boda con él. A esa gente no le volvía a comprar un coche ni por cachondeo.

—¿Y los dolores que te vas a ahorrar? ¿Esos no cuentan? —le preguntaba Borja tratando de quitarle hierro al asunto.

—De momento, porque yo madre seré. Ese que no se crea que me ha quitado las ganas de vivir. Hay que ser hijo de puta.

—¡¡Esa es mi Olivia!!

Para Borja también era como su hermana, igual que Marta y Daniela. Pero Olivia nos inspiraba una especial ternura al tratarse de la chiquitina.

—Venga, venga, tenemos que brindar…

—Borja, no sé si hay muchas cosas buenas por las que brindar esta noche.

—Pues claro que las hay, cenutrio. ¡¡Por todo lo bueno que está por venir!! —brindó y nos hizo chocar las copas.

Nos acostamos tarde, lo cual no evitó que me despertase temprano. Desayuné con Karol, quien tampoco entendía muy bien qué hacía la tía Olivia allí con nosotros, en casa de los abuelos y tan triste, porque quería disimularlo y no le resultaba fácil.

—Cariño, es que al final no habrá boda —le comentó.

—Tita Olivia, ¿qué me dices? Si yo voy a llevar los anillos con Rubén. ¿Es porque crees que nos vamos a pelear y a fastidiarla? Te prometo que no lo haremos, te lo prometo.

—No, cariño mío, no es por eso. Es porque Mateo y yo hemos roto —le contestó ella borrándose las lágrimas del rostro.

Verla así me partía el corazón. Tenía mis propios problemas, era evidente, lo cual no evitaba que sintiese mucho eso por lo que estaba pasando mi hermana pequeña a la par.

—Karol y ya que estamos hablando de todo, también tengo que contarte algo sobre Rubén y Amanda.

—¿Ella está enfadada conmigo? ¿Qué le ha contado ahora ese panoli?

—No le llames así, por favor…

—Si lo es, papá.

—Karol, Rubén ya no va a vivir más con nosotros.

—¿Cómo?

—Pues eso, hija.

—Bueno, que a mí me cae como el culo, pero que…

—Karol, esa boca…

—Vale, vale, pero que su madre y tú no os tenéis que separar por eso. No nos soportamos, pero ya está.

—No es por eso, hija. Con eso nos habéis puesto entre la espada y la pared muchas veces, que ha resultado agotador, pero no es por eso.

—Y entonces, ¿por qué es? ¿Te ha dejado Amanda a ti? No, eso no puede ser porque tú eres el hombre más guapo del mundo. Se lo dije a Rubén, que lo eras más que Mateo.

Lo soltó con toda la inocencia y ambos nos quedamos pasmados, tanto Olivia como yo.

—¿Y por qué mencionas a Mateo?

—Porque una vez, hace poco, estuvo en casa. Tú habías salido con Borja a la hora de cenar y nosotros estábamos acostados. Rubén se levantó a por un vaso de agua y los vio. Para chincharme, me dijo que también vio cómo se besaban, pero yo le dije que era imposible, que Amanda solo te besaría a ti, porque eres el mejor.

Si nos quedaba alguna duda, se resolvió por completo en ese momento. Amanda y él habían tenido la desfachatez hasta de verse a escondidas en mi propio ático. Lo dicho, que la vida te da sorpresas, pero que algunas de ellas son para alucinar por completo.

Al mediodía, cuando Amanda me avisó de que ya se marchaba, yo la esperaba en la calle para que me devolviese las llaves.

Rubén estaba metido en el coche y le hablé a su madre sin tapujos.

—¿No te ayuda Mateo con la mudanza?

—Ya te has enterado, espero que no me montes el numerito. Si no te dije de quién se trataba fue porque…

—Fue porque, si te queda un ápice de vergüenza, que no creo que sea el caso, entenderás que habéis sido un par de desalmados.

—¿Y me lo dices tú? Me lo dice Don "Cásate conmigo porque ahora lo necesito".

—No he hecho las cosas bien y lo reconozco. Por esa parte lo siento. Pero no siento perder de vista a una mujer con los pocos escrúpulos de liarse con el prometido de mi hermana pequeña, que además trabajaba contigo. Mejor que nadie sabes la ilusión que a Olivia le generaba esa boda.

—¿Y yo? ¿Yo no tengo derecho a ser feliz? Plantéate una cosa: si hubiera estado casada contigo, si me hubieras dado mi lugar, no habría tenido que buscar que me lo diese otro.

Capítulo 15



Hundido en el lodo. Así llegué a trabajar el lunes por la mañana. Y así me encontró Naiara.

—Hay forenses que certificarían tu muerte si te vieran en este instante, ¿se puede saber qué te ha pasado?

—Lo hablamos esta tarde si quieres, aunque te adelanto que…

—Vamos a tomar un café y me cuentas. Sé que llegó la demanda a tu domicilio el viernes, a mí también me la han notificado.

—Creí que tenía más tiempo.

—Se ve que se ha movido rápido, sí. Diana va a por todas.

—Pues espero que tengas preparada la artillería, porque si ella va a por todas, no te digo cómo voy yo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te casas con Amanda? Porque te lo recomendé.

—No, esa baza ya no la tenemos, lo siento.

—¿Y eso por qué?

—Porque le pedí matrimonio después de que ella viera la demanda y…

—Espera, ¿no le contaste lo de Karol y se lo pediste? Yo también te hubiera dejado.

—Ríete a gusto, si veo que lo estás deseando.

—Es que no me jodas. Pensaría que solo se lo pedías por eso.

—Esperaba que tardase más, ya te lo dije. Pero igualmente me habría salido por la culata porque ya aprovechó para contarme que se iba, que estaba con otro.

—¡¡Joder!! Y para rizar el rizo, no me digas que se trata de un amigo tuyo, porque entonces ya le hago la ola.

—No, se trata del prometido de mi hermana pequeña, Olivia. Amanda trabajaba con ella y, para más motivo de cachondeo, siempre me decía que de todas mis hermanas era a la que más cariño le había cogido, por esa circunstancia.

—Ya, aunque se calló que también se lo cogió a su prometido.

—Seguimos hablando del cariño, ¿verdad?

—Madre mía. Pues menos mal que me dijiste que lo tenías todo controlado.

—Sí, y para colmo me echa la culpa a mí de todo.

—Qué cachonda…

—Sí, sí, que si me hubiera casado con ella no se habría fijado en Mateo, eso me dice.

—Bueno, tú ahora no te desvíes del tema principal, que tiene miga.

—¿Sabes algo nuevo?

—Sí, que el juez que va a pillar el caso también se las trae.

—Y eso, ¿qué significa?

—No te voy a mentir, vengo que hablar con el fiscal y está de acuerdo con él en que la menor deberá ser explorada.

—¿Cómo explorada?

—Creí que podríamos evitarle esto a Karol, pero no será posible. La exploración es una entrevista con la cría para descubrir cuál es su postura en el conflicto que enfrenta a sus progenitores en su ámbito familiar. Lo siento…

—O sea, ¿que le van a preguntar a Karol? Pero si ella ni siquiera sabe…

—Lo tendrá que saber. Vas a tener que contarle que le mentiste en su día, Teo.

—No, eso no puede ser. Es muy pequeña todavía para saberlo. Igual no lo encaja y me odia, igual…

—No puedes empeorar las cosas negándote. Además, que tampoco creo que al juez le encante que le mintieras así a tu hija.

—Lo hice por su bien, Naiara. ¿Tú me entiendes?

—Yo sí, pero no estoy aquí para decirte lo que quieras escuchar. Lo siento mucho por ti, pero tendrás que afrontar esa conversación con la niña. Yo puedo tratar de coger atajos judiciales, de valerme de triquiñuelas que bien podrían considerarse trucos, pero no puedo hacer magia. Lo siento.

—Pero tú me dijiste…

—No quieras cargar tu pena, tu ira o tu frustración contra mí, Teo. Abstente de hacerlo. Sabes que me sobra carácter para mandarte a hacer puñetas si hace falta y dejarte con el culo al aire. Yo no soy quien te ha demandado, soy tu abogada y nado en la misma dirección que tú. Es más, estoy al mando del barco, pero no puedo manejar también los vientos. Si soplan en contra, tendremos que encontrar la manera de que nos sean más propicios. Y tú tienes una parte muy importante de responsabilidad que asumir.

Me dejó callado. Cuando un rato después Borja apareció por mi despacho y me encontró en shock, me dio la razón en que no podía estar mejor asesorado.

—Déjate llevar por lo que Naiara te diga, colega. Ella sabe lo que se hace.

—Es que encima el asunto le ha caído a un juez que es bastante tocapelotas.

—Pues te lo tendrás que ganar. Llevas toda la vida negociando y encima se trata de un tema al que le has puesto la mejor voluntad desde que tu hija nació. Te quiero como a un hermano, Teo, lo sabes. Conozco como poca gente tus virtudes y tus defectos, y por eso te puedo decir que eres un padrazo.

—¿Y si Karol no me perdona?

—Tu hija te adora, se le cae la baba contigo. Y no estás solo en esto. Cualquiera de nosotros le podrá corroborar que lo hiciste por su bien, para que no sufriera. Ella lo entenderá.

—¿Y si la pierdo también?

—Anda que no estás equivocado ni nada, ¿tú no te has enterado de que los hijos son para siempre? Tendrá 40 años y seguirá en tu casa, no te librarás con tanta facilidad de ella. Ya me darás la razón.

—Ojalá la tengas, Borja.

—Ya ni me haces bromas ni me llevas la contraria ni nada. Oye, ahora que se ha ido Amanda, espero que no te estés fijando en mí.

—Eso quisieras tú…

—¿Y tener que aguantarte? Ni majara te lo has creído.
—No soy tan mal tipo…

—Pues claro que no, chalado. De aquí a nada, estamos celebrando que todo habrá salido a pedir de boca.

—Si pensara de verdad que Diana le hará bien, te prometo que daría mi brazo a torcer, pero puede destrozar a Karol. ¿Y si mi hija se encariñase con ella y volviese a desaparecer de un momento para otro?

—De esa mujer no te puedes fiar, es verdad. Si lo viera de otra manera, te lo diría y lo sabes.

Capítulo 16



Ese viernes se me dio una circunstancia curiosa. Me quedé hasta tarde preparando el interrogatorio con Naiara otra vez.

Ella tenía el poder de hacerme creer, cuando estábamos juntos, que todo saldría bien, por lo que ambos nos esforzábamos al máximo por no dejar ni un cabo suelto.

Mi hermana Daniela había recogido horas antes a Karol y ya la tenía en su casa. A mi ella le encantaban las niñas y no pudo tener más hijos después de Hugo, quien por cierto seguía incorregible.

Mi sobrino y la desgracia con patas que era su padre se habían ido a pasar el finde fuera, a ver un partido de fútbol, por lo que Daniela se ofreció a quedarse con Karol hasta el domingo por la tarde para distraerse con planes de chicas.

La semanita había sido de aúpa. No perdáis de vista que Rubén y Naiara seguían asistiendo al mismo colegio, por lo que me encontré con Amanda y con Mateo en la puerta todos los días. Él la acompañaba como si se temiese que le fuese a hacer algo a su nueva chica. Menudo par de idiotas que estaban hechos.

Mi hija se mostró entusiasmada con los planes que le ofreció su tía, por lo que en ese sentido podía quedarme tranquilo. Aún no había hablado con ella y eso me tenía muy nervioso.

Cuando Naiara y yo salíamos, y dado que no tenía plan porque Borja había llevado a su madre a ver una obra de teatro, le dije de tomar algo.

—Pero en plan jefe y empleada o en plan colegas, ¿cómo?

—En plan colegas, claro.

—Solo si me prometes que no hablaremos ni media palabra del caso de Karol. No solo tú estás saturado, necesito despejarme.

—Palabra. Solo cena y, en todo caso, unas copas.

—Hecho —me tendió la mano en señal de que hacíamos un pacto.

Iba elegantísima con su traje de chaqueta en color verde botella y sus altos zapatos de tacón.

Por el camino, y dado que fue algo improvisado, llamé a mi restaurante preferido, donde siempre me hacían sitio, lo tuvieran o no.

Cuando llegamos, se me quedaron mirando un poco extrañados y en el momento ni caí. Cuando asimilas una nueva circunstancia, crees que los demás también la conocen. Y no es así.

—No entienden que no vengas con Amanda. Igual se han debido creer que estás liado conmigo o algo así.

—Que piensen lo que les dé la gana. No le debo explicaciones a nadie.

—¿Cómo lo estás llevando? —me preguntó una vez que nos sentamos.

—Con entereza. Sé que cometí mis errores y los asumo, pero esos dos ni mucho menos han sido tampoco un par de santos.

—No suelen existir santos ni demonios. Cuando eres abogada, como yo, y has visto muchos pleitos, crees más en las razones a medias. Los buenos buenísimos y los malos malísimos suelen estar más bien en los guiones de cine.

—Imagino.

Su conversación era de lo más amena y dinámica. Seguía sin parecerme una persona cercana, lo cual no la eximía de ser increíblemente interesante. Soy de hablar, lo he sido siempre, y bastante, aunque con Naiara me gustaba mucho escuchar.

Tenía mucho mundo recorrido también y sus puntos de vista eran muy originales, de los que te hacen pensar. Aparte, contaba con la virtud de minimizar los problemas, de reducirlos antes de dejar que fueran a más.

Tras la cena, nos marchamos a tomar unas copas al club.

—Imagino que este lugar te agrada porque ya te he visto antes en él.

—Ah, sí, aunque ahí no me mirabas con buenos ojos. Menudo cabreo tenías cuando nos acercamos Alejandro y yo.

—Es cierto. No estoy acostumbrado a que me den un revolcón.

—En una negociación querrás decir, ¿no? Porque de los otros prefiero no saber, aparte de que no me incumbe.

—Pues mira que, pese a lo que puedas pensar de mí, llevaba una serie de años de lo más tranquilito.

—Bien, bien.

—También tú tendrás un currículum espectacular.

—No creo que estés intentando que te lo cuente.

—No, claro que no. Pero sabes lo que es destacar y que te deseen.

—Digamos que sí, que lo sé. Eso lo tenemos en común.

De ella fue de quien partió el brindis.

—¡¡Por que nos deseen!!

Y quizás en ese momento comencé a desearla más. Me llevaba atrayendo desde hacía un tiempo o quizás, si me abro del todo y busco en mi interior, me atrajo desde el día en que la conocí. Pero las circunstancias habían cambiado, yo ya no tenía pareja.

En cualquier caso, contuve mis ganas de seguir flirteando con ella, porque era mi abogada y porque, además, traía entre manos el tema que más me importaba en el mundo. Si algo salía mal, si la pifiaba con Naiara y algo se torcía en el tema de Karol, no me lo perdonaría jamás.

Por esa razón, traté de no mirarla más como la estaba mirando, de dirigir mi mirada hacia otros lados de la abarrotada sala. Por mucho que lo procurase, al final terminaba posando los ojos en ella.

No llegamos a bailar porque conversábamos y porque no pasamos a la pista de baile. Había algo en Naiara que me seducía cada segundo que pasaba y me preguntaba si ella sería consciente.

Por su forma de mirarme, diría que sí. Y también habría afirmado que igualmente se sentía atraída por mí, por su jefe.

No suele ser buena idea mezclar el trabajo con el placer. Y menos en un momento como ese por el que yo pasaba, en el cual no tenía claridad de mente y las ideas se me amontonaban en mi atolondrada cabeza.

Capítulo 17



El domingo quedé con Borja, quien llegó risueño y con gafas de sol, ocultando su cansada mirada.

—Perdona por no llamarte para salir anoche, ¿qué hiciste al final?

—Quedé con Olivia para cenar. Tranquilo, ella necesita ahora que le den mimos.

—O que le den un buen repaso y se le quite todo.

—A ti te lo han dado anoche, de otro modo no dirías eso, eres más sensible.

—Esto de que nos conozcamos tan bien no sé si es una suerte o una putada.

—Venga, desembucha. ¿A quién te tiraste anoche?

—¿Te acuerdas de Nico?

—El chico aquel que me presentaste en el club, el que habías conocido en un curso de formación, ¿no?

—Eso es…

—Pues nada, que resulta que me llamó ayer por la mañana y me propuso que quedásemos para cenar.

—Espera, pero recuerdo que el día en que le vimos se había citado con una chica.

—Sí, sí. El tío se declaraba hetero total, por lo visto, pero de ahí pasó a hetero curioso y mira tú por dónde se acordó de mí.

—¿Hetero curioso?

—Cómo se nota que nos has visto la serie de “Machos Alfa”. Y mira que te he dicho un montón de veces que te vas a descojonar. Ahora, con el bajón que tienes, te vendría sensacional.

—Al turrón, que te gusta mucho dispersarte.

—Pues hetero curioso es aquel hetero que arde en deseos de explorar con individuos de su mismo sexo.

—¿Que arde en deseos seguro?

—Vale, eso es de mi cosecha. Pues que tiene ganas, vamos a dejarlo ahí. Interés, intriga, yo qué sé. Lo que tengo claro es que fui el elegido.

—Suena a título de película, fijo.

—Pues claro, lo es, pero no me desvíes del tema, que luego protestas porque me voy por las ramas. El asunto es que quedamos, comenzamos a charlar, me preguntó cosas y…

—Terminaste enseñándoselas en la práctica, que es como más se aprende.

—Cierto. Tienes habilidades para ser jefe, lo pillas todo.

—No te me cachondees, ¿y qué has sentido?

—Un gustirrinín acojonante. Mira, te voy a describir una postura que te resultará de lo más excitante.

—¿Te quieres callar y dejar eso para ti? Me refiero a tus sensaciones.

—Pues, cuando me estaba buscando el punto P, el punto G del hombre, por si no caes, que ya sabes que está en la próstata…

—Sigue con los detalles y ensayo contigo la última llave que he aprendido.

—Qué violento. Cualquiera se mete contigo en la cama, menudas palizas que debes dar.

—Que me cuentes de una vez si te gusta el tío o no.

—Más que el chocolate con leche con macadamia caramelizada al punto de sal, ¿lo has probado?

—Ni siquiera probaría a repetirlo, qué cosa más larga.

—Pues más bueno está, cuando lo chupas notas que…

—Seguimos hablando del chocolate, ¿verdad?

—Verdad.

—Oye, ¿y tú nunca has sentido la hetero curiosidad? No me mientas, ¿eh?

—Que no, tío… Para nada.

—Lástima.

—¿Y por qué? Yo tengo claro lo que me gusta.

—Y yo también, a ver si te crees que estoy carajote a estas alturas.

—Yo no he dicho eso.

—Y yo no he dicho nada.

—¿Nada? Si no paras de charlar.

—Si quieres me callo, pero tú no estás hecho un chorrito de alegría en estos días. Venga, habla, cuéntame algo.

—Yo cené el viernes con Naiara.

—Y esa te gusta como a mí Nico. Niégalo si tienes valor.

—La tía es un cañón, pero no es mi tipo, así que te lo puedes quitar de la cabeza.

—Ya, porque va a su puta bola y tú eres muy egocéntrico, más del rollo ser el centro de la vida de alguien. Pero que te la tirarías, eso por lo menos.

—Pues claro que sí, pero no quiero liar las cosas.

—Ya, por lo de la niña y eso, ¿y cómo es que terminasteis juntos?

—Eso es mucho decir. Tan solo cenamos y tomamos unas copas.

—Vale, vale, que tengo que hablar con un compás y una medida, qué susceptible.

—Pues nada que la invité a que tomáramos algo. Y ella me puso una condición.

—Que no te pasaras de listillo, ¿no? Si es que se las sabe todas. A esa no le darías coba tan fácilmente.

—Yo no suelo hacer eso.

—Un poco sí.

—Joder, teniéndote de amigo no me hacen falta enemigos.

—Y qué tiene de malo confesar que a veces metemos la pata. Yo también lo hago. Mis mayores cagadas las he cometido estando enamorado como un burro. Y empalmado también… como un burro, digo.

—Sembradito. Te aseguro que estás sembradito hoy.

—Y siempre.

—Si te digo la verdad, tengo ganas de que llegue mañana.

—¿Lunes? Qué hostia tienes, ¿ahora te gustan esos hijos de puta?

—Tú no solías decir tantos tacos.

—Eso lo crees porque no te has metido conmigo en la cama. Ahí se me desata la lengua.

—Dios me libre. Lo digo porque trabajando me evado más.

—¿De nuevo a vueltas con lo de Karol?

—Un montón, no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Pues como yo a Nico. Es que no sabes lo bien que nos "com penetramos" y…

—He pillado la bromita, no era necesaria la pausa.

—Es por hacerte despotricar un poco. Liberas adrenalina cuando lo haces.

—¿Piensas volver a verle?

—Si él quiere, pienso no dejar de verle, que no es lo mismo.

—Me alegro por ti.

—Oye, pero que no por eso te voy a dejar solo. Lo de anoche fue por la novedad.

—Yo estoy bien, Borja. Y me alegra verte tan contento.

—Ya lo sé, capullo. Te quiero un montón. Oye, ¿y a un trío no te unirías?

—Más tonto y no naces.

Capítulo 18



Esa tarde me acerqué por casa de mis padres. Daniela me entregaría la niña allí.

Cuando llegamos, me encontré a todos con cara de fiesta.

—¿Qué celebramos? ¿Que tu marido ha decidido quedarse fuera por fin y no regresar?

—No seas bruto, que va con Hugo.

—Pues una temporadita lejos de ti tampoco le vendría mal al chaval, que cuanto más lo mimes…

—Pero no con su padre —intervino Olivia—, que ese es capaz de echarlo a perder del todo.

—Qué fácil es hablar cuando no se tiene hijos, Olivia.

—Perdona, tienes razón, me he pasado.

—¿Podéis recordar que por eso estamos aquí todos reunidos? —preguntó Marta.

—Exactamente, ¿por qué? —le pregunté.

—¡¡Porque yo sí que estoy embarazada!!

—Pero, cariño, enhorabuena.

—Gracias, gracias… Estoy súper emocionada.

—Sí, papá, ahora que he perdido un hermano, al menos voy a ganar un primo —me dijo de lo más dramática mi Karol.

—No puedes tener más morro, hija. Te has quedado en la gloria tras la marcha de Rubén, niégalo.

—Un poco, ese niño es insoportable.

Lo estaba llevando muy bien. Entendí cuando se marcharon que Karol estaba más tranquila. No puedo decir de ella que fuese la típica niña celosa de su papi que viese a Rubén como una amenaza, no tenía nada que ver con eso. Simplemente, se caían fatal y no se aguantaban.

En honor a la verdad, Karol hasta me había pedido alguna vez un hermanito, pero yo más hijos no me planteaba tener.

No me consideraba mal padre, pese a todo, e incluso algunos opinaban que lo era bueno, pero sí he de reconocer que mi hija llegó del modo que lo hizo y, si no, cabía la posibilidad de que no me hubiese reproducido.

Marta sacó del frigorífico una exquisita tarta con la que había llegado hasta allí y que contaba con una simpática cigüeña como motivo decorativo, la cual se terminó zampando la peque.

—¿Y tú has caído en que ya no serás la chiquitita de la familia? —le preguntó Olivia.

—Pues claro, si ya soy mayor de todas maneras. Hasta tengo novio…

—Lo que me faltaba por escuchar, hija.

—¿Es que tú puedes y yo no, papá?

—Pues claro, porque soy mayor, aunque te recuerdo que ahora no tengo novia.

—Ya veremos por cuánto tiempo, ¿quién quiere apostar conmigo?

—Pero bueno, ¿esto de qué va?

Lo pregunté porque vi a mis hermanas y a mi madre con ganas de seguirle el rollo.

—Yo solo te digo que ellas son cinco y nosotros dos, hijo. Nos pueden dar la del pulpo.

—Qué sabio eres, papá.

Marta estaba radiante de felicidad. Mi hermana tenía bien claro que deseaba ser madre y se había quedado embarazada en el primer intento tras su tratamiento. Yo le había comentado que enfrentarlo en solitario no era lo más fácil, pero sí igualmente gratificante.

Se me removieron muchas sensaciones esa tarde. La veía tan ilusionada, tan volcada con su bebé… Gastaba bromas, se tocaba la barriguita… Esa, en esencia, era para mí ser una futura madre. Y no la de Karol, quien jamás tuvo el más mínimo gesto hacia su bebé durante todo el embarazo.

Tras la merienda, mis hermanas se dejaban maquillar por mi hija, quien ya lucía más pintada que una puerta.

—Daniela, ¿cómo se te ocurre comprarle maquillaje?

—No puedo decirle que no a nada que quiera mi sobrina, es un riesgo que debes asumir cuando me la llevo.

—Pero un riesgo tremendo.

—Papá, ¿te pinto también a ti?

—¿Te has pensado que *soy una Drag Queen*, hija?

—Por eso no lo digas, que podrías serlo por las noches y dar el pego por el día.

—Tú cuéntale eso a Borja y verás por dónde salimos.

—¿Y al menos las uñas? Ahora se las pintan muchos hombres.

—Hija, me parece muy bien, pero conmigo no cuentes.

—Y hablando de contar, ¿no tienes nada que contarme? —me susurró mi madre—. Ven conmigo.

Salimos al jardín, donde aún quedaba algo de luz y se estaba de maravilla.

—¿Qué quieres saber, mamá?

—Qué te aflige ahora. Eso, Teo.

—Voy a tener que hablar con Karol y contarle lo de su madre. En el juzgado van a pedir una exploración de la cría y no podré negarme. Eso es…

—Sé lo que es. A la nieta de mi amiga Fabiola se lo hicieron.

—Bueno, mamá, pues entonces ya sabes de qué va.

—La tratarán bien, hijo. Son especialistas muy sensibles.

—Ya, ¿y ella a mí? ¿Cómo me tratará cuando sepa que le mentí en algo tan grave? Bien sabes que no era mi pretensión para siempre, que pensaba contarle la verdad cuando fuese mayor.

—No te flageles más. Afrontaremos los problemas conforme vayan llegado, Teo. Eres un Pereyra, quizás el más fuerte de todos. Tú nunca te has amilanado por nada ni por nadie. Cuando ocurrió lo de Diana, derrochaste sensatez y te quedaste con tu hija. La has cuidado muy bien. Estoy muy orgullosa de ti. Y tu padre ni te cuento con la nueva proyección que le has dado a la empresa. Sabes que parece más cariñoso con las chicas, pero no pierde ocasión de hacerme saber lo hinchado que se siente con tu gestión. Y con sus amigos… Tendrías que verle, se pavonea como un pavo real.

—Habría que verle, sí…

—Eres nuestro hijo y lo has hecho todo lo mejor que has podido.

—Al menos con mi hija, sí…

—Con las mujeres siempre has sido un poco cafre, eso no te lo niego. Tu padre también lo fue, hasta que llegó la correcta.

—Que fuiste tú.

—Sí, pero no le metí en vereda, lo hizo él solo. Cuando llega esa mujer, un hombre lo sabe.

—Pues a papá le llegó mucho más joven.

—Es que la vida hoy es distinta. Tú has vivido lo tuyo, Teo.

—Sí, eso no hay quien me lo quite.
—Pero la vida son etapas y poco tienen que ver unas con otras.

—Mamá, yo no aspiro a encontrar a la mujer de mi vida, solo a que Karol salga bien parada de todo esto. Ella lo es para mí; es la mujer de mi vida.

—No, Teo, no te confundas. Ella es tu hija y algún día volará del nido.

—Borja no me da muchas esperanzas al respecto —bromeé.

—Ese Borja… Tu hija volará y dejará el nido vacío, como todos los hijos. Me gustaría que para entonces, tengas a alguien a tu lado. Pero escucha, que no sea una pájara, ¿me estás oyendo?

Capítulo 19



Miento si no admito que tenía ganas de ver a Naiara aquella mañana de lunes. El viernes por la noche me supo a poco. Y encima llevaba todo el fin de semana sin ningún contacto por su parte.

Era cierto lo que le había dicho a mi madre, pues en ese momento no buscaba nada. Pero no podía dominar esas ganas que me entraban de volver a verla en ciertos momentos.

Cuando Olga me dijo que ella había estado allí buscándome unos minutos antes, en mi despacho, sin embargo llegué a pensar que me arrepentiría de encararla.

Me dirigí flechado hacia su despacho y ya me esperaba. Estaba increíble, como siempre, con un vestido en marrón chocolate que le hacía cuerpo de diosa.

—Tenemos un nuevo problema, Teo.

—Buenos días para ti también —caí a plomo en una de las sillas de su mesa—. Cuenta, ya me lo esperaba.

—No, no son buenos, para qué andarnos con pamplinas. Pero tampoco nos van a doblegar… Diana ha pasado a la guerra sucia.

—Explícate, por favor.

—Soy la primera sorprendida. Está jugando fuerte, muy fuerte. Va a presentar como testigo a una enfermera del hospital en el que dio a luz que afirma que te escuchó pedirle que renunciara a la niña a cambio de la fuerte suma que le pagaste.

—¡¡No me jodas!! ¡¡Eso es incierto!! Jamás se produjo esa conversación. Todo estaba pactado desde el primer momento. Ella no quería a la niña…

—Lo sé, me lo has contado, pero no puedo decirte que esto me coja de sorpresa.

—Seguro que le ha pagado a esa mujer para que testifique con mi propio dinero… la dejé bien respaldada. No quería que pasara calamidades si no era capaz de reconducir su canal tras meses

sin ocuparse de él.

—Bueno, su defensa quiere demostrar que la entrega de Karol por su parte no fue voluntaria, que Diana se vio coaccionada por ti.

—No, si todavía me llevan a la cárcel y ella se queda con mi hija. ¡¡Qué injusto!!

—No va a conseguir nada de eso. Pienso plantarle cara con uñas y dientes. No hay ninguna prueba de que el testimonio de esa mujer sea cierto y, aparte, pediré al juez que rastreen sus cuentas y las de todos sus familiares para encontrar cualquier pago que Diana haya podido hacerle.

—¿Y si se lo entregó en mano? Por ponerte un ejemplo. Sabes igual que yo que, si pensaba hacer esto, no habrá dejado rastro.

—Ahora no puedes perder los nervios.

—Todo se está complicando, ¿es que me han echado una maldición?

—Relájate, ¿cómo te ha ido el fin de semana?

—Si quieres, te doy mi diario y lo lees. Vale, ni tengo diario ni tampoco derecho a hablarte así, Naiara, perdóname. ¿Me aceptas un café?

—Venga, vamos…

Me llamaba la atención que lo tomaba solo y sin azúcar, más fuerte que el vinagre. Naiara no era una mujer dulce precisamente y eso se reflejaba igualmente en sus gustos, pues decía que apenas probaba el azúcar.

—Te juro que me estoy comenzando a desesperar, me siento tan impotente…

—¿Impotente tú? No lo creo. Siempre fuiste el gallito del corral.

—Borja, ¿de dónde sales? Que estamos hablando de cosas serías.

—Ya me imagino, tienes peor cara que si fuésemos a echar mañana el cierre. ¿Qué pasa?

—Explícaselo tú, que no estoy de humor.

Naiara le explicó y él no perdió los estribos de milagro, también.

—Naiara, a Teo le podrán acusar las mujeres de muchas cosas, más que nada de haber pasado de algunas que estaban locas por él, pero jamás de coaccionar a ninguna. Hace mucho que le conozco y es un tipo con un corazón bastante más grande de lo que demuestra tras su coraza.

—No te pases tampoco, Borja, que me harás parecer un moñas.

—No es eso y lo sabes, pero más de una vez, de chaval, te tocaron la cara entre unos cuantos por evitar que me dieran una paliza por no ser un machito como ellos. Y tan contento que te quedabas. La cara te la has partido por mí, porque eres un tío leal y porque tienes principios. Y en ellos no se incluyen robar niños. Tú a Karol te la encontraste, la cuidaste, la mimaste y la tienes entre algodones. Tu niña es tu princesa y jamás de los jamases hubieras apartado a su madre de ella. Sé lo que tienes en contra de Diana por no haberla querido. Y si esa tipa se enfrenta contigo, se va a topar también conmigo. Naiara, ¿yo puedo declarar todo lo que viví a su lado?

—Claro que sí, pero a tu testimonio le darán menos veracidad, Borja.

—¿Menos que al de esas dos brujas mentirosas? ¿Y eso por qué?

—Porque eres su amigo de siempre. Y la testigo de Diana se supone que es una profesional que nada tiene que ver con ella. Salvo que eso lo pueda desmontar de algún modo, encontrando un cabo del que tirar. Chicos, tengo mucho trabajo por delante. Os dejo —nos dijo como si acabase de tener una idea y salió zumbando.

—Naiara se va a dejar la piel en esto, ¿lo sabes?

—Lo sé, lo sé.

—Pues entonces, alegra esa cara, que dentro de nada estamos celebrando.

—Celebrando que mi hija me va a odiar y que el juez puede creerse que pagué por ella, que la compré como si fuese una almohada. Qué mierda está ocurriendo a mi alrededor.

—Que estás pasando por una mala racha, eso es lo que está pasando.

—Borja, quiero a Karol con toda mi alma, pero con los hijos se sufre mucho también. Tenlo en cuenta.

—Se lo voy a advertir a Nico, no sea que me deje embarazado. ¿Quieres cambiar ya esa cara de una vez? Luego me invitas a almorzar y arreglado.

—No, hoy quiero ir a recoger personalmente a Karol al cole.

—Te vas a encontrar a la parejita feliz otra vez, ¿me acerco yo?

—Me la sudan esos dos. No, déjalo. Iré yo.

—Pues te acompaño.

—Borja, déjalo estar. Quiero recogerla y hablar con ella durante el almuerzo.

—¿Se lo vas a contar?

—Sí, hoy le contaré que su madre está vivita y guerreando.

Capítulo 20



No fue una mañana nada fácil para mí. Ni siquiera cuando me enteré del embarazo de Diana, por mucho que la noticia me dejase anonadado, había estado tan desconcentrado como lo estaba en esos días.

Me jodía porque todo había llegado en el peor de los momentos, en uno en el que la vida parecía sonreírme y me encontraba en el punto más alto de mi carrera empresarial.

De pronto, todo me daba lo mismo y ni siquiera era capaz de afrontar una sola negociación. Me encerraba en mi despacho y notaba que las paredes se me caían encima. Entonces salía a la calle a dar un paseo y cualquier menudencia me molestaba, volviendo a encerrarme.

En fin, que llegado el mediodía, me subía en mi coche para ir a por Karol cuando a vi a Naiara ir en dirección al suyo con el mando a distancia en la mano.

—¿Te marchas ya, Teo?

—Sí, hasta mañana.

No intercambiamos ni una palabra más porque no estaba hablador. Llegué a la puerta del cole y vi pasar por delante de mis narices a Mateo, quien ese día fue solo a recoger a Rubén.

Me miró y me sonrió como si le debiese la vida yo.

—¿Se puede saber qué miras, imbécil?

—Que no entiendo por qué no me saludas. No ha pasado nada tan grave. Las parejas van y vienen, es ley de vida. También los coches. Hemos recibido uno que no te resistirías a comprar y mi padre me ha preguntado un par de veces ya por ti.

—¿Y no le has dicho que ya no nos llevamos porque te acostabas con mi mujer al mismo tiempo que con mi hermana? ¿O es que tu padre es tan gilipollas como tú y no puede entenderlo?

—Cuidado con cómo hablas de mi familia.

—Pues tú, aléjate de la mía.

—No estaba tan enamorado de Olivia, Teo. Me di cuenta y no quise hacerle más daño.

—Ni siquiera tuviste los cojones de decírselo hasta el último momento, hasta que Amanda se fue contigo, ¿cuánto tiempo llevabas riéndote de Olivia? ¿Y de mí? Porque me llamabas cuñado, te lo recuerdo.

—Tengo buena memoria. Siento que te lo lleves tanto a lo personal.

—¿Te estás cachondeando de mí? Si los cuernos no son algo personal, ¿qué son?

—Quizás algo que hay que tomar con más deportividad.

—No me jodas, ¿me estás buscando? Porque yo deporte practico un montón, sabes que reparto hostias como panes.

—Por ahí viene Rubén, no creo que seas capaz de montar un escándalo delante del niño.

—Por supuesto que no. Dale las gracias porque te ha salvado.

A Rubén le seguía saludando quisieran ellos o no. Estábamos en la calle y no me lo podían prohibir. Por el contrario, ellos hacían como si Karol fuese transparente.

Si me dolía esa actitud, sobre todo por parte de Amanda que había vivido con mi hija, era por lo que la niña pudiera pensar. Menos mal que mi hija era también muy fuerte y se lo tomaba a broma.

Su equilibrio mental era para mí lo más importante, de forma que me costaba muchísimo abordar esa conversación con ella, la misma que cambiaría mi vida para siempre. Pero también la suya.

A partir de entonces, Karol sabría que su madre estaba viva y cabía la posibilidad de que dejase de creer en mí.

Cuando uno ha de enfrentarse a una situación como esa en la que me vi seis años atrás, no es fácil acertar en todo. Lo hice lo mejor posible con la niña, pero le mentí. Y quizás lo pagase muy caro.

—Papi, ¡¡has venido tú!!

—Claro que sí, mi vida. ¿Y sabes por qué?

—Porque me quieres mucho y porque me echabas de menos. Y porque ahora, como no tenemos que aguantar al pedorro de Rubén, me llevarás a comer adonde quiera, ¿a que sí?

—No hables así de Rubén, cariño.

—Vale, ¿pero me llevarás?

—Claro que sí.

Eligió un restaurante italiano donde servían una pizza exquisita que era su preferida. Aparte, contaba en la terraza con una zona de juegos donde ella solía terminar metida un buen rato, jugando con el resto de críos.

Así finalizaban todos nuestros almuerzos allí, por lo que recé para que, tras lo que Karol iba a descubrir, quisiera seguir jugando ese día, algo que era más probable que no ocurriese.

Me enfrentaba a la conversación más dura y determinante de mi existencia. Yo, que estaba acostumbrado a cosas tales como dar charlas en público o encarar las más arduas negociaciones, no sabía cómo comenzar a hablarle a aquella niña a la que quería más que a mi vida y cuyo dolor no podría soportar.

—¿Me quieres contar algo, papi?

Me lo preguntó con su trozo de pizza en la mano mirándome inocente, porque no dejaba de serlo por muy desenvuelta que fuese.

—Sí, hija.

—Pues venga…

—Es que no sé cómo empezar, Karol.

—Pues por el principio, empanado.

—¿Me has llamado empanado?

—Se me ha escapado —me contestó llevándose las manos a la boca.

—Pues que no se te escape más, listilla.

—Vale, ¿me lo vas a contar ya?

—Sí, sí, espera un momento, que me suena el teléfono.

Estando de almuerzo con mi hija, no hubiese descolgado de no ser porque quien me llamaba era Naiara y podía haber descubierto algo.

—Tenemos que vernos, Teo —me dijo con voz firme.
—¿Ahora? No puedo, estoy almorzando con Karol.

—Pues en cuanto termines. Te tengo la mejor de las noticias: Diana va a retirar la demanda.

—Perdona, ¿cómo has dicho?

—Lo que oyes… De manera que olvídate de tener que hablar con Karol, nunca sabrá nada.

—No sabes lo oportuna que has sido, Naiara. No te lo puedes ni imaginar. Te veo en cuanto terminemos.

Resoplé y me salió hasta una lagrimilla de emoción que no se le pasó por alto a mi hija.

—¿Qué te pasa, papá?

—Que estoy muy contento, hija.

—Pues entonces, ríete, ¿cómo vas a llorar, empanado?

Sí, se le había vuelto a escapar, pero ni reñirle pude en ese emocionante momento.

Capítulo 21



Como alma que lleva el diablo, llegué ya a solas a verla, dejando a mi niña en el ático. Durante el día, contaba con personas de servicio allí que podrían quedarse con ella, no hacía falta que llamase a Emily para nada.

—Cuéntame, por favor —le rogué encarecidamente.

—Qué satisfacción, palabra.

—Y que lo digas, ¿es que por fin ha recapacitado esa mujer y se ha dado cuenta de que se trataba de una tontuna?

—No, no, esa no ha recapacitado para nada, ni lo sueñes. Seguía adelante con todo su empeño, que parecía estar corriendo a *sprint.* Para mí que tenía demasiado interés en recuperar a Karol.

—Probablemente el de seguir sacándome los ojos con su chantaje, sí.

—Te doy toda la razón, lo veo igual. Pero tranquilo, que le he quitado las ganas de mirar a su hija como si fuera un buen montón de billetes de 500 euros.

—Cuéntame, por favor.

—La enfermera, ¿te acuerdas de lo que le comenté a Borja al respecto de su testimonio frente al de él?

—Sí, sí, que el de ella valdría más porque se trataba de una profesional a la que se suponía que este pleito ni le iba ni le venía.

—Correcto, pues va a ser que no. A raíz de su estancia en el hospital, hace seis años, la arpía de Karol entabló amistad con esa tal Stephanie, que así se llama la tiparraca. Claro que, cuando todo esto de la demanda comenzó, se dejaron de seguir en las redes sociales para que no hubiese constancia de esa amistad.

—Qué lista ella.

—Sí, pero entonces entró en juego mi amigo Valentino…

—¿No me digas que tú eres amiga también de mi cuñado?

—¿Tu cuñado es hacker?

—No, mi cuñado es imbécil.

—Entonces tranquilo, porque no estamos hablando del mismo Valentino. Este es uno que te va a cobrar unos honorarios que te vas a cagar, que lo sepas, porque ha tirado de la manta y las ha dejado a las dos con el culo fuera. Les habían hecho un trabajito fino, borrando todas las huellas de su amistad en las redes, pero este las ha encontrado, tirando de un hilito finito y sacando hasta la última reacción de ambas en años pasados.

—Como tú comprenderás, le pagaré lo que haga falta. Ole la madre que te parió, Naiara. Y a tu amigo también.

—Gracias, pero aún no sabes lo mejor. Ya metido en el ajo, le pedí también que hiciera un rastreo a todo su entorno, en lo que a las cuentas bancarias se refiere.

—Me dijiste que eso lo autorizaría un juez.

—Bueno, pero si vi la posibilidad de tomar un atajo legal, ¿te molesta que lo tomase?

—¿Molestarme? Estoy hechizado, has hecho magia con esto.

—Ya sabes que no lo es. Se llaman recursos, también los tienes en tu sector.

—Muy cierto.

—Pues eso, que, como le tengo puesto un detective a tu ex, le pedí que afinara con un vecino de la otra, de la enfermera, con el que se está acostando.

—Espera, espera, ¿quién se acuesta con ese tío? ¿La enfermera?

—No, no, es Karol quien se acuesta.

—¿Omar? ¿Su prometido? ¿Es ese del que hablamos?

—No, lo de Omar solo era una cortina de humo, con ese solo se iba a casar porque el chaval le pagaría para obtener los papeles. Y así, ella, además, tendría un marido con el que ayudarle a creer al juez que su vida familiar era súper estable.

—Qué cabrona…

—Sí, bueno, pues como te dije, con quien se acuesta realmente es con ese amiguito común

que tienen la enfermera y ella, un tal Aidan, que es en cuya cuenta abonó la suculenta cantidad que la he pagado a Stephanie por su testimonio falso. Porque serán amiguitas, pero la otra bien que le ha cobrado.

—¿Y qué ganaba él con esa cantidad en su cuenta? ¿El tal Aidan?

—Ese se quedaba con una comisión por los servicios prestados y así, si llegábamos alguna vez a relacionarlas, no podríamos hacer ver que entre ellas se produjo un pago.

—Muy pajaritas ambas, sí. Y el tipo también…

—Así es.

—Pero lo que me ha dejado totalmente alucinado es lo de que le tuvieras puesto un detective a Karol, tampoco me lo dijiste.

—No necesitabas saberlo. Yo he hecho mi trabajo y tú el tuyo.

—Sí, sí, menudo tinglado el que has montado. Ni el CNI…

—Pues sí. Y con todo eso, le he hecho llegar a casa de Karol un emisario….

—¿Le has mandado a alguien?

—Por supuesto, hay cosas que deben hacerse en persona. Si vas a apretarle las clavijas a un delincuente, porque ella lo es, no puedes ir dejando pistas que te comprometan también.

—Tienes toda la razón…

—Pues eso, que mi emisario le ha dejado clarito que, si sigue adelante, podremos demostrar desde la falsedad de su futuro matrimonio al pago a su amante y vecinito de la enfermera, el cual ya solo tiene una parte del dinero en su cuenta, mientras que la otra acaba de comprarse un cochazo de lujo y está reformando su casa a la par que está de baja médica por una lesión que también es más falsa que un billete de 300 euros.

—Estoy impresionado, Naiara.

—Ya lo sé. Pues nada, que allí mismo le ha dado un ultimátum y le ha dicho que se vaya a tocarle las narices a otro y que a ti te deje en paz.

—Joder, qué flipante es todo esto. Y ella ha aceptado, ¿no?

—La tenemos cogida por los ovarios. No te equivocaste con ella, solo quería sacarte la pasta a palas a través de la niña. Otra vez.

—Y esta es la que tenía mucha fe y principios, por eso siguió adelante con el embarazo, decía.

—Esta siguió porque vio en Karol una mina de oro. Que sepas que lo de su tienda online es otro camelo. No es real, esa página solo es una tapadera, no hay nada debajo, también lo he investigado. Diana no quiere dar palo al agua, solo vivir de las rentas… De las rentas de una hija a la que ha vuelto a acudir al darse cuenta de que, con el tiempo, se quedaría sin blanca.

—E iba buscando vivir definitivamente del cuento.

—Más que del cuento, de ti, exacto.

—Gracias, Naiara, me has hecho el hombre más feliz del mundo. Por favor, tienes que celebrarlo conmigo.

—En cuanto la demanda, efectivamente, sea retirada.

—El universo se ha puesto de mi lado. Si llegas a tardar en llamarme tan solo un minuto más, ya nada sería lo mismo para mi hija, su infantil vida se habría visto zarandeada por la malignidad de su madre.

—No te comas ahora el coco con eso. Lo importante es que has salido bien parado de esta.

—Gracias a ti y solo a ti. Has hecho un trabajo impecable, has jugado tus cartas como nadie…

—Digamos que he bordeado la legalidad, algo que quedará entre tú y yo, ¿ok?

—Para siempre —le dije acercándome a ella y dándole un tremendo abrazo.

Capítulo 22



Ni siquiera a Borja le di los detalles de cómo me libró Naiara de Diana. Mi felicidad era total y mis padres, así como mis hermanas y él mismo, lo celebraron conmigo con mucha alegría.

Contemplé la posibilidad de ponerme en contacto con la madre de mi hija para mandarla al infierno, pero Naiara me lo desaconsejó. Todo había sido muy turbio en la interposición de la demanda y, cuanto menos me relacionasen con ella, mucho mejor.

La dicha completa la sentí al siguiente día, cuando su abogado, efectivamente, retiró la demanda, poniendo fin a la pesadilla.

Naiara apareció por mi despacho con un par de copas y una botella de champán. Ni siquiera llamó a la puerta. Ella era así. Más bien le dio una patada, una vez que la abrió, y que se dio cuenta de que se le iba cerrando de nuevo, causando la risa de Olga.

—¡¡Hora de brindar!!

—¿Ya lo ha hecho? ¿Se ha acabado?

—Por siempre jamás, jefe.

—No te imaginas la alegría que me das.

—¿No me lo imagino de verdad con la carilla que estás poniendo?

—Hay cosas que no pueden ocultarse, Naiara.

—Y a ti todo se te refleja en los ojos, que hablan por sí solos. Excepto en las negociaciones, que no dejas que se vea a través de ellos.

—Muy peligrosa creo que eres tú, ¿no?

—Solo un poco.

—Siéntate, por favor. Explícame qué tenemos que hacer ahora.

—Nada. El caso quedará archivado automáticamente. Fin de la historia.

—Por fin un final feliz.

—Qué romántico ha sonado eso —se burló.

—Pues muy romántico no es que sea yo, es algo que debes saber.

—Ni que me interesara —mientras lo decía echó una de sus risillas burlonas de nuevo.

Sentía unas irrefrenables ganas de besarla.

—¿Qué haces este viernes, Naiara?

Se lo pregunté con el total deseo de que estuviese libre y me aceptase esa cena que le iba a proponer.

—Pues trabajar, ya que tengo un capullo de jefe explotador que…

—Preséntamelo, que le envío un sicario.

—Con mucho gusto —contestó chascando la lengua.

—En serio, ¿te apetecería cenar conmigo?

—Vas a insistir igual, así que más vale que me apetezca.

—Genial entonces. Y ahora, brindemos.

—Eso digo yo, que con tanta proposición se nos va a calentar el champán y parecerá pis de burro.

Esa salida por su parte me hizo reír hasta que se me vio la campanilla.

—¡Por ti, Naiara! —brindé cuando por fin dejé de reír.

—¡Y por ti, Teo!

Sus chispeantes ojos me miraban y acrecentaban mis ganas de besarla.

Ya la veía sin ropa, tumbada encima de mi mesa, húmeda y burbujeante como aquel champán que hacían aún más jugosos sus gruesos labios.

De unos cuantos tragos, se bebió la copa. Cada uno de ellos se me antojó como más insinuante que el otro. Cuando la hubo apurado, se levantó con la intención de marcharse.

Sin duda me leyó en los ojos que no me apetecía en absoluto que lo hiciese, que saliera de ese despacho, el mío, el cual se había convertido de pronto en el refugio en el que me encontraba tan a gusto con ella. No obstante, y por si aún no lo había percibido en toda su dimensión, resultó determinante que la agarrase por la muñeca con la intención de retenerla al menos unos minutos más.

No solo era elegante, sino la insinuación hecha mujer, por lo que, sin tomarlo a mal, se deshizo de ese apretón de muñecas.

Naiara era una profesional de los pies a la cabeza. Era evidente que también le atraía, eso podía igualmente detectarlo en su mirada, aunque quizás no le pareciera el lugar más apropiado o, simplemente, jugase a mantener algo más esa tensión sexual no resuelta que había entre ambos.

Cuando la vi salir por la puerta, suspiré. Hacía un tiempo que no estaba en el mercado y no es que tuviese ganas de volver a flirtear con unas y con otras. No me encontraba en ese momento.

Mis anhelos iban por otros derroteros. Mi fijación por Naiara era palpable y, fuese ella consciente del todo o no, ya aparecía cada noche en mis sueños.

Siempre he sido de perseguir cuanto deseaba. No me gusta la sensación de quedarme a medias y mucho menos la de no pelear por aquello que deseo.

Hay combates que resultan mucho más complejos que aquellos que se libran en un tatami de Jiu Jitsu, que era mi especialidad. Y suponía que a Naiara le iban los juegos, no la veía como la típica persona que se entrega sin más.

Me encontraba dispuesto a jugar con ella. Aquella imponente abogada estaba aderezando mi vida como si se tratase de un plato que desde hacía algún tiempo me resultase insípido y, de pronto, potenciase su sabor.

Le pedí a Olga que le enviase un ramo de flores, el cual estuvo en su despacho un rato después.

Cuando volvió a entrar en el mío, de nuevo sin llamar, se dibujaba otra mueca mordaz en su rostro.

—No, ¿eh? Si no eres romántico no lo eres, a mí no me vengas con estas —me aclaró mientras se sentaba.

—Solo son unas flores de agradecimiento.

—El agradecimiento ya me lo llevas mostrando desde ayer, no me hacen falta más manifestaciones.

—Está bien, está bien…

—Pues eso.

—Pero no te olvides de que el viernes cenamos juntos.

—Lo acabo de añadir a mi calendario, tranquilo.

—No me creo que hayas tenido que hacerlo, ¿era necesario?

—Pues claro, ¿o prefieres que se me olvide? Aunque con lo pesadito que estás, temo que me lo estés recordando toda la semana.

—No se trata de un compromiso profesional, por eso te lo decía.

Mi sonrisa salía sola cuando le hablaba. Me delataba, si bien eso no me importaba en absoluto. Me salía con ella y me sentía bien mostrándola.

—Tampoco lo es mi cita para la manicura y ahí está; en el mismo calendario.

—¿Me estás vacilando? No es lo mismo —opiné encogiendo los ojos.

—Que no, que no… Que si quieres te lo enseño. Igual que mis entrenamientos de Jiu Jitsu y…

—¿Has dicho Jiu Jitsu? Eso no me lo puedo creer… Me lo habrás escuchado decir y te estás quedando conmigo.

—¿Me estás vacilando tú? ¿También lo practicas?

—Desde siempre, ¿y tú?

—Pues desde hace unos añitos, estoy súper picada.

—Joder, joder, lo último que me esperaba. Que las hostias no solo las des en tu trabajo.

—Pues claro, todo va de la mano, tolai.

—¿Me has dicho tolai adrede o se te ha escapado?

—¿Tengo pinta de no controlar y de que se me escapen las cosas?

—No, no… ¿Dónde entrenas?

—Ahora en el gym de la calle Crucero, no lejos de aquí.

—Cierto, vives también por esa zona, ¿no?

—Afirmativo, te veo muy puesto, jefe. Y no me refiero al sexo.

Sin más, giró sobre sus talones y se marchó, dejándome con una risilla suelta de lo más boba, algo que me resultaba relajante y llamativo, ambas cosas a la vez.

Capítulo 23



Esa misma tarde me presenté en su gimnasio. Pagué una cuota de nuevo socio y, aunque no pensaba dejar el mío, que estaba entre las instalaciones del club, así pude verla.

Me imaginé que, tras tantas tardes reunidos con el tema de Karol, le pasaría lo que a mí: que estaría deseando practicar ese arte marcial que nos apasionaba a ambos… Para mí había sido como una terapia en muchos momentos de mi vida, en esos que necesitaba que la adrenalina corriera veloz por mi cuerpo, liberándola y sintiendo ese placer que produce hacerlo.

Para aquel que no lo conozca, se trata de un arte marcial que, casi todo el tiempo, se lleva a cabo en el suelo y en el que tienes que partir de la base de conocer muy bien el cuerpo humano para lograr la sumisión de tu oponente, sin que resulte violenta.

De hecho, igual no conocéis tampoco el dato de que, frente a otras artes marciales más rudas, al Jiu Jitsu se le conoce como “el arte suave”, ya que no necesitas golpear al otro para utilizar esas técnicas de control del cuerpo, de estrangulamiento y de palanca.

Como digo, para mí siempre resultó providencial practicarlo y se veía, por lo que me dijo, que para Naiara también.

No me equivoqué en que la vería aparecer por allí con su kimono, su bucal protector y el resto del equipo.

Por el contrario, era lógico que ella no me esperase y rio incrédula.

—O sea, que lejos de librarme de ti también por las tardes, tendré jefe hasta en la sopa, ¿no? ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Teo?

—Saber si de verdad sabes practicarlo o solo eres una mera aficionada.

—Ya, como si algo de lo que hiciera en mi vida te sugiriese eso.

—Ahí me has pillado. No, tú eres de ponerle mucho empeño a todo.

—No lo sabes bien —me contestó con retintín.

Temí que en ese momento, el aumento súbito de tamaño de mi miembro viril se apreciase a simple vista a través de la tela del kimono, por lo que traté de apartar ese comentario de mi cabeza, la cual estaba ya muy caldeada mirándola.

Si atractiva estaba con sus elegantes modelos, no digamos ya con ese kimono y el pelo recogido en una coleta.

—Bueno, ¿y tienes pensado asistir a clase o vas a combatir con alguna chica?

—Vaya, al jefe le apetece ver cómo nos sobamos un par de oponentes femeninas. Pues siento decirte que no he quedado con ninguna para pelear en el barro y en bikini. Te lo vas a tener que imaginar.

—¿Cómo puedes ser tan cruel conmigo?

—Cruel, despiadada, bárbara… Llámalo como quieras —me contestó riendo.

—¿Te importa si asisto a clase contigo?

—No has venido para eso, sino para saber qué sé hacer, para empaparte de todo, vaya. Acompáñame.

—¿A dónde?

—Al tatami…

—Eres menos corpulenta que yo, se nota a las claras la diferencia de peso…

—No influye tanto como en otras artes marciales, no en el Jiu Jitsu. Y ahora, dime si has venido a combatir o a lloriquear como una nena.

—Te gusta tocarme la fibra sensible, ¿eh?

—No disimules. Sé que tú no tienes de eso.

—Y encima graciosilla.

—¿Aceptas o es que temes hacer el ridículo?

—Y chulilla también.

No niego que, en un primer momento, anduve con cuidado por temor a lastimarla. Pero cuando me hizo el primer estrangulamiento y vi cómo se las gastaba, entendí que con ella, tonterías las justas.

—¿Te vas enterando ya de que no necesitas darme ventaja? —me preguntó decidida.

—Algo sí… A partir de ese momento, fue la suya sobre la mía, se trataba de una oponente más que digna y que me plantaba cara de una forma feroz pese a la evidente diferencia a nivel de corpulencia.

Cuando terminamos, nos duchamos y me quedé con las ganas de tomar algo con ella, si bien quería ir a casa a estar con Karol.

—Bien hecho, niña —la piqué un poco con ese apelativo antes de marcharme.

—Si tú me vieras como a una niña…

Dejó el comentario en el aire y se marchó. Lo que no esperaba, dado que no estaba acostumbrado a verla de esa guisa, era que de allí se largase vestida de motera y, como no podía ser de otra manera, en moto.

Si sus *outfits* de trabajo le sentaban increíble, para qué hablar de ese mono que marcaba cada una de las curvas de su seductor cuerpo.

No fui yo solo quien la miró al salir, pues varios chicos mucho más jóvenes que yo se quedaron embobados viéndola subir en aquella máquina.

—No sabía que tuvieras una de esas —le comenté.

—¿Tú no?

—Hace muchos años tuve, pero cuando nació Karol decidí eliminar riesgos de mi vida.

—Es lo que tienen los niños… Una pena.

—¿No te gustan?

—No están mal… Frititos y con un poquito de cebolla se les suele enmascarar el saborcillo a repipis y metomentodos que suelen tener.

—Mi Karol no es así.

—¿Tú qué vas a decir, que eres su padre? Lo siento, pero no tengo baberos encima. Corre a casa y coge uno antes de que… Ya sabes, con la baba colgando perderías sexapil.

La muy jodida de ella, arrancó la moto y salió calle adelante con su motor rugiendo. Era poderosa y le gustaba que se notase.

La perdí de vista y quizás tuviese razón en que, por primera vez en mi vida, necesitaba un babero, aunque no solo tenía que ver con Karol el asunto.

Llegué a casa con una sonrisa que me cruzaba la cara y mi hija lo notó.

—¿Le has dado una buena tunda a uno, papá?
—Ya sabes que el Jiu Jitsu no va de eso, cariño.

—Ya, pero sí de ganar o perder, ¿has ganado?

—Hemos quedado en tablas.

—¿Empatados? ¿Y hoy no te da coraje? La abuela dice que a ti no te gusta perder ni al parchís, que ya te pasaba de chiquito.

—Pues hoy no me ha dado ningún coraje.

—Vale —murmuró mientras se encogía de hombros y seguía haciendo su bonito dibujo.

Capítulo 24



El viernes por la mañana la llamé a mi despacho. Entró como siempre, sin llamar y sin nada, y se sentó.

—Que ya lo sé, que ya lo sé, que cenamos esta noche. Oye, tú no te estarás flipando y pensarás que se trata de una cita, ¿no?

—Una cena, se trata de una cena, ¿contenta?

—Pues eso dependerá del menú, aunque por lo que te va a costar, ya puede ser bueno. Y ahora, si no te importa, debo darme patadas en el culo. Verás, resulta que cierto personajillo pequeño al que tú conoces a las mil maravillas me ha tenido entretenido con su caso durante un tiempo. Y el resto del trabajo se me ha acumulado.

—A tu ritmo, no te agobies, por favor.

—Si no me agobio, solo te lo decía a modo de comunicado oficial. Ya sabes, por si desde tu posición de jefe se ve todo más fácil.

—¿Insinúas que me toco las pelotas en el despacho?

—Cómo y dónde gestiones tu sexualidad es cosa tuya. No me interesa saberlo.

—Tú hablas de Karol en esos términos, pero también eres un personaje.

—Sí, claro, a actriz me voy a meter ahora.

—Nunca se sabe, ¿y si te gusta?

—No, no, lo de memorizar guiones como un papagayo no va conmigo…

—Y lo dices tú, que estudiaste Derecho.

—Y dale con la leyenda urbana, que en la abogacía se razona, no es cuestión de meterse leyes en la cabeza, una detrás de otra. Yo soy de pensar, no de memorizar. Las leyes ya las tengo en

Internet. Así que, si un día me meto a actriz, será porno, que ahí hay poco que hablar.

Me sacaba las carcajadas. No iba de payasa por la vida ni su intención era la de caerme en gracia, sino que le salía solo. Aquella impresionante mujer, porque lo era, me alegraba el alma.

—Qué cosas las tuyas.

—Sí, sí, las que piensa la gente y casi nadie se atreve a decir en alto. ¿Me puedo ir ya o me vas a pagar por nada?

—Solo un segundo, quería comentarte una cosa. ¿Tendrías problema por volar con Borja y conmigo la semana que viene?

—Pues depende, si es en parapente, por ejemplo, ya lo he probado y no me mola demasiado.

—¿Hay algo que tú no hayas probado?

—Muchas cosas, aunque estoy en ello.

—En serio, volaríamos en mi *jet* privado a Bruselas. Tengo un contacto allí, un importante inversor, y es fundamental que nos reunamos en persona. Tú misma dijiste que hay cosas que se deben hacer...

—Cara a cara, lo sé. Me parece bien, los viajes están incluidos en mi contrato.

—Lo sé, lo sé.

—Y también deberías saber que me estás haciendo perder el tiempo. Si vamos a vernos esta noche, ¿por qué no has esperado para decírmelo?

—Por si te venía mal por algún motivo.

—Qué considerado, no cuela. Estoy empezando a pensar que te gusta mucho verme por aquí, quizás demasiado. Hasta luego, pimpollo.

—¿Pimpollo me has dicho?

—Sí, eso he dicho. Nos vemos esta noche.

No era mi estilo darle demasiadas vueltas a qué ponerme para salir. Y no porque no fuese coqueto o viviese ajeno a la moda. Solo hace falta pasarse por mi vestidor para saber que eso no es así.

Simplemente, hacía tiempo que no me afanaba en gustarle a alguien, en llamar poderosamente su atención. Me decanté, dado que íbamos a un restaurante muy lujoso, por un traje italiano negro, con camisa del mismo color, aunque sin corbata para darle un toque más informal.

Quedé en recogerla y a las nueve en punto ya estaba en la puerta de su edificio de apartamentos. Cuando apareció, fue como si el mundo se parase para que ella bajase con ese garbo que la caracterizaba el par de escalones que separaban su exclusivo edificio de la calle.

Venía igualmente de negro, con un chaquetón que escondía debajo un escotado vestido que complementó con zapatos y pequeña cartera, ambos plateados.

De veras que era un espectáculo, con su melena perfectamente alisada y unos jugosos labios en rojo que constituían una verdadera tentación en sí misma.

—Descalzo viene él —comentó mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—Me alegra que te guste.

—¿Tú qué crees? Un Ferrari Purosangue —silbó viendo su interior.

—Soy muy caprichoso con los coches, lo reconozco.

—Si te parece, lo niegas… Medio kilo debe costar, ¿no?

—Lo has clavado, y algo más, porque este tiene ciertos detalles que…

Le gustaban también los coches, igual que las motos. Con ella podía hablar no solo de negocios, sino de cualquier tema que incluía aquellos, como solía hacer con Borja, por ejemplo.

Me generaba una sensación rara. Naiara era una profesional como la copa de un pino y luego también esa mujer a la que le apasionaban muchos temas comunes conmigo. Y no digamos ya la coincidencia con lo del Jiu Jitsu, que ya fue la pera limonera.

Capítulo 25



La cena se desarrolló en el mejor de los ambientes.

De nuevo di en el blanco de la diana con mi elección, que resultó ser muy de su gusto, y aunque apenas bebí porque debía conducir después, brindé con ella a la hora de los postres por la mejor abogada del mundo.

No me hacía falta beber, ya me estaba emborrachando con Naiara. Cada mínima percepción que me llegaba a su lado se amplificaba, cobraba más sentido. La vida era más estimulante en su compañía.

No esperaba menos cuando aceptó que alargásemos la velada. Es más, esperaba que terminase en su cama o en la de algún hotel, puesto que Emily estaba en casa con Karol y, pese a que mi ático contaba con más de 300 metros cuadrados y mi suite quedaba completamente aislada, no me habría parecido en absoluto correcto por mi hija.

Con la ilusión de continuar ese halo de buena onda que me llegaba por su parte, le sugerí que tomásemos algo en una discoteca que causaba furor cada fin de semana, poniéndose de bote en bote, y recibiendo la visita de gente con mucha pasta que, como yo, aspiraba a disfrutar de uno de sus reservados.

Aunque esa era mi intención inicial, la suya era más la de bailar en una de las pistas en las que sonaba música latina.

Se notaba que tenía ganas de pasárselo bien y me pareció la mejor de las ideas.

Llegamos hasta la pista justo a tiempo para escuchar ese éxito que estaba sonando tanto “Tu silueta”, versión bachata.

Su letra no podía resultarme más insinuante cuando ella, ya despojada de su abrigo, dejó que pusiera mis manos en su sugerente cuerpo y se movió sexy al ritmo de estas.

“Amo cuando tu silueta forma parte
Del mismo sol que ella me tapa…”

Me gustaba el baile latino y no se me daba mal. No quiero pecar de presuntuoso pero, de hecho, siempre se me dio muy bien. Y a ella… a ella se le daba sensacional.

Notaba cómo muchos nos miraban. Parecía que hubiéramos ensayado, a modo de coreografía, esa canción provocativa en la que ella se dejó atrapar por mis dedos mientras que se movía de lo más tentadora.

Ya de inicio, como si fuera una contorsionista, practicó una serie de ondas que trastocaron el ritmo de mi respiración. Y a partir de ahí se fusionó conmigo. Su forma de bailar bachata sensual estaba a otro nivel.

Yo, como es lógico, también estaba ya en mangas de camisa y aun así sentía un calor verdaderamente infernal, a pesar de que el local estaba bien refrigerado, acorde a la mucha gente que había dentro.

Cuando llegaba el momento en el que se decía eso de *"Salta la alarma en la zona, esta loba sí ataca…"* hubiese dado cualquier cosa porque ella lo hiciese, porque atacase, pero no fue así. Se limitaba a mirarme fijamente. No había conocido a ninguna mujer más sensual y el deseo que sentía por ella era de tal magnitud que me sentía febril y delirante.

Después de esas letras sonaron otras muchas. No podía faltar tampoco la de "Quiero caer", que me venía como anillo al dedo porque deseaba caer con ella y que ella cayese conmigo. Le susurraba… *"Y si te acercas y me planteas, dejarnos llevar por el instinto y nada más…"*

No podía más. Llegó el momento de lanzarme. Aquella manzana caramelizada que tenía delante, presta para ser degustada por mí a dentelladas, se me había puesto a tiro con su brillante mirada en la cual podía verme reflejado… Fue el momento en el que, igual que en la canción, me dejé arrastrar por el instinto y nada más, entrecerrando los ojos.

Y fue el momento en el que recibí la cobra del siglo. Tenía que haberlo previsto. Si había una mujer que me hiciese eso la primera vez que intentase besarla, sería ella. Naiara no era la típica persona previsible, más bien estaba en las antípodas de eso, con lo cual supe que jugaría conmigo a su antojo hasta dejarse besar por fin.

Cuando al rato dejamos de bailar y tomamos una copa (en mi caso pedí un delicioso cóctel sin alcohol por el tema de la conducción), me aceptó que lo hiciésemos en uno de los exclusivos reservados, en el cual me habló.

—Oye, Teo, ya te advertí que esto no era una cita.

—Vale, vale, tomo noto —le comenté guiñándole un ojo.

—No sé si la has tomado de verdad.

—Claro que sí. Lo anoto en la mente, tranquila. Siento si te he contrariado con mi actitud. No pasa nada. Sabré esperar el momento.

—No, es que no me estás entendiendo.

—Pues explícate, porque borracho no estoy. Mira lo que bebo.

—Teo eres mi jefe, nos llevamos sensacional y está siendo una velada estupenda, pero yo tengo pareja.

Me quedé sin reacción en ese instante, porque era lo último que esperaba.

—A ver, Naiara, yo te pregunté si…

—No, tú me preguntaste si estaba con Alejandro y te dije que no, pero no preguntaste nada de si estaba con otro. Hay alguien en mi vida desde hace tiempo. Lo siento, Teo, siento si te he dado a entender que tenías posibilidades conmigo.

Se me cortó el punto por completo. A partir de ese instante, no me apeteció continuar con la velada y ella lo captó a la primera.

—Igual es mejor…

—Sí, que nos marchemos a casa. Se ha hecho muy tarde. Oye, Naiara, espero no haberte…

—Mira, si me vas a soltar lo de que esperas no haberme ofendido o puesto en un compromiso con mi pareja, por eso de las invitaciones a cenar y tal, ya te imaginarás que con mi forma de ser no salgo con ningún neandertal. Además, que Mark también viaja mucho por trabajo. Es alemán y a menudo va a Berlín, ahora mismo está allí, aparte de que visita más lugares. No me has perjudicado en nada porque él confía en mí, así que no te comas el coco. Lo único que quiero es que sepas cómo son las cosas.

—Claro, claro…

Capítulo 26



Emily ya dormía a pierna suelta en el dormitorio de Karol. Mi niña contaba con uno impresionante, decorado totalmente a su gusto, multicolor y comodísimo, con su propia área de juegos dentro. Contaba con dos camas, la suya y otra para cualquier amiguita que se quedase a dormir o para Emily cuando la cuidase.

No me fui directo a la cama, sino a la zona de bar que tenía en el salón. Necesitaba a tope una copa, algo fuerte que me ayudase a digerir una noticia que para mí no lo era menos.

¿Me había fallado el detector por primera vez en mi vida? ¿Se me había quedado obsoleto? Joder, vaya suerte la mía. ¿Qué había entonces en aquellas miradas por parte de Naiara? ¿Estaban dirigidas a darme un calentón o de verdad me deseaba?

No, yo sabía interpretar esos reflejos que salían de sus ojos cuando estaba delante de mí. Me deseaba tanto como yo a ella, pero aquella indómita abogada, contra todo pronóstico, no era libre como yo pensaba.

Maldije mil veces al alemán que ocupaba su vida y su cama antes de irme a la mía. Y cuando por fin me acosté soñé con ella y con ese polvo que le hubiese echado aquella primera noche en la que pensé que se me pondría a tiro. Y fue al contrario.

En mis sueños, ya ni siquiera la cubría el negro vestido. Directamente, aparecía ante mí con un *body* transparente, también en negro, que apenas tapaba sus zonas más prohibidas.

Bailaba para mis ojos y las olas que formaban sus brazos me incitaban a meterme en esas cálidas aguas en las que podría mecerla al compás de mis embestidas.

No me limité a penetrarla, pues hubiera sido una verdadera pena. Antes me recreé con ese lienzo en blanco que era su piel y que se me antojaba así, como si con mis dedos pudiera dibujar sobre él esas insinuantes caricias que la fueran marcando.

Su forma de entreabrir su boca para recibirme y cómo asomaban sus perfectos dientes por ella me provocó taquicardia y ganas de morder esos labios que no me conformaría hasta devorar.

En el momento de hacerlo, en el de comenzar a morderlos, tiré de su melena hacia atrás, con

la ferocidad de quien quiere poseer el cuerpo que tanto anhela y que no puede apartar ni un solo instante del día de su mente.

La sedosidad de su piel, la turgencia de sus senos, la voluptuosidad de sus curvas… Todo se reducía a unas irrefrenables ganas de hacerla mía que comenzaron mordiendo sus labios y terminaron haciendo lo mismo con el resto de su cuerpo.

Mientras ella parecía dibujar insinuantes ondas con él, como cuando bailaba, gemía para mí de un modo que me llevaba a un estado parecido al de la hipnosis.

Aquella indómita mujer, la que no parecía estar por la labor de convertirse en mi mitad en la cama, por fin se dejaba llevar por la fiereza de unos actos, los míos, que desembocarían en unas embestidas épicas.

Mientras iba recorriendo su cuerpo, notaba su curiosidad por esa masculinidad mía que ya asomaba por encima de mis calzoncillos, rebasando su cinturilla al ponerse en pie de guerra. Una guerra que pensaba librar con ella entre aquellas sábanas de satén, también negras, que estaban diseñadas para la lujuria.

Noté cómo mi miembro palpitaba en su mano y cómo lo inflamado de mi glande la incitaba también a probar de ese pene que le hacía la boca agua.

Mientras dejaba que me enseñase algunas de las virtudes de esa lengua suya que tan a punto estaba de entrar en acción, hundí el dedo corazón de mi mano derecha en ese monte del placer que, en sus partes más bajas, acababa de entrar en erupción.

Como si fuese esa loba a la que aludía la canción que bailamos horas antes, aulló en mi oído cuando la penetré con mi dedo…

Mi corazón latía fuerte, muy fuerte… Y entonces fue cuando noté aquella sacudida. No era un terremoto. Al menos no uno como tal, sino la pequeña Karol que sacudía mi brazo.

—Papá, papá, ¿qué dices? ¿Estás teniendo una pesadilla como yo? Tengo miedo.

Abrí los ojos y entendí que allí no había nadie más que mi niña.

—Hija, ¿qué te pasa?

—Que he soñado que me peleaba con Rubén.

—Pero si eso no es una pesadilla para ti, anda que no te lo pasabas bien.

—Ya, pero que tenía un perro y le decía que me mordiese. Y yo corría, pero el perro corría más y al final…

—Cariño, solo ha sido una pesadilla. Emily está en tu dormitorio, te voy a llevar con ella.

—Es verdad, no me acordaba. He abierto los ojos y he salido corriendo a buscarte porque mi papi es el mejor y, si ese perro me seguía persiguiendo, seguro que le dabas un derechazo y…

—Hija mía, qué vitalidad tienes. Anda a la cama.

—Vale, pero ¿tú me quieres, papá?

—¿Y tú lo dudas? Te quiero tanto y tanto…

—¿Me quieres como de aquí a Marte?

—Sí, sí, hasta el martes seguro que te quiero. Y luego también el resto de la semana…

—Que no, que digo del planeta —protestó.

—Ah, de ese también. Hasta allí y un poquito más incluso.

—¿Solo un poquito más?

—Que ya es mucho, Karol.

—Pues quiero que sea más.

Ese tipo de jueguecillos los hacíamos muy a menudo. Ella siempre reclamaba más y quería escucharlo de mi boca.

Cuando se volvió a dormir, me quedé insomne y con la mirada fija en el techo. El sueño con Naiara me había trastocado por completo, me había puesto al rojo vivo.

No me sería fácil afrontar el viaje con ella a partir del lunes sabiendo lo que había. Al menos, eso sí, Borja vendría con nosotros.

Capítulo 27



Domingo por la noche y una llamada perdida de Borja en mi teléfono cuando salí del baño.

—Estoy jodido, Teo.

—¿No has visto a Nico hoy o qué? Tío tampoco seas agonías, déjale respirar o lo vas a asfixiar.

—Mira quién lo dice, el rey de los estrangulamientos.

—Pero en el tatami solo, que esas cosas en la cama no me van. ¿Habéis reñido o qué?

—Y dale, tú erre que erre, no escuches, que es malo.

—Venga, ¿qué pasa?

—Que estoy jodido porque tengo Covid. Y la buena noticia es que Nico está en mi cocina, preparándome una sopita.

—Menudo panorama. Le vas a parecer una abuela. Si esto supone vuestra ruptura, tú te lo has buscado.

—No seas insensible, a las personas nos gusta que nos cuiden y eso. No todos somos como tú.

—Evidentemente, la excelencia no abunda. Oye, ¿y para qué me has llamado? Y te advierto que si me vas a hacer uno de tus chistecitos de que vaya a colocarte un supositorio, ya los tienes muy explotados.

—Que no, majara, lo digo por lo del viaje a Bruselas. Estoy hecho mierda y con fiebre. Olvídate de que pueda ir porque tan solo os podría repartir virus y bacterias por todo el *jet.*

—Deja, no seas tan generoso. Joder, qué putada.

—Tampoco tanto, que así te irás solito con Naiara. A mí no me engañas, en el fondo es lo que estás deseando, ¿qué pasó con la famosa cena? No me contaste nada de su apoteósico final.

—Sí, sí, fue de cine… De película de terror.

—No me jodas, ¿un gatillazo? Tío, no te rayes, que es peor. Nunca te lo he contado para que no me taladrases con tus jocosas bromitas, pero una vez me pasó y me rayé. Y fue a peor hasta que…

—Perfecto el tutorial sexual, pero no es eso.

—¿Y entonces?

—Pues que ella tiene novio.

—Joder, ¿Naiara?

—No, tu prima Rita, la que vive en el pueblo.

—Qué desagradable te pones. Tío, no nos lo hemos visto venir.

—Pues no. se ve que nos creemos muy listos, pero ya ves.

—Pues lo siento.

—Más lo siento yo. Disfruta de tu enfermero y nos vemos a mi vuelta.

—Venga, disfruta tú también.

—Sí, sí.

En esas que me llamó mi hermana Olivia, como si tuviera un detector y supiera que yo estaba más jodido que Borja y sin necesidad de pillar nada por ahí.

—¿Qué haces, bonita?

—Pues nada, regodearme como un cochinito en un barrizal.

—¿Tú comparándote con un cochinito? Con el glamur que tienes…

—Cierto, pero como he recibido la visita de un cerdo esta tarde, pues por eso.

—¿Qué me cuentas?

—Pues que llaman a mi puerta de pronto, y no esperaba nada, ningún paquete siquiera.

—Eso en ti es raro, ¿estás enferma?

—No, no, estoy mejor que nunca. ¿Tú has cenado?

—No, pero no te puedo invitar porque salgo de viaje muy temprano.

—No, no, si es para recomendarte que cojas pan para mojar porque se viene salseo.

—Imagino. ¿Ha sido Mateo? ¿Te ha ido a buscar?

—¡¡Ese mismo cerdo!! Al que le ha llegado su San Valentín…

—Es su San Martín, Olivia, que destripas todos los dichos.

—Vale, da igual, a él sí que le hubiera destripado al verle en mi puerta, ¡¡en la que fue nuestra casa!!

—Lo sé, cariño, la bilis se te habrá revuelto. ¿Y qué quería? Porque tu tono de voz me indica que no ha ido a recoger un par de calcetines olvidados.

—Ni mucho menos. El cabronazo ya estaba en la puerta con la lagrimita en el ojo. O lo tenía ensayado o se ha echado algo para llorar, te digo yo que eso no le ha salido de dentro.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que se ha equivocado por completo, que se fue con Amanda en medio de una especie de enajenación mental transitoria causada, supongo, por la excitación de los primeros polvos que estaban echando…

—Y que luego han dejado de ser mágicos, ¿no?

—Y tanto. Argumentaba que había cometido el gran error de su vida y pedía disculpas rollo Íñigo Onieva.

—Pero mi hermanita no se ha mostrado tan misericordiosa como Tamara Falcó, ¿a que no?

—Por supuesto que no. Yo, por toda respuesta, he ido levantando poquito a poco mi dedo corazón a la par que la pierna para echarle de una patada. Y le he recordado eso de que no llegó a estar tan enamorado de mí.

—Si hasta tuvo los santos cojones de repetírmelo el otro día, en la puerta del colegio, te lo conté.

—Sí, sí, así es. Pues, de repente, como que le había invadido un súbito enamoramiento mezclado con nostalgia. Hasta me traía flores y…

—Otro cagándola con las flores.

—¿Quién más la ha cagado?

—Es una larga historia, cariño, sigue tú.

—Pues nada, que ya puedes imaginarte por dónde le he dicho que se puede meter el puto ramo. Y él, entonces ha aprovechado para hablarme del de novia y de la boda. Me he desternillado, porque la conversación no podía ser más surrealista ni hilarante y le he amenazado con llamar a la Policía si volvía a molestarme.

—¡¡Esa es mi hermana pequeña!!

—Pequeña no hubiera sido la brecha que le habría hecho en la cabeza si no se marcha.

—Ese no te molesta más, ¿qué habrá pasado entre ellos? Es demasiado pronto.

—Ahora mismo te lo cuento.

—¿Y cómo te has enterado?

—Porque después me ha llamado Amanda, ¿quieres algo más cachondo?

—Te juro que me parece increíble, ¿y esa qué quería?

—Ponerme al corriente de la situación por si acaso se me ocurría ablandarme con él. Qué poquito me conoce.

—Sí, es que cuando trabajaba contigo, se ve que no te echaba tanta cuenta como a Mateo.

—Exacto. Pues nada, que se ha olido que él vendría a verme tras romper con ella y quería contarme su versión.

—Y tú la has escuchado para descojonarte.

—Así es. Y para darme el gusto de mandarla a la puta mierda cuando tras contarme y pedirme perdón, me ha sugerido que podíamos olvidar nuestras “rencillas”, como las ha llamado, y seguir trabajando juntas.

—¿Será posible?

—Lo es, lo es. Resulta que anoche, de casualidad, se enteró de que mientras Mateo seguía prometido conmigo y liado con ella, lo estaba a la vez con otras. Un desliz en una App de esas de putopillarse le dio la voz de alarma.

—Se nota que lo de trabajar duro no es lo suyo, el tiempo le daba para mucho a tu ex, hay que joderse.

—Sí, sí, ese solo se trabajaba a las tías. Y a Amanda ya la conoces, orgullosa sí que es, así que le ha plantado y más después de ver que el asunto sigue, que no lo ha parado por vivir con ella.

—O sea, que la luna de miel se les ha amargado sin ni siquiera terminarla.

—Sí, sí, más bien ha sido una luna de hiel. Y claro, ahora se ve sin él, sin ti y sin mí. Igual contigo sigue cabreada, pero a mí…

—A ti te quiere atrapar de nuevo porque siempre le tendiste una mano.

—Y las dos… Y ella lo que le cogió fue el rabo a mi prometido. Creería que así me lo estaba agradeciendo.

—Cariño, tú sirves para volver loco a cualquier hombre, así que no te preocupes por nada.

—Gracias, Teo. Ah, y otra cosita, que cuando esta me ha dicho de volver a ser socias, no solo le he recordado que tú eres mi hermano, sino que Karol es mi sobrina, y que ni ella ni Mateo la han vuelto a mirar en la puerta del cole. ¿Y sabes lo que me ha soltado?

—Que lo hacían por mí, ¿a que sí? Por si me los comía por si saludaban a mi niña. Pues menuda indigestión iba a pillar con ese par de indeseables. No te digo que hiciera las cosas bien con Amanda, pero Karol… Karol es una niña y no merece su indiferencia.

—También se ha llevado su buena ración de improperios al respecto, no te preocupes. Parece ser que las cosas no le van tan bien como quería hacernos ver. Los últimos viajes por trabajo que hizo Amanda andaba muy distraída con lo de Mateo y hay gente que no está contenta con ella. El castillo de naipes se le está desmoronando.

—Pues ese es su problema, nena.

—Sí, mis *followers*, sin embargo, parece que se multiplican.

—Y eso que no llegaste a subir el vídeo aquel haciendo trizas tu vestido de novia, ¿no?

—No, porque me parecía que era darle demasiado bombo a mi ruptura con Mateo, que me vería muy escocida.

—Bien pensado.

—Así que ahora he pensado en sortearlo entre las chicas que me siguen. No veas si se ha creado expectación.

—Qué imaginación tienes, cariño.

—Es que me apasiona mi trabajo, como a ti el tuyo. ¿A que sabes de lo que te hablo?

—Sí, sí que lo sé.

Al rato colgué el teléfono. Era bastante asombroso lo que me contó. Ella estaba muy contenta,

no paraba de reírse porque el karma se había ocupado de esos dos. Me alegraba de que le hubiera servido para subirle el ánimo porque lo que le hicieron no debía ser recompensado por ese mismo karma.

Me acerqué a la cama de Karol, quien ya dormía para ir al cole a la mañana siguiente y, entre susurros, le deseé a mi niña los mejores de mis sueños.

No me motivaba en absoluto ese viaje a Bruselas que debía emprender sí o sí, porque todo estaba preparado y habría resultado absurdo echarme atrás.

No podía darle a Naiara la apariencia de ser un endeble mental, aunque me sentía bastante ridículo.

Creí en todo momento que jugaba un poco conmigo, que se hacía la interesante, cuando ni siquiera estaba al tanto de que tenía pareja.

No le faltó razón cuando me comentó que no le pregunté al respecto. Mis ganas de acercarme a ella me hicieron pensar que era así y punto, que no había más. Y sí que lo había. Existía otro hombre que compartía su cama cada noche y que recorría ese cuerpo, el suyo, que a mí solo me estaba permitido tocar en sueños.

Quise apartar ese pensamiento de mi mente y una noche más que no podía. No era partidario de las obsesiones, aunque eso está muy bien en la teoría, pero en la práctica no es tan fácil evitarlas.

Capítulo 28



Habíamos quedado en que la recogía en la puerta de su edificio a primerísima hora de la mañana: a las seis.

Dejé mi equipaje listo la noche anterior y, como ya llevaba una hora levantado, tomé un café y una ducha antes de vestirme de manera impecable porque nada más aterrizar nos dirigiríamos a la primera reunión.

Salió del interior del edificio tan pronto le confirmé que estaba allí. No me hubiera parecido ni mínimamente cortés que me esperase antes en la calle, siendo todavía noche cerrada y con un frío que cortaba el cuerpo.

Me dirigió un amable saludo en cuanto entró y se sentó en el confortable asiento de mi Mercedes Clase S, el cual también inspeccionó.

—Pues nada, lista para una semana diferente, creí que recogerías antes a Borja.

—Borja no viene al final.

—¿Y eso?

—Está en cama con Covid.

—Pues ya tiene que ser bueno ese Covid para que le permitas ausentarse, menudo tío…

—Muy aguda tú. Su novio se llama Nico.

—Ya, ya lo sé. Pues nada, iremos nosotros solos, por lo que veo.

—Correcto.

Me notaba parco en palabras. Me sucedía así cuando estaba molesto con algo. Naiara contaba con el derecho de compartir su vida con quien le viniese en gana, así de sencillo. Y no podía arremeter como una bestia porque no era nada mío por mucho que la desease.

Bruselas nos recibió con el tiempo más inhóspito que pudiésemos imaginar. Estábamos al tanto, y así nos lo comentó mi piloto, de que no sería plato de gusto pasar allí aquellos días, pues se esperaba un temporal realmente espectacular.

Del *jet* pasamos directos al coche y, aun así, tuvimos que hacer un gran esfuerzo para que los paraguas no nos saliesen volando. Y, para colmo, justo cuando lo estábamos alcanzando, uno de los tacones de su alto par de zapatos se quebró de la carrera y a punto estuvo de caerse.

A duras penas logré sostenerla, quedando en mis brazos. A continuación, se quitó el zapato, lo tiró y se subió en el coche, en el cual ya nos esperaba el chófer.

El mal tiempo hizo que tardásemos más en aterrizar. Y suerte que pudimos hacerlo, porque llegó un momento en que creí que no podríamos hacerlo.

Apenas faltaba media hora para la reunión y tuve que ayudarla a que abriese su maleta y buscase un nuevo par de zapatos en ella, pues no era plan de que semejante bellezón acudiera a la reunión descalza como quien entra en un chiringuito de playa.

—Lo siento, qué jaleo… Es que también tengo los pantys empapados, me comentó.

—Ya lo veo, ya… Vas a coger una pulmonía si no te los cambias.

—Haré lo que pueda. Voy a buscar unos…

Su equipaje estaba perfectamente empacado. Encima del resto de la ropa, estaban sus prendas más íntimas, delicadas, sensuales y minúsculas en lo relativo a sus tangas, que me hicieron hervir en aquel asiento trasero que compartía con ella.

Una sonrisilla malvada salió entonces de su atractivo rostro. Con cuidado, fue metiendo las manos entre aquellas tentadoras prendas hasta hacerse con unos finos pantys, los cuales debería colocarse allí mismo.

Lo hizo con todo el mimo del mundo, con la intención de no partirlos con sus uñas. Primero se deshizo de los anteriores que, como digo, se podían exprimir, sobre todo por la parte del pie que quedó descalzo y metido en un charco.

Los dejó en el suelo del coche y entonces fue metiendo las manos por los pantys para colocárselos. Lo hacía con una increíble sensualidad porque todo en ella lo era. Y, para colmo, ahí estaba mi calenturienta mente dándole más énfasis aún al asunto.

Pude observar algunos detalles que hasta ese momento no me fueron revelados, como la pedicura en color rojo a juego con su manicura, que derrochaban la misma fuerza y pasión que ella misma.

Mi propia piel se iba erizando conforme sus piernas se recubrían del delicado y sensual material. Tuve que tragar saliva varias veces. Por supuesto que no observaba la escena con

descaro, pero sí de medio lado, provocándome un mundo de sensaciones que me llevaban a llamear por dentro.

Cuando al rato llegamos al lugar de la reunión, y salimos del coche, estaba techado y ello le permitió recolocar a la perfección su traje de chaqueta con falda, en aquella ocasión, cuyo color me había comentado en el coche que era *"Tomato Cream".*

Os aseguro que soy muy consciente de que la percepción de colores entre hombres y mujeres suele ser muy distinta, pero aquello ya me pareció demasiado.

Como os digo, lo mismo se subía en su moto y hacía virguerías sobre ella, que me daba una clase sobre colores que eran tendencia aquel año.

Por lo visto, ese en cuestión estaba de toda moda y era una especie de tono tostado nutritivo (si alguien sabe qué es eso, que me lo explique) y que, además, de él se decía que calentaba el alma.

De eso último entendía ya más. Porque la sesión en el coche, en la cual ya volvió a lucir impecable como siempre, me había calentado a tope y no solo el alma.

Lo de que Borja no pudiera acompañarnos fue providencial para vivir una serie de momentos en la intimidad que me llevasen a pensar en eso que tanto me tenía; que Naiara no podría resultarme indiferente, que no podría renunciar a ella porque tuviese pareja.

Cuando me enteré, quise pensar que reuniría la entereza para pasar de ella, pero hay cosas que no son posibles y esa no lo era.

Las miradas de todos los asistentes masculinos a la reunión fue del mismo estilo que las que solía atraer siempre que entraba en un lugar. Naiara causaba ese efecto allá donde iba y no solo por su imponente aspecto.

Cuando le tocó el turno de debatir con el abogado de la parte contraria algunos aspectos del contrato, volvió a sacar a esa mujer de hierro que llevaba dentro, recordándome por qué era tan distinta a cualquier otra que hubiese pasado por mi vida.

Capítulo 29



Al mediodía, ya estábamos celebrando en el restaurante del hotel que el primer acuerdo alcanzado era más que satisfactorio para nosotros, con un buen almuerzo.

Cuando uno no está demasiado fino, es más fácil que meta la pata hasta el fondo y yo, dado que esa tarde no conduciría, tomé varias copas durante él y en la sobremesa.

Me contrariaba que el tiempo estuviese así porque habría sido preferible poder salir por la ciudad, y se lo comenté.

—Me habría gustado poder salir esta tarde y enseñarte algunos de mis rincones favoritos de aquí, pero las cosas son así. Qué le vamos a hacer.

—Eso digo yo, que hay cosas que no cambian y más cuando vienen de hombres como tú.

No es que me lo dijera a malas, pero el retintín era evidente.

—No entiendo, Naiara, ¿te he molestado?

—Lo que no entiendo es qué te lleva a pensar que no conozca Bruselas. No soy ninguna cateta, Teo.

—Joder, he quedado fatal, ¿no?

—Bastante arrogante, sí. Pero no te preocupas, que cuando el tiempo mejore, seré yo quien te lleve a conocer algunos lugares que seguramente no conozcas porque no los suelen visitar los turistas.

—¿Es que has estado aquí más de una vez?

—Digamos que hasta he vivido así.

—Pues entonces debo haberte sonado como un imbécil total. Te pido sinceras disculpas. No estoy muy acertado contigo últimamente.

—Un poco tenso te veo, ¿es por lo que te comenté la otra noche?

—¿A qué te refieres?

—No me tomes por tonta. Hoy no pareces el mismo. Desde que te has enterado de que estoy con alguien y que no tienes posibilidades…

—¿Y eso quién lo dice? Lo de que no tengo posibilidades…

El alcohol me empujó a hablar más de la cuenta. Si hubiera estado sobrio, ante semejante afirmación por su parte, me habría mordido la lengua, pero no lo estaba.

—Yo lo digo.

—Prefiero no decirte lo que pienso de ese comentario tuyo.

—Venga, no te mosquees, vamos a brindar.

—Bien, brindemos por el negocio.

—Sí, y también brindemos por los que se atreven a saltarse las normas.

—Ese brindis no te lo compro.

—¿Ahora vas a negociar conmigo?

—¿Acaso no me ves capaz?

—Te veo capaz de tantas cosas… Aunque sé que tú lo sabes, que no hace falta que nadie te diga lo que vales.

—No, eso es. Soy como Juan Palomo, que yo me lo guiso y yo me lo como.

—Aunque no te veo a ti muy metida en la cocina.

—En eso has acertado. No me gusta cocinar, prefiero que me lo pongan por delante. Y comérmelo.

—Pues yo estoy pensando en un postre ahora.

—Si te tomaste uno hace un rato…

—Pero quiero otro para endulzarme la vida, ¿lo compartes conmigo?

—¿Endulzarme? Te he dicho un montón de veces que no soy de dulce.

—Es verdad. Pues tómate un sorbete de limón, es ácido y seguro que está delicioso. ¿Te parece buena propuesta?

—No, porque yo no quiero. De hecho, si no te importa, me gustaría subir ahora a mi suite. Tengo algunas llamadas que hacer.

—Ya, a Mark, ¿no?

—¿Perdona?

—Que vas a llamar a tu novio.

—Por ahí no vayas porque no es de tu incumbencia.

—Perdón, perdón, tienes razón. Ve, ya me quedo yo aquí con el postre.

—Creo que va a ser lo mejor, sí.

Se marchó un tanto molesta y lo comprendo. La mía fue una salida de tono. Me jodiese o no, ella tenía pareja y derecho a telefonearla todo lo que quisiera.

Esperé a que se fuese y me di cuenta de que no era el postre, sino la posibilidad de compartirlo con Naiara. En cuanto se marchó, la idea perdió encanto para mí.

Al final, me retiré también a mi suite, que era contigua a la suya. Debía estar metida en el jacuzzi, porque fue lo mismo que hice yo y daba pared con pared.

No podía escuchar la conversación, pero sí lo divertida que le debía parecer porque no paraba de reír.

Ya he comentado que, pese a su inicial seriedad, Naiara contaba con un sentido del humor impresionante y era habitual que terminase a carcajada limpia con esas salidas que tenía.

No debería pasarme solo a mí, pues el tal Mark también parecía estar haciéndola reír y riéndose con ella. Le maldije en ese momento. Entiendo que sin ningún derecho, pero las cosas son así.

También maldije aquel tiempo de mierda que no me permitía estar en la calle con ella. Si parecía que se avecinaba el fin del mundo, con una oscuridad en el cielo que también seguía en mi cabeza.

Salí del jacuzzi un rato después y me llamó Karol, quien se quedó en casa de mis padres en mi ausencia.

—Hola, papi —me comentó muy risueña.

—Hola, mi amor. ¿Me quieres contar por qué estás tan contenta?

—¿Y tú por qué tienes una voz tan rara?

—Porque estaba adormilado.

Disimulé, ya que lo que ella notó fue el reflejo de haberme pasado con las copas.

—Ah, vale, pues yo porque tengo novio.

—Ya lo dijiste el otro día. Será broma, ¿verdad?

—Nada de broma, pero no es el mismo. Ese ya no me gusta, el de ahora se llama Mark porque su madre es alemana y le puso ese nombre.

—No me lo puedo creer, hija.

—Pues sí, hay gente alemana, papá.

Evidentemente, me refería a la casualidad de que se llamase como la pareja de Naiara. ¿Es que el dichoso nombre me iba a perseguir hasta el fin del mundo?

Como ya me había pasado de todo, hasta le pregunté.

—Oye, ¿su padre no se llamará igual?

—No, no tiene padre. Su madre lo tuvo como va a tener la tía Marta al bebé, con una fecundación de esas.

—Mi niña, tú sabes más de lo que te han enseñado.

—No es tan raro… Ahora hay muchos tipos de familias y a mí me gusta saber de esas cosas.

—Sí, también hay muchos tipos de hijas y tú eres la mejor del mundo.

—Y tú el mejor papi.

—Vale, pero al niño ese lo vas dejando.

—No te lo has creído ni borracho —me contestó y no pudo estar más acertada.

Capítulo 30

No habíamos quedado en bajar a cenar y, por lo que sabía de ella, lo tendría todo preparado para la reunión del día siguiente, con lo cual apenas teníamos nada que hablar respecto al trabajo.

Aquel viaje de negocios me lo había imaginado muy distinto a ese otro que se me había presentado. Saber que ella estaba en una relación lo había cambiado todo, pero por eso de que dicen que los borrachos y los niños dicen siempre la verdad, no me daba por vencido, como le dije en la mesa.

Unas horas después, se me había pasado el efecto del alcohol, así que me dio por acercarme a su suite. Era evidente que no me esperaba porque me abrió la puerta con ropa de estar cómoda, como quien anda por casa, y ese no era su estilo.

Igualmente, me resultó absolutamente arrebatadora con aquel pantalón ancho de punto y top lencero de tirantes que se le pegaba al pecho de la forma más brutalmente sexy que se me hubiese pasado por la imaginación.

Me quedé perplejo y ella me preguntó.

—¿Te pasa algo, Teo?

—No, no, ¿puedo entrar o te molesto?

—No me molestas, claro. Pasa.

Se echó a un lado y entré en esa suite en la que ya tenía perfectamente todo colocado, pues no había ni una sola prenda a la vista. No ocurrió así con el cuarto de baño, por cuya puerta pasé y en la que, por descuido, había quedado en el suelo una de sus prendas interiores.

Su sola visión actuó como un revulsivo para mí, echando a volar mi mente y teniendo que hacer un esfuerzo para apartar mis ojos de ella.

—Bien, ¿te puedo ofrecer algo? —me preguntó una vez dentro, invitándome a sentarme en un pequeño sofá que había en un lateral de la cama.

—Bueno, en realidad me preguntaba si, dado que hace un tiempo de perros, podríamos al menos bajar a cenar dentro de un rato.

—En resumidas cuentas, que te aburres —me sonrió.

—Un poco sí. Tampoco tiene mucho sentido que estemos los dos en el hotel y ni siquiera lo hagamos.

—Seguimos hablando de cenar, ¿verdad?

—Sí, sí, de cenar —le respondí con la misma sonrisa pícara que me formuló la pregunta.

—Está bien. Me parece.

—Pues nada, añádelo en el calendario, no sea que se te olvide.

—Lo haré…

—Sigues siendo cruel conmigo. Oye, ¿y eso qué es?

Le pregunté señalando una serie de libros que tenía en la mesilla de noche.

—Ah, pues material para ir reciclándome.

—¿Estabas estudiando?

—Un poco.

—No me lo puedo creer.

—Pues claro, debo estar poniéndome constantemente al día. Yo no tengo un trabajo de jefe como el tuyo, en el que puedes hacer lo que te salga de la nariz.

Menos mal que no me lo dijo de mala forma, sino con otra de sus muecas burlonas en su atractivo rostro, que si no…

No llevaba ni un ápice de maquillaje y, al natural, me resultaba igual de bonita o incluso más. De veras que era una monería de niña, un caramelo, aunque uno con sabor fuertecito.

—Ya, ya, tomo nota, que no tengo nada que hacer en la vida.

—No mucho, aunque reconozco que lo que haces, lo haces bien.

—Vale, vale. Y eso que no estudio como tú. Así que empollando, porque tú no eres de leer novela romántica.

—Ya sabes que no.

—¿Te exiges mucho a ti misma? Se palpa.

—Pues entonces, ¿para qué lo preguntas? Es evidente.

—Tienes razón. Sigo sin estar acertado contigo. Será mejor que me vaya antes de que me des la del pulpo.

—Hablando de eso, ¿sabes que hay un buen gym en este hotel?

—Lo sé, y también un buen spa, de modo que mientras el tiempo no dé tregua, tendríamos opciones.

—Pues sí, dicen que el temporal va para largo y a peor. Espero que no encontremos demasiados problemas a la hora de volver a casa.

—¿Tienes ganas de volver?

—Sí, no lo voy a negar.

Preferí no preguntarle si esas ganas obedecían a las de ver a su pareja. Hay preguntas que mejor no se hacen si no vas a encajar bien las respuestas.

De lo que me daba cuenta era de que, por mucho que así lo viese, también me seguía mirando de un modo que, cuando menos, me hacía vibrar.

Tenía que llevarme el gato al agua. Ignoraba qué tipo de relación mantenía ella con el tal Mark, pero debía llevármelo.

No podía ni quería renunciar a la mujer que más me había llamado la atención hasta la fecha. Además, quería acortar distancias con ella, conquistarla y devolverle mucho de eso tan bueno que había aportado en mi vida.

De no haber sido por ella, quizás saliese escaldado del pleito con Diana. La forma en la que manejó la situación fue para hacerle un monumento y eso no lo olvidaría mientras viviese. Tampoco podría olvidar esas sensaciones que me producía y de las que ya estaba haciendo un catálogo mental: el momento coche en el que se colocó los pantys, el momento suite en el que la descubrí con su top lencero…

Mi imaginación planeaba encima de mí y soñaba con poseerla esa misma noche allí, en la suite de ese hotel. Si no lo lograba, tenía claro que al menos lo haría en sueños, porque la obsesión que comenzaba a sentir no me permitía soñar con nada ni con nadie que no fuera ella.

Esa mujer fuerte, segura y adictiva se había colado por derecho propio en mis sueños y no parecía dispuesta a salir de ellos. Tampoco yo lo estaba a dejarla escapar… Y no me refiero solo

a escapar de esos sueños.

Capítulo 31



Bajó a cenar con un vestido de punto de generoso escote y corto. No se trataba de una prenda como las que lucía para trabajar, sino de una mucho más informal y juvenil para disfrutar de un rato distendido.

Cuando la tuve frente a mí, sentí muchas ganas de saber cosas de ella y se lo hice saber.

—Y tú, ¿cuándo me vas a contar algo de ti? De mí lo sabes todo por lo del pleito.

—Todo es mucho decir. Menudo currículum debes tener, y no me refiero al académico, que ese está publicado y lo consulté antes de entrar a trabajar para ti.

—¿Lo miraste por Internet?

—Claro… Pero del resto no conozco más que tu relación con la madre de Karol.

—Bien, y luego está Amanda…

—Después de otras muchas anteriores.

—De acuerdo, pero nada reseñable, en cualquier caso. Ninguna relación tenía visos de ser definitiva.

—Ni la de Amanda tampoco, a mí no me engañas. Te escuchaba hablar de ella y no es que la pasión te arrastrase precisamente. ¿O es que no eres nada apasionado?

—Sí que lo soy.

Le respondí con convicción porque no era en Amanda en quien pensaba cuando lo hacía, sino en ella. Me dio por pensar que, cuando la poseyera, la pasión se desataría en mí como si la estuviese estrenando, siendo la primera vez que la sintiera… que sintiera esa pasión que me llevara a desear serlo todo para aquella mujer que no solo había puesto mi mundo patas arriba, sino que amenazaba con ponerlo muchas más veces.

—Mmmm, así que lo eres.

—Claro, lo soy —le repetí.

—¿Y tú? ¿Tú cómo eres?

—¿Yo? Apasionada también, cuando el otro lo merece, claro —me contestó dando un sorbo de su copa.

—¿Y él lo merece?

Le pregunté enarcando una ceja y con el corazón trotando en el interior de mi pecho.

—¿Crees que estaría con él si no fuese así? ¿Me ves como a una de esas mujeres que necesitan agarrarse a un clavo ardiendo?

—Por supuesto que no. No se me ocurriría siquiera insinuarlo.

—Pues haces bien. Ni lo insinúes —me pidió.

Cada una de sus respuestas me acercaba más a ella en el sentido de que acrecentaba mi deseo.

—¿Cómo le conociste? Si no es mucho preguntar.

—En Berlín, de una manera casual…

—¿Es mucho pedir que me la cuentes?

—No, no es ningún secreto. Estábamos en una joyería.

—¿Y…?

—Y él buscaba una joya para su novia, concretamente un anillo de compromiso.

—¿Mark tenía novia en ese momento?

—Y tanto que la tenía…

—¿Y qué pasó entonces?

—Que me confundió con la dueña de la joyería.

—¿Y eso?

—Porque soy una joya, es evidente.

—Tienes toda la razón.

—En serio…. Le di mi opinión a una chica que estaba a mi lado sobre una gargantilla, que le dije que le iría genial a sus rasgos, y que se estaba probando. Él creyó que la estaba asesorando.

—Y te pidió asesoramiento a ti.

—Afirmativo.

—Y no le sacaste de su error…

—Para nada.

—No me jodas…

No, no te jodo, solo te cuento. El verdadero dueño se quedó maravillado porque hice que se llevara el anillo más caro de toda la joyería.

—¿Querías desplumarle? ¡Te cayó mal al principio?

—No, al contrario. Me parecía un tipo fenomenal y enamorado. Quería regalar lo mejor y esa pieza lo era.

—¿En qué momento se deshizo el entuerto?

—Cuando me pidió que le cobrase, claro.

—¿Qué le dijiste entonces?

—¿Yo? ¿Que te cobre yo? Pues si quieres ingresar el precio en mi cuenta corriente, ahora mismo te doy el número, pero no trabajo aquí —le aclaré.

—Y se quedaría patidifuso.

—Figúrate. Tanto fue así que, cuando salí a la calle, me estaba esperando y, como agradecimiento, se empeñó en invitarme a un café.

—Y al final os tomasteis algo más que eso.

—Sí, comenzamos a tomarnos la vida a sorbos.

—¿Te liaste con él estando a punto de casarse?

—¿Bromeas? No soy el jodido segundo plato de nadie. No le puse un dedo encima hasta que la dejó. Y ni siquiera se lo recomendé. Lo hizo él por su cuenta y riesgo.

—Te das a valer, eso me gusta.

—Cada persona vale lo que se dé a valer, pero seguro que eso es algo que tú sabes igual que yo.

—Entonces, entiendo que, si dejó a la mujer con la que se iba a casar por ti, deberá estar muy enamorado.

—Obvio.

—¿Y tú?

—Algunos interrogatorios en juicio acaban antes que el tuyo. Fin de la historia. Ya sabes mucho más de lo que estaba dispuesta a contarte.

—Oye, una curiosidad, ¿ese que llevas siempre no será el anillo del que me hablas?

—¿El que estaba dirigido a otra? ¿Bromeas? Teo Pereyra, veo que te falta mucho todavía para conocerme.

—Perdona, no pretendía ofender.

—Tranquilo, eso solo lo hace quien puede, y no es el caso.

—Eres muy vacilona tú, ¿te lo han dicho alguna vez?

—A puñados, Teo, a puñados…

A puñados le daría los besos, os lo juro. Cuanto más sabía de su persona, más me atraía. Y hay cosas que no pueden ocultarse. Ahora hago alusión a esos ojos con los que me devolvía sus intensas miradas.

Ella habría jugado en muchas ligas, pero por mi edad yo jugué incluso en más. Y lo que sentía al mirarme tampoco lo podía ocultar Naiara.

La cena fue como una especie de partida de ping pong en la que le lanzaba la bola y ella me la devolvía. Se trataba de un jueguecillo que me estaba excitando mucho.

En cuanto a lo que me contó, me hizo pensar. Si Mark se iba a comprometer con su novia y apartó esa idea de la cabeza en cuanto la conoció, ¿por qué no podría yo apartarla a Naiara de él?

Sé que puede sonar injusto y egoísta, pero es lo que había.

Capítulo 32



El siguiente día transcurrió entre reuniones. La negociación que llevaríamos a cabo, con el mismo inversor, no era moco de pavo precisamente.

Cuando acabamos, exhaustos pero contentos, volvimos al hotel, almorzamos y luego descansamos un poco.

La ola de frío y lluvia apenas tenía precedentes en la ciudad y era totalmente impensable lo de andar por sus calles.

—¿Spa esta tarde? —le propuse aprovechando lo que hablamos el día anterior.

—Ok, bajamos en un rato, ¿te parece?

—Me parece.

Subimos a nuestras suites a prepararnos. No habíamos tenido en cuenta lo del spa a la hora de hacer la maleta, pero allí mismo nos vendían bañadores, de modo que no habría ningún problema.

Los compramos y entramos en nuestros respectivos vestíbulos, de los cuales salimos en albornoz y con el típico gorrito de piscina ya puesto.

Mirad que a la mayoría de las personas les suelen sentar mal ese tipo de gorritos que te hacen una cara de panoli que para qué, pues no… Hasta con él estaba Naiara sexy, hasta puntos insospechados.

Cuando se despojó del albornoz, ya pasamos al siguiente nivel. Su cuerpo atlético cubierto tan solo por esa prenda era más de lo que mi corazón estaba dispuesto a soportar, pero tendría que hacerlo.

Conforme me quité mi albornoz también vi que ella se fijaba en mi cuerpo. Son cosas inevitables y su mirada me resultó morbosa. Sobre todo, esa que le echó a mis abdominales, los cuales atrajeron su atención.

Al igual que ella, solía cuidarme bastante tanto en la alimentación como en el ejercicio, pues no solo me decantaba por las artes marciales, sino que también hacía pesas habitualmente, varias veces por semana.

La idea era hacer el circuito completo y así fue. Disfruté mucho de esos chorros que nos cayeron por encima de los hombros.

—También estás tenso, relájate —me comentó en ese momento—. Aunque me encanta picarte con eso de que no haces ni el huevo, sé que algo sí que haces…

—Vaya, todo un lujo que lo reconozcas. Pero espera, para que me quede claro, ¿solo "algo"?

—Sí, sí, y no demasiado.

Bien sabía Naiara que no era cierto. Ambos estábamos muy volcados en nuestras respectivas carreras y eso pasa factura si no te cuidas. Por eso lo hacíamos.

Después, fuimos encarando todos esos chorros que apuntaban a distintas partes de nuestros cuerpos y cuando uno en concreto le dio a la altura de su duro trasero, también algo en mí se endureció.

Por si las dudas, dada su complexión física y el ejercicio que practicaba, no era necesario que le palpase ese trasero para asegurar que lo tenía duro como una piedra. Sobra decir, eso sí, que se lo hubiese palpado con todo el gusto del mundo, pero no algo que estuviese en mi mano en ese preciso instante.

Disfruté muchísimo también, lo mismo que ella, del momento relax en el jacuzzi, en el cual nos hicimos algunas confidencias incluso.

La química entre ambos estaba ahí y era un hecho. Puede que ella quisiera obviarla por el hecho de que estuviese con alguien, pero hay cosas que no son fáciles de esquivar por mucho que nos lo propongamos, eso lo sabe cualquiera.

El momento sauna fue también para enmarcar. Ella se tumbó sobre un banco y juro que hubiera dado lo que no tenía porque apoyase la cabeza sobre mis piernas, algo que no hizo.

Reía, me contaba anécdotas de su vida profesional y yo, entre aquel vaho, iba descubriendo el poder de esas facciones que tanto resaltaban en su rostro. No solo era una belleza, sino que contaba con los ojos más expresivos con los que hubiera podido soñar.

Aparte, estaba dotada con un don de palabras tremendo y era muy locuaz. Su forma de contarlo todo transmitía mucha vida. Y eran vida y momentos los que yo quería compartir con esa chica que estaba revolucionándome por dentro como nunca nadie había hecho.

Lo que más me sorprendía del caso, era que Naiara llegó a mí en un momento en el que mi existencia se encontraba en un punto extraño, si bien los acontecimientos se desenlazaron unos

detrás de otros hasta tomar un rumbo que me acercaba a ella, al haberme quedado solo.

No, habría dado igual… De seguir con Amanda, me habría planteado dejarla de inmediato. Lo que hizo mi ex, salir andando, fue lo mejor para ambos. Lo único malo fue que la perdieron las formas.

Tras una hora larga de circuito, llegó el momento masaje y nos ofrecieron hacerlo en camas contiguas, algo que aceptamos sin problemas.

Lo elegimos de espalda, lo cual me proporcionó la oportunidad de observar la suya, desnuda y bocabajo. Ciertamente, se trataba de una espalda preciosa, de una que me provocaba unas inmensas ganas de pedirle a ese masajista que se marchase y que me dejase hacer a mí.

Puede resultar absurdo, no seré yo quien lo niegue, pero sentí unos tremendos celos de ese chico que tenía la oportunidad de ir palpando, palmo a palmo, cada uno de los centímetros de la piel de Naiara.

Ella parecía estar en otro mundo, haber desconectado por completo entre el olor a aceites corporales y a incienso, con el hilo musical más relajante de fondo.

Sin embargo, a mí me costaba más relajarme. Y no solo porque no podía dejar de mirarla mientras recibía mi propio masaje, sino que contra la camilla, al estar bocabajo, notaba ese súbito abultamiento que me causaba la vista de su espalda desnuda.

La excitación crecía en mí segundo a segundo mientras ella, como digo, iba a su aire, ajena a que mi mirada ni siquiera podía apartarse un segundo de esa apetecible espalda que llevaba a un trasero de impresión que apenas estaba cubierto por un minúsculo tanga de papel, sobre el cual había una sábana igualmente de papel que dejaba apreciar esa imponente vista que me llevaba a tener los ojos tan abiertos como los de un búho. No sabría yo decir si, dado el ritmo de mi respiración, aquello me estaba o no resultando relajante.

Capítulo 33



Un par de días después, estábamos a punto de volver a casa. Lo haríamos a primera hora de la mañana y nos quedamos libres de reuniones.

Por primera vez, habíamos podido dar un paseo en la sobremesa, tras almorzar en la calle.

Cerramos varios negocios redondos y la satisfacción se reflejaba en nuestras caras.

—Nunca lo hubiera pensado el día en el que nos conocimos, que me cabreaste más que a un mico —le comenté durante los postres—, pero formamos un gran equipo.

—Pues claro, empanado —me soltó.

—¿Cómo has dicho? Así me llama mi hija a veces, cuando coge carrerilla.

—Si me lo has contado, adivina no soy. Debe saber mucho esa pequeñaja.

—Ni que fuera hija tuya, con eso te lo digo todo.

—Quita, quita, que no tengo yo intención de reproducirme.

—¿No?

—Ninguna, eso no entra en mis planes.

—¿Ni en los de tu pareja?

—No. Mark tiene ya un par de hijos de un matrimonio anterior.

—Pero ¿cuántos años tiene? Porque tú me dijiste que tienes 33, que yo te eché menos cuando te conocí, por cierto… Apenas te llevo unos cuantos, pero ¿él?

—Pues los mismos que tú más o menos, ¿o es que te crees que tiene los de Richard Gere? Que el hombre se conserva muy bien, pero ya son 75 tacos.

—¿Te gusta Richard Gere?

—Es un icono del cine, claro.

—¿Y el cine te gusta?

—Sí, claro, me encanta.

—¿Has estado alguna vez en Hollywood? Y no me digas que has vivido también allí que ya sería de traca.

—No, no, claro que no… Pero he estado un par de veces, sí.

—Te gusta mucho viajar por lo que veo, ¿es así?

—Así es. Viajar es uno de los grandes placeres de la vida. Y yo disfruto de todos y cada uno de ellos con intensidad.

Cada vez que hacía un comentario así, me hacía suspirar.

No solo era una mujer atractiva y culta, sino también una de mundo, que había viajado muchísimo y acumulado experiencias.

Su pareja supuse que la acompañaría en cuanto le gustase hacer. No esperaba que él hubiese tenido antes su propia familia y que ya contase con dos hijos, aunque tampoco tenía nada de especial. Yo mismo estaba en igual situación.

Según me llegó a contar durante aquel almuerzo, a él le gustaban los críos y esa faceta ya la tenía cubierta. Era una chica inteligente que llegó a la vida de Mark cuando él estaba a punto de contraer segundas nupcias, algo que no hizo por quedarse con Naiara. No me extrañaba en absoluto, también yo hubiera cancelado una o mil bodas por ella.

La tarde nos la pasamos de *shopping*. La anterior habíamos estado en el gym, haciendo pesas y cardio. Cardíaco por completo me puso ella, eso por supuesto. Así que aquella tocaba ir de compras porque a ambos nos apetecía.

Naiara me dejó en la calle cuando entró en la primera boutique en la que un impresionante vestido de fiesta la cautivó.

Sin dudarlo, entré detrás y ella echó una risita.

—Es que sigue haciendo mucho frío, reconócelo —le comenté.

—Eres más cuentista… Te dejo que te quedes, pero solo si te portas bien.

Me vacilaba mucho. Me encantaba esa manera chulesca de comportarse.

Hablaba varios idiomas correctamente, se relacionaba con la gente de un modo hechizante, contaba con un aura atrayente que la convertía en un ser único…

En cuanto a mí… En cuanto a mí contaba con un verdadero imán, porque cada vez me sentía más y más atraído de un modo irrefrenable por sus curvas, por su boca, por su pelo y por ella al completo.

Se probó aquel vestido con cuello *halter* y tono bronce que le sentaba como confeccionado a medida y no solo resaltaba el propio vestido o su escultural silueta, sino el conjunto al completo.

Cómo sería la cosa que la dueña de la boutique le pidió permiso para hacerle una foto con él puesto, que le explicó que expondría en su propia pared.

Naiara accedió con gusto, pues había algunas otras fotos de clientas guapísimas y elegantes pendiendo de ese misma pared, aunque ninguna me resultó tan llamativa y atrayente como ella.

—Y ahora también modelo, te gusta arrasar, no lo niegues.

—Qué va, me sale solo…

Sus ojos sí que hablaban solos. Me venían flases a la cabeza de la tarde anterior, en el gimnasio, con la piel perlada de sudor… Llamadme raro, pero me resultó tan excitante… Cualquier situación en la que ella estuviese involucrada causaba en mí ese efecto.

Entramos en más establecimientos y yo también opté por comprarme ciertas prendas. Se quedó en la calle mientras elegía, no demostraba el mismo interés que yo por estar presente.

Mientras lo hacía, yo la observaba desde dentro del establecimiento y ella charlaba animadamente por teléfono. Poca duda me cabía de que a Mark le encantaba participar de su día a día, ir sabiendo de ella.

Sin conocerle, le odiaba. Lo confieso abiertamente. Los celos son así y nos impulsan a tomar actitudes que, de otra forma, no tomaríamos.

Solo de pensar que sería él quien le estuviese comentando que el próximo día ya estarían juntos, quien la recibiera y la condujese hasta su cama cuando ella llegase…

De haber podido, la habría raptado allí en Bruselas. Sí, sí, entiendo que pueda dar la impresión de ser un loco. Es lo que pasa cuando comienzas a estarlo por alguien, como yo comenzaba a estarlo por Naiara.

Al final de la tarde, se compró un vestido de punto azul, muy ceñido, que igualmente parecía estar confeccionado pensando en ella. Viéndoselo puesto, me hubiera abalanzado sobre ella, metiéndola en unos de los probadores.

En realidad, no se me ocurría un sitio en el que no se lo hubiera hecho. Mi atracción iba

creciendo cada día, y tenerla allí a mi lado, en Bruselas, como que no era la mejor cura para ese mal que me estaba afectando y del que no había muchas posibilidades de que me curase.

Capítulo 34



Bajó a cenar con ese último vestido azul, como si me hubiese leído el pensamiento, puesto que no podía dejar de imaginármela con él puesto.

Las curvas de su cuerpo se dibujaban a la perfección bajo él. Naiara era pura voluptuosidad, sexy hasta decir basta.

Cenaríamos allí porque comenzó a llover de nuevo y no era plan de andar bebiéndonos unas calles en las que tampoco se nos había perdido nada tras la tregua de aquella tarde.

Cada vez que cenaba con ella, se me venía a la cabeza aquella canción de "Tu silueta" que bailamos e, instintivamente, comencé a tararearla mientras que ella se fue al baño.

No me callé a tiempo porque me escuchó, esa era la prueba.

—¿Te llama esa canción?

—Me llamó más bailarla contigo, la verdad. Se nos dio bien.

—Sí, es cierto…

Comenzamos a conversar y una cosa llevó a la otra. Bebimos sin remordimientos porque allí ya habíamos hecho todo lo que fuimos a hacer y estábamos festejando que lo bordamos.

Con más alcohol en el cuerpo de la cuenta, nuestros ojos brillaban de una manera impresionante cuando subíamos en el ascensor hasta nuestras respectivas suites.

En él, ella había caído, chistosa y piripi, sobre mi hombro, y yo me reía a carcajadas. Íbamos haciendo eses cuando se lo propuse.

—¿Y si entras en la mía y la bailamos?

—¿La canción esa? Tú lo que quieres es que esta loba te ataque, como dice su letra.

—Pues igual sí, igual es eso… ¿Tú me atacarías?

Estaba abriendo la puerta y noté cómo se venía hacia mí y clavaba sus uñas en mi trasero a través de mis pantalones.

De inmediato, mi erección hizo acto de presencia, de modo que al volverme se la presenté y ella la notó.

Entramos ya entrelazando nuestros cuerpos en mi suite. Fui tirando de su vestido hacia arriba mientras la yema de mis dedos, por fin, comenzaban a recorrerla también. No solo el masajista la sobaría en aquel viaje.

El corazón lo tenía disparado y el miembro vigoroso y erecto, rígido, duro y palpitante…

Su impecable conjunto de ropa interior negro desató aún más los latidos de mi corazón. Y ello a pesar de que apenas tuve tiempo de contemplarlo, pues mi curiosidad quería encontrarse de inmediato con un cuerpo al desnudo que me impactó.

Era sencillamente perfecta… Y no solo porque contase con una piel tersa, elástica y cuidada que incitase al pecado, sino también porque cada uno de sus atributos había sido tocado por el don de la belleza.

Sus senos, turgentes y de tamaño mediano, contaban con una preciosa forma y con unos pezones rosados que se empitonaron de inmediato. Y eso que aún no los había comenzado a lamer como estaba deseando hacer.

La forma en la que curvó su espalda hacia atrás mientras me los ofrecía, me pareció de lo más cautivadora. Una de mis manos iba directa a esos senos suyos que estaban hechos para la contemplación y otra se adentró entre sus dos labios vaginales, que no eran menos dignos de serlo.

Perfectamente depilados, su suavidad incitaba a acariciarlos, pero también a despegarlos para poder explorar dentro de ellos, llegando a aquella zona íntima en la que las yemas de mis traviesos dedos recibieron una lluvia por parte de esa lubricación que se desprendía desde sus entrañas.

Un gemido por su parte, uno de esos que actúan como señal de que no debes dejar aquello que estés haciendo, sino esforzarte en hacerlo aún con más ahínco, me indicó. Mis dedos serpenteaban en el interior de su mojada vagina, chapoteando en ella, deseando seguir bañándose con su esencia.

Sus gemidos se intensificaban y hasta sonaban sobrepuestos, encadenados, irresistibles…

Su cuerpo se contoneaba al completo y comencé a succionar de sus senos, como si así arrancase los más hondos de sus suspiros, esos que me excitaron igualmente de un modo que llevó mi excitación hasta un punto que dolía, como si mi miembro fuese a estallar en el interior de mis calzoncillos.

Era hora de liberarlo antes de que se asfixiara dentro y ella misma fue quien se encargó de sacarlo, notando cómo hervía en sus manos, esas a las que también les sobraba experiencia.

No estaba menos caliente su interior, el cual imaginaba en llamas mientras mis dedos se arrugaban gracias a esa esencia suya que recibía tan húmeda como ardiente.

Uno de esos dedos se quedó en el exterior con la intención de comenzar, al mismo tiempo, a estimular un clítoris que encontré enseguida y que se agrandó de inmediato, volviéndose voluminoso y brillante, indicando también que no tardaría en estallarme en mis curiosos dedos.

Dibujaba sobre él mientras la oía jadear… Mi lengua se esforzaba en seguir endureciendo unos pezones que tampoco daban para más… Notaba que se contraía al completo, parecía una contorsionista en pleno espectáculo. Y vaya espectáculo el suyo.

Cuando los jadeos fueron a más y los ojos se le entrecerraron mientras se mordisqueaba el labio inferior, lo liberé con un intenso beso que desbordó mi imaginación, como si a través de él me la pudiera beber enterita, dado que estaba destilando un líquido que se convirtió en mi preferido en el mundo.

Lo sé porque bajé a beberlo. La tenía tumbada sobre la cama y sus piernas se flexionaron. Fui bajando sin soltar sus senos, que amasaba con mis manos mientras que mi lengua se iba a directa a probar el elixir prohibido, ese que incrementó mi virilidad en cuanto estuvo en mi paladar.

Conforme lamía sus partes íntimas, se iba removiendo entre placenteros jadeos que me llevaban a desear penetrarla más que ninguna otra cosa en el universo.

Me disponía a hacerlo cuando tomó posesión de mi miembro, tomándolo entre ambas manos y llevándoselo hacia la boca.

Por muchas ganas que tuviera de penetrarla, tampoco pasó por mi mente renunciar a que sus gruesos labios, esos que me supieron a dulce (por mucho que no fuese de su gusto) envolvieran un miembro, el mío, que miraba con absoluta ansia.

El glande fue objeto de sus primeras caricias bucales mientras lo masajeaba con la punta de esa lengua que me pareció más viva que nunca. De ahí, y con ganas de degustarlo más a fondo, pasó al tronco, en el cual también se entretuvo masajeándolo de arriba abajo y luego en círculos, tanto con la lengua, como con sus manos en la parte inferior, la que toca con los testículos, que tampoco le resultaron indiferentes.

Los tomó entre esas mismas manos, los frotó, los estimuló mientras que su lengua caliente de lava me recorría al punto que el volcán de su entrepierna parecía estar de nuevo a punto de erupción.

Cuando el momento me iba a llegar, tiré de mi miembro hacia atrás y lo saqué de su boca, la cual besé mientras iba buscando colocarlo delante de ella. No hizo falta ningún esfuerzo para

lograrlo. Mi miembro sabía muy bien el camino que le indicaba aquella incesante lubricación que se lo facilitó, pues no tuve más apuntar y ya estuve dentro, en los confines de Naiara.

Cuando hice tope, me encontré con un gemido feroz por su parte, el cual ahogué con más besos, los cuales después volvieron a dirigirse a sus pezones.

La cubrí durante un rato, sumergiéndome en su cueva para luego batirme en retirada y a continuación volver a entrar en ella, y seguir ocupándome de esos senos suyos.

Entre mis embestidas y las lamidas que recibieron, volvió a irse entre gritos, los cuales aproveché para tomarla por el pelo y ponerla a cuatro patas.

Se dejaba hacer aunque me miraba de un libidinoso modo capaz de hacer estallar no solo a mi miembro, sino también a mi corazón en el momento en el que se lo plantease.

—Si vas a follarme, fóllame fuerte —me indicó cuando la tuve en esa postura. Lo hizo con una mueca lujuriosa que me dedicó, girando la cara para ello.

En ese momento, le di un fuerte cachete en el culo que, sin embargo, causó su risa.

—¡¡He dicho fuerte!! —me chilló.

Me sacó de mis casillas por completo. La excitación me invadió y le di varios cachetes seguidos, enrojeciendo sus nalgas mientras la penetraba.

Fue entonces cuando, decidida, se apartó y me empujó en la cama, tomando las riendas.

De nuevo comenzó por darle un repaso a ese mástil duro en el que se había convertido mi pene y al que en ese instante le presentó a la entrada de su garganta, la cual alcanzó.

No parecía por ello afectada en lo más mínimo y hasta le dejó jugar en esa entrada durante el lapso de tiempo en el que seguía poniendo a tono mis testículos con sus calientes manos.

No lo estuvo menos su sexo cuando volví a entrar en ella. Mientras se deslizaba sobre él, acariciaba mis abdominales, los pellizcaba…

De una sola embestida, la hice botar en ese instante sobre mí, el mismo en el que se echó hacia delante y clavó sus uñas en mi piel.

Jamás había experimentado un escozor tan excitante y apuesto a que ella tampoco había botado tan alto, pues la embestía desde abajo y trotaba con ella, cuyos senos juguetones eran una tentación que mis manos alcanzaban.

No fue ese el único polvo que echamos. Lo digo porque, quisiera o no, llegó a su fin en esa postura, ensartándola.

Naiara se iba a correr y mi naturaleza la siguió, corriéndonos de manera sincronizada.

Llegó entonces el momento de asearnos y ambos acabamos metidos en el jacuzzi, donde de nuevo comenzó una función que, prácticamente, no cesaría en toda la leche.

Allí, en el agua, seguimos bebiendo al asaltar el minibar, y entre las burbujas la volví a poner a cuatro patas. Sabía muy bien qué buscaba en ese instante y a ella no pareció contrariarla en lo más mínimo, sino todo lo contrario.

Cuando mis dedos hicieron por dilatar ese agujero oscuro que no presentó resistencia alguna, los de la otra mano volvieron a acariciar ese clítoris que, al menos, había duplicado su tamaño.

Se volvió a correr en esa misma postura cuando ya lo tenía a punto de caramelo y dejé que los toques de mi lengua hicieran el resto. Mientras, mi mano estaba sobre su vientre, empujándola fuertemente contra mí, como si temiese que se fuese a escapar.

Os aseguro que no era esa su idea, pues Naiara parecía tan complacida como yo. Ambos nos estábamos empleando a fondo a la hora de darle placer al otro, de modo que, una vez que se corrió, seguí describiendo aquellos círculos en la entrada de su ano, que la dilataron.

No me hizo falta ningún lubricante artificial para rematar la faena, ya que utilicé la propia lubricación que manaba de su vagina para recubrir con ella las paredes que me llevarían a recorrer el estrecho túnel que me permitiría poseerla de la más morbosa de las formas posibles.

Cuando la penetré analmente, la dejé arrodillada en el agua. Con mis brazos, aprisioné los suyos mientras la hacía mía. Naiara giraba el cuello y me sonreía con todo el morbo que le daba saber que lo hacía así porque no pretendía objetar nada.

Ese acto terminó ahí, con mi esencia dentro de ella, mezclada con sus propios fluidos corporales y, tras pasar de nuevo por el agua, acabamos ya limpios sobre la cama, en la cual volvió a saborearme para que me viniese arriba cuanto antes.

No me costó ningún trabajo, no con ella, cuyo cuerpo deseaba hasta un punto que a mí mismo me sorprendía. Y volví a poseerlo. La noche se había convertido en nuestra mejor aliada y no paramos hasta que nos dijo adiós. Comenzaba a amanecer cuando dejamos caer nuestras cabezas sobre la almohada.

Capítulo 35



Fue una llamada a mi móvil por parte del chófer la que me despertó, en torno a una hora después.

Nos esperaba abajo y no habíamos salido. Obvio, dormíamos como troncos, el uno al lado del otro.

—¿Qué pasa? —me preguntó mientras abría deliciosamente un ojo.

Naiara yacía desnuda a mi lado.

—Que nos tenemos que ir ya. Volamos en breve.

—¡¡Cielos!!

Se levantó de un salto.

—Tranquila, el nuestro no es un vuelo regular que podamos perder. Pero eso sí, tenemos que prepararnos ya.

—Ok, te veo luego.

Sin ponerse siquiera la ropa interior, salió corriendo hacia el pasillo únicamente con su vestido.

Hizo su equipaje antes que yo el mío y cuando llamó a mi puerta pocos minutos después, la invité a entrar.

—No gracias, déjalo. Si te falta un poco, te espero abajo tomando un café.

No me dio buena espina que declinase la invitación. Apenas me sostuvo la mirada ni me dio conversación tampoco camino del aeropuerto.

Fue ya en mi *jet*, una vez que despegamos, cuando abordamos esa conversación que, sin duda, teníamos pendiente.

—Que sepas que ha sido una noche increíble.

Al hacerle el comentario, y dado que estábamos en total intimidad, traté de colocar mi mano sobre la suya.

Por el gesto que puso, no le hizo ni chispa de gracia, pero que apartase la suya de manera tan súbita como abrupta me lo terminó de confirmar.

—Y tanto que ha sido increíble, como que todavía no me lo creo.

—No me digas que no te ha gustado, Naiara, por favor.

—No es cuestión de eso.

—Y entonces, ¿de qué lo es?

—De que no debería haber pasado.

Me recordó a una canción que en su día sonó mucho de Shaila Durcal con David Bustamante, que iba sobre una noche que "No debió pasar". Al día siguiente, él reclamaba el derecho a que continuase aquello que empezó y ella se le escurría entre los dedos.

Me identifiqué mucho.

—Pero pasó, ya está hecho. Y los dos lo hemos sentido, Naiara.

—Sí y tanto que lo siento…

—No me refería a eso. Por favor, si la has disfrutado así es porque…

—Porque llevaba más copas de la cuenta encima. Y no por eso te estoy echando nada en cara, que sé que también ibas como una cuba.

—¿No habría pasado si el alcohol no te hubiese empujado?

—Sí, ahora échale toda la culpa al alcohol, como si tú no me hubieses empujado.

Al decirlo, hasta se rio. Al menos ya no parecía tan seria.

—Reconoce que ha estado sensacional.

—No ha estado mal, no…

—¿Solo eso?

—¿Eres de los que necesitan que te pongan una medallita en el pecho a la mañana siguiente?

—No, no es eso. Pero un poco más de efusividad no me vendría mal.

—Seguro que hay una legión de chicas esperándote para decirte todo aquello que quieras escuchar.

—No me digas, ¿dónde?

—No te hace falta que te indique nada. Te sobras tú solito para saberlo.

Por supuesto que estaba levantando un muro entre ambos, uno que me jodía tras una noche tan inolvidable como aquella.

Yo la había gozado muchísimo y, tal como la vi, tenía la certeza de que ella igual. Nada me motivaba más que pensar que volvería a haber otras noches como esa y que, algún día, ya todas serían igual en su compañía. Durmiendo un poco más, eso no lo niego, o íbamos a durar dos telediarios.

—No quiero a nadie más en mi vida. Te quiero a ti.

—Serás caprichoso, ni siquiera me conoces.

—¿Y qué más tengo que conocer para enamorarme de ti?

—Para el carro que me estás poniendo muy nerviosita, ¿qué tiene que ver el enamoramiento en todo esto? Ha sido una cagada, vale que no debimos hacerlo, pero solo se ha tratado de sexo. No me jodas, te lo pido por favor.

Gruñó y todo. Y no solo eso, sino que me pidió que la dejase en paz, tras lo que comenzó a escuchar música con sus cascos inalámbricos, aislándose por completo de mí.

No podía dejar de mirarla y, cuanto más lo hacía, más molesta se mostraba. Hasta que cerró los ojos y se aisló del todo.

No puedo saber si llegó a dormirse o solo lo simuló Sueño debía tener para parar el tren.

Lo más jodido era que llegaba el fin de semana y que ni siquiera podría verla durante un par de días.

Ya era viernes y aterrizaríamos a media mañana, de modo que cada uno se iría a su casa y hasta el lunes.

A nivel profesional no le podía pedir más, ya que lo había dado todo de nuevo.

El huracán Naiara revolucionaba mi existencia por completo, pero no tenía derecho a exigirle absolutamente nada más de lo que ya había hecho.

Apenas me miró al despedirse de mí. Quien más y quien menos, sabe cómo son esas cosas.

Cuando uno quiere más y el otro no, el primero sale escaldado. La dejé en la puerta de su edificio y contemplé cómo entraba en él.

Me preguntaba si su pareja estaría en ese momento en su casa y cómo la recibiría. Solo pensarlo me dolía. Pero también me preguntaba si, cuando se encontrara entre los brazos de él, pensaría en los míos, en esos en los que se refugió la noche anterior.

A mí el dinero, por prepotente que pueda sonar, me sobraba. Y habría pagado mucho por tener la respuesta a esa pregunta.

Me dirigí a mi casa, donde me di una ducha durante la que no pude dejar de pensar en Naiara. Iría a recoger a Karol al mediodía al cole y me la llevaría a comer por ahí, donde ella quisiera.

Estaba deseando achuchar a mi niña, lo cual no evitaba que hubiera deseado también eternizar ese viaje que me llevaba a estar solo con Naiara sin interferencias, sin esa pareja suya que me atormentaba como nadie.

Tras la pesadilla de Diana, había entrado en la de Mark. No levantaba cabeza y la zozobra se apoderaba de mí, al cogerme en horas bajas.

Capítulo 36



—¡¡Papá!! —me chilló Karol en el momento en el que me vio.

—¡¡Mi niña!!

Me fui hacia ella, quien saltó sobre mí. Siempre le pasaba que, por muy bien que se lo pasara en mi ausencia, cuando volvía era como si hubiese estado en la guerra.

La abrazaba cuando vi a mi lado la silueta de Amanda. No me lo podía ni creer. Estaba allí, como esperando su turno para saludarme.

—Hola, Karol —le dijo a mi hija, a quien ese día sí que vio, qué curioso.

Mi niña, que estaba acostumbrada al pasotismo de los últimos tiempos por su parte, ni la saludó.

—Papá, vámonos.

—Un momento, hija, por favor. Sube al coche y espérame allí.

—Pero papá…

—Karol, no me discutas.

Saludé a Rubén, a quien también su madre le comentó que se metiera en su coche, y nos quedamos a solas.

—Amanda, no sé qué cojones pretendes, pero si es importunarme en la puerta del colegio de nuestros hijos, lo estás consiguiendo.

—Perdona, no es eso, Teo.

—¿Y entonces?

—Quiero que me perdones, lo necesito.

—Muy bien, ya estás perdonada. Por mi parte, como si no te hubiera conocido nunca.

—No, Teo, eso no es así. Cometí un error, me confundí y en el peor de los momentos. Vale que no seas el tipo más romántico del universo, pero te ibas a casar conmigo. Que sí, que me dio mucho coraje que justo me lo pidieras cuando te vino bien, y la cagué por eso.

—No, no… Te fuiste con Mateo en ese momento, pero los cuernos con él me los estabas poniendo desde mucho antes. Y sabiendo que Olivia estaba loca por casarse con él. Gracias, esas sí que te las doy de corazón, porque menudo cabrón que le has quitado de encima a mi hermana.

—Tienes que hablar con ella, Teo. Funcionábamos muy bien juntas. Lo mío fue un desliz, sí, lo asumo. Pero ambas vamos a sufrir las consecuencias.

—No, las sufrirás tú sola. Mi hermana asciende imparable mientras que tú estás cayendo en picado. ¿El karma? Pues puede ser, chica, porque lo que le hiciste a ella fue una canallada. Olivia no te habría fallado nunca.

—No, si eso es verdad. Olivia es muy buena niña. Todos sois buenas personas en tu familia. Tus padres me trataron bien…

—Pues comprenderás que ya no quieran ni verte. Jodiste a dos de sus hijos a la vez. Y sobre todo una no se lo merecía.

—Dime todo lo que quieras, si es verdad. Desahógate, pero piénsalo un poco.

—¿Qué es lo que quieres que piense exactamente?

—Que igual todo podría volver a ser como antes.

—Como antes seguro que no. Mi hermana ya no se casa, por suerte.

—Yo sí me casaría contigo, Teo.

Me lo espetó y se quedó tan campante.

—Perdona, pero es que he volado esta mañana e igual tengo los oídos taponados, ¿decías?

—Lo sé, tus padres han venido a por la niña. No me atreví ni a saludarles.

—Tranquila, que ya están al tanto de que eres una cobarde. En cuanto a lo que has dicho…

—Que me casaría contigo, Teo. Podemos intentarlo. Tú tienes cosas en mi contra, yo las tengo en la tuya. Podríamos perdonarnos.

—No te atrevas a comparar nuestros fallos, ¡¡que me estabas corneando!!

—Vale, pero que eso me ha servido para comparar y saber qué es lo que quiero realmente en mi vida, Teo.

—Mira, en eso te doy toda la razón porque a mí me ha pasado exactamente lo mismo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, que yo también he comparado y ahora sé que quiero otra cosa.

—¿Te refieres a otra persona?

—No, si te parece, me refiero a una muñeca hinchable.

—Pero Teo…

—Amanda, tú y yo no tenemos nada más de lo que hablar. Ve con tu hijo, que te está esperando. Que te vaya bien, no te deseo nada malo.

Se quedó muy sorprendida. La noté como con ganas de echarse a llorar.

Se lo conté a Olivia aquella tarde, cuando la vi un rato.

—Es que las cosas le van fatal. Tenemos muchos conocidos comunes y, entre que se dejó ir y que la gente se ha enterado de lo que me hizo…

—Ya, que algunas clientas se lo habrán tomado a mal.

—Más de la que yo esperaba.

—Pues eso es porque te adoran, hermanita.

—Sí, ¿y te acuerdas lo que te dije del sorteo del traje de novia? Menuda la que se ha montado, tengo las redes echando fuego.

—Lo que te mereces, cariño mío. Entonces, ¿estás mejor?

—Sí, mucho mejor. Y tú, ¿cómo vas? ¿Es cierto eso de que tienes una nueva ilusión?

—Sí, pero no va a ser fácil. Es mi abogada y tiene pareja.

—¡¡Toma ya!! A mi hermano, las complicaciones le gustan de dos en dos.

—Creo que ya forman parte de mi vida. No suelen ocurrirme cosas muy comunes. Primero lo de Diana…

—Te entiendo, ¿eh? Menuda alegría que nos diste a todos cuando nos contaste que esa chica

había encontrado la forma de librarte del problema.

—Sí, es alguien muy especial.

—Pues lo que tú te mereces, pero si dices que no va a ser fácil, espero que no te toque sufrir, que de eso ya vamos sobrados.

—¿Y tú, cariño? ¿No te hace chispa nadie?

—¿A mí ahora? No, paso… Y también de buscarme rollos para publicarlos y tal. Mateo ya sabe lo que ha perdido, no hace falta que se lo refriegue.

—Siempre has tenido la cabeza muy bien amueblada. Te diría que, de los hermanos, la que más. Y eso que eres la consentida, chiquitina.

—Cómo no lo ibas a sacar a relucir…

Olivia iba mucho mejor y eso me daba mucha paz y serenidad, que era lo que necesitaba en un momento en el que el tema de Naiara me la robaba, porque era así y porque me resultaba imposible dejar de pensar en ella.

Capítulo 37



El sábado al mediodía quedé con Borja.

—¿Tenía que ser en un burguer abarrotado de críos hambrientos y con parque de bolas?

—Las bolas, tócatelas tú. Cómo se nota que no tienes hijos y que puedes hacer lo que te salga de ellas.

—Vale, vale, qué potente vienes de Bruselas, ¿no? Y por las coles no será, que tú no eres muy de verduras.

—Me he acostado con ella, con Naiara.

—¿Y el novio?

—El novio no estaba, como tú comprenderás.

—Espera, que analizo la situación… Has dicho barbaridades de Mateo porque corneó a Olivia, pero ahora te lías con una tía que cornea a su novio.

—No es un lío, ha sido una noche.

—Pero te meterías en harina por ella hasta los ojos, si te lo pidiera.

—Y me echaría a freír también si me lo pidiera.

—No estarás frito, pero la cabeza te arderá al final con esto. En líos así no te sueles meter nunca, ¡es que vas para atrás como los cangrejos? ¡¡Que ya tienes una edad!!

—Cabrón, la misma que tú, que lo dices como si tuviera un pie en la tumba.

—Por eso yo tiendo a la estabilidad.

—Ya, que te va genial con Nico. Me alegro un montón.

—Pero genial, ha pasado de la hetero curiosidad a comerme los morros en público, donde se encarta. Su familia está alucinada.

—Pues más lo estarán el día que te conozcan.

—Si ya me conocen. Ayer estuvimos almorzando en casa de sus padres.

—No es cierto.

—Claro que lo es… Esto va a toda leche. Nico quiere que nos vayamos a vivir juntos.

—¿Perdona?

—¿No te alegras?

—Pero si estáis empezando, ¿cómo pensáis en vivir juntos?

—Porque es lo que hace la gente que se quiere.

—Eso es meterse en la boca del lobo sin necesidad.

—Lo dices porque acabaste más quemado que la pipa de un indio por lo de Rubén y Karol. No me extraña, ¿eh? Yo oigo tanto grito de niño y me estreso, y tú lo tenías todo el día metido en el oído. Como comprenderás, nosotros no tenemos ese problema. Bueno, Nico tiene un gato, pero no creo que me vaya a pelear a zarpazos con él.

—Ya, ya, perdona…

—Tú imagínate que fuera tu Naiara, ¿qué no harías por estar con ella?

—Si tienes razón, tío. Con Naiara lo querría todo.

—Pues ahí lo tienes. Nosotros ya estamos proyectando las vacaciones de verano. Todos los planes en conjunto nos fascinan.

—Pues a disfrutarlos. Y que todo salga genial, colega.

—¿Tengo tu bendición entonces? Porque ya me quedo más tranquilo.

—Sí, como la del Papa, capullo…

Mientras Karol corría alborotada, que la hamburguesa se la había zampado de pocos bocados para marcharse con los niños, le conté lo que me había sucedido el día anterior con Amanda.

—Es que encima Mateo sí que no para de publicar cosas. Se está putoflipando mucho y cada noche va con una, a cada cual más artificial que la anterior.

—Se está cubriendo de gloria. Menos mal que su intención era volver con mi hermana, según le dijo.

—Se creía que la niña era tonta. De la patada en el culo que le ha dado ha llegado hasta Marte, como dice Karol.

—Sí, sí, menudo cabronazo.

—Es que el mercado está para que le den… Por eso estoy tan contento de haber encontrado a Nico y de que tenga tantas ganas de afianzar lo nuestro.

—Ya, porque la mayoría de la gente no quiere compromiso.

—Hay mucha falta de valores…

—¿Te has tragado a mi padre? Porque suenas igual que él.

—No, pero muchos de los que tengo los aprendí de Ernesto Pereyra y lo sabes.

—Lo sé, tío, lo sé.

—Igual Naiara también tiene esos valores y por eso no quiere dejar a Mark.

—Porque tú no crees que le quiera de verdad, ¿no?

—No lo sé, Teo. No estoy en su piel ni sabemos cómo es ese tío.

—Es un suertudo, eso es lo que es.

—Menuda inquina que le tienes.

—No es nada contra él, pero le tengo que ganar la partida. Borja, yo noto cómo me mira ella. Esas cosas se saben…

—Sí que es verdad, saberse se saben. En esto te doy toda la razón.

—Tiene que ser mía.

—Se te ha metido bien en el coco ese tan duro que tienes, nunca te había visto tan empecinado.

—Dilo, obsesionado. Lo estoy con ella, es cierto.

—Menudas vueltas que nos está dando la vida.

—Ojalá estuviese como tú, ¿sabes lo que daría por volver a pasar esta noche con ella? Al

menos, por verla antes del lunes. Me conformo con poco.

—Pues será la primera vez, que eres tela de ambicioso.

—Digo en principio, luego…

—Luego quieres el cuento entero. Y mira que tú no eres el prototipo de príncipe azul y, sin embargo, te veo cazando las perdices.

—Eres muy cabrón, igual, de paso, también te llevas un tiro.

—Pero te digo dónde tienes que apuntar, que ya tengo el agujero hecho.

—He echado de menos tus chorradas esta semana.

—Sí, seguro que has llorado tela. Te vino genial para quedarte a solas con ella.

—Eso es cierto, aunque a ti también te han estado cuidando tela. ¿Cómo se le da a Nico lo de hacerte de enfermero?

—Pues muy bien. ¿Quieres que te cuente algo sobre las inyecciones que me ha puesto?

—¿Quieres que te tumbe de un puñetazo?

—No, violencia no, por favor. Si quieres combatir, ya sabes a quién puedes buscar para subirte a un tatami con ella.

Es que hasta eso lo tenía. Aquella chica era la mezcla más sensacional con la que me encontré en mis años de adulto. Y, una vez que la probé, la mezcla se había vuelto totalmente adictiva.

Capítulo 38



El domingo al mediodía me tocó un plan de esos que has de asumir cuando eres padre.

Una amiguita de Karol celebraba su cumpleaños en una especie de castillo de princesas que había en un centro comercial muy lujoso cercano a casa.

El local al completo era una pijada total pensada para que los niños no quisieran salir de allí.

—Mira, papá, yo voy de princesa y Mark irá de príncipe. Él será mi acompañante hasta por la noche.

—Ya salió Mark…

—Es más guapo… Te va a encantar.

—Sí, hija. Y su nombre todavía más —le dije sin retintín por mucho que eso ella no pudiera entenderlo.

—¿A que sí? Es bonito y la abuela dice que nada visto.

—Madre mía, ¿has metido a la abuela en el ajo?

—Claro, se lo cuento todo. Y a las tías también. Como tú no quieres saber nada del asunto, cuando vengas a querer, ya estaremos casados.

—Lo que me faltaba, que te casaras antes que yo.

—Es verdad, ¿por qué no te has casado nunca?

—Hija, ya estamos llegando.

El local estaba petadísimo de niños. Karol corría con Mark de la mano, feliz. Y yo… Yo me estaba agobiando con tanto griterío.

—Se te va a bajar la tensión del agobio, vete a comer, Teo —me comentó Paula, la mamá de

una de las amiguitas de mi hija, del mismo nombre.

—Paula, es que no me parece bien irme.

—¿Qué dices? Si les echo un ojo a las dos, de verdad. Además, que van a su bola. Mira, si quieres, cuando vuelvas, me das el relevo y voy yo.

—Mira, eso no estaría mal.

—Papá, papá, se me cae la diadema de diamantes —me dijo mi niña en ese momento, quitándosela.

—Vale, te la aguanto.

Sí, solo faltaba que fuera de diamantes. La cogí, me despedí de Paula y me fui a comer a un restaurante que había en una isleta central con claraboya, muy iluminado.

Pensaba en Naiara, para no variar, cuando me froté los ojos. ¡¡Era ella!!

El centro comercial abría los domingos y se dirigía hacia una tienda de selecta lencería. Justo lo ideal para que se me disparatasen más los nervios.

Esperé a que saliera y alcé el brazo. Me miró, me sonrió incrédula y se acercó.

—¿Y esa diadema? ¿Has quedado con alguna chica y se la vas a regalar?

—Claro que sí. Y también una carroza como la de Cenicienta, pero me la están terminando. Ahora la traen… ¿Qué haces por aquí?

La notaba menos tensa que cuando nos despedimos el viernes y eso me agradó.

—Pues mira, que Mark ha salido de viaje, le acabo de dejar en el aeropuerto…

—No os veis mucho vosotros, ¿no?

—Quien no ha estado esta semana he sido yo. Y por tu culpa, así que chitón.

—No, si yo no tengo mayor interés en que os veáis. Más bien diría que nulo interés.

—Qué guasa tienes, Teo. Tampoco he venido a hablarte de él ni a buscarte, eres la última persona a la que esperaba encontrarme, de hecho.

—No soy muy de centros comerciales, es cierto.

—Sí, me lo comentaste, que te gustan más los espacios abiertos para ir de compras, como hicimos en Bruselas.

—De allí también me gustó tu compañía…

—No empieces, Teo. O no me tomo ni un café contigo.

—¿Has almorzado?

—Sí.

—Pues no te vayas, quédate para ese café, por favor.

—Solo si no me tiras más la caña… Estoy tratando de olvidar lo que pasó hace unas noches y tu actitud no me ayuda.

—Lo siento, no quiero molestarte. He venido con mi niña…

—¿Y dónde la tienes? ¿Tan poco abulta?

—De eso nada, que es bien alta…

—Ya le salió el orgullo de padre. Igual aquí sí que tienen baberos.

—Ya empezamos…. Viene de princesa.

—La princesa de papá, me lo imagino.

—Sí, pero no creas, que ella está más contenta con su príncipe de la mano. Que tiene novio, dice.

—¡¡Toma ya!! Y será un niño de esos muy monos…

—Sí, sí, rubito y vestido de príncipe hoy, a conjunto con ella.

—No te cae muy bien el mico.

—No. Y encima se llama Mark.

—¡¡Jura!! —exclamó divertida.

—Sí, sí, ríete todo lo que quieras….

En esas que vi a Karol venir corriendo, con la madre de Paula.

—Lo siento, que se ha puesto a llorar, Teo, que ahora quiere su diadema —me comentó la mujer, que la traía de la mano.

Naiara contuvo la risa.

—¿Y tú quién eres? ¿La nueva novia de papá?

Mi niña se lo preguntó con toda la frescura, menuda era. Y con más le respondió Naiara.

—No qué va, soy su abogada solo.

—Vaya, pues eres muy guapa…

—Gracias, tú también.

—Oye, ¿me ayudas a ponerme la diadema?

—¿Yo? No sé si se me dará bien —le respondió mirándome de reojo porque me eché a reír.

—Claro que sí, te peinas muy bien, por lo que veo.

—Gracias, tú también.

—A mí me ha peinado papá.

—Pues lo ha hecho genial, que te ponga él también la diadema, anda.

—No, porfi, hazlo tú.

Mi niña era bastante caprichosa y al final lo consiguió. Paula le dijo de volver al local y se despidió de ella.

—Oye, ¿te veré otro día?

—Pues no lo sé, Karol.

—Sí, me la has puesto muy bien. Quiero que vengas un día a casa y te maquillo como a mis tías.

Salió andando y yo me partí.

—No te rías, miserable…

—Se te ha dado bien.

—Menuda lianta tu hija. Es tuya seguro, no te preocupes por eso.

—Eso espero, ¿te imaginas si no?

—Entonces sí que te habría dado coba Diana, pero te digo que no, que la enana es Pereyra, Pereyra.

—Pues le has caído muy bien, no todo el mundo lo hace.

—Otro liante. Yo me voy yo, que quiero aprovechar para mirar algunas prendas más.

—¿Interiores? Porque puedo acompañarte.

—Y yo puedo darte de hostias. Que me largo yo…

Se puso de pie y se fue airada. Para mí, que tenía más fachada que otra cosa, igual que yo. Eso sí, la fachada se la iban mirando todos a su paso, con esos jeans de campana que llevaba y que le hacían un culo de absoluto infarto.

Tanto pedir verla antes del lunes y se me había cumplido. Seguiría pidiendo cosas, por si acaso…

Capítulo 39



La semana siguiente no fue fácil de encarar. La actitud de Naiara era lo suficientemente cercana para que pudiéramos relacionarnos con normalidad, sin estar tensos, pero no dando pie a que me pudiese pasar para nada.

En cuanto soltaba una palabra que le pudiera sonar a mínimamente personal, salía volando y me dejaba con ella en la boca.

Si no la hubiera probado, quizás no me habría colgado tanto de ella. O sí, pero probarla, saborearla y conocer cómo se las gastaba en la cama fue el colmo de los colmos para que no pudiera dejar de pensar en aquel bombón de licor cuyo solo olor me embriagaba por completo.

Naiara era una mujer fuera de lo común, una que logró hacerse con toda mi atención en muy poco tiempo. Lo sabía, ella lo sabía, si bien se mantenía firme en su decisión.

Por lo que iba viendo, nada tenía que ver con Amanda, por ejemplo, quien fue capaz de mantener dos relaciones paralelas durante un tiempo. A Naiara no le sabía nada bien lo que ocurrió con nosotros en Bruselas. Valga el dato de que procuraba no entrarme al trapo y volver a su vida normal como si nada hubiese ocurrido entre ambos.

A todo esto, estábamos por celebrar una importante fiesta en la empresa, una en la que mi padre, que ya estaba jubilado, sería premiado por la labor encomiable que desarrolló durante un montón de años.

Debía prestarle atención al tema, porque aunque Olga se encargó de cantidad de cuestiones relacionadas con la búsqueda de los organizadores y demás, yo debía ponerme al frente en la celebración y, por ejemplo, dar un discurso.

Todas esas cosas no solo llevan tiempo, sino que requieren concentración. Y de esa yo tenía bien poquita en aquellos días. Para colmo, volvía a llegar el fin de semana y comenzaba a ser lo que menos me gustaba, porque lo lógico sería que no la viese, pues en todos no se me daría una coincidencia como la del anterior.

Por cierto que, a todo esto, a mi niña le había caído fenomenal Naiara y eso que no derrochó simpatía precisamente. Se notaba que el de los críos no era un tema que dominase igual de bien

que otros, aunque poca duda me cabía de que, con el tiempo, si la conseguía, también se llevaría genial con la cría.

Borja entró por mi despacho con una de esas amplísimas sonrisas que gastaba desde que Nico estaba en su vida.

—¿Lo tienes ya? —me preguntó.
—¿De qué me hablas?

—Del discurso, de qué va a ser. ¿Me dejas que le eche un vistazo? Es dentro de una semana y lo normal sería que lo tuvieras todo más que hilado. Así lo habrías hecho si no estuvieras…

—¿Cómo estoy?

—Empanado, como dice Karol.

—Otro gracioso…

—Enséñame lo que tienes hasta ahora y te diré si merece la pena o si hay que darte una paliza.

—¿Es que no te fías de mí?

—En estos momentos no, la verdad. Te he visto más concentrado, Teo.

—Y yo a ti menos impertinente, colega.

—Ea, pues ya está. Me tocó, a tomar vientos…

—Tómalo, porque sé que no te irás…

—Trae que lo lea.

Sacó unas gafas del bolsillo y me quedé bastante loco.

—¿Qué es eso?

—Gafas las llaman, tío.

—Serás idiota… ¿Desde cuándo…?

—Oye, que no se trata de ninguna tragedia. Presbicia la llaman, raro es a quien no le llega en torno a los 40.

—O sea, que no veías un carajo y te han dicho que…

—No, no, para una vez que veo uno fijo, déjalo estar… lo que no veía bien eran las letras al

cerca.

—Joder, qué buen augurio…

—Oye, que nos va a pasar a todos. A ti también.

—Y dale…

Hizo una pausa para que le dejase leer y cuando comprobó que podía seguir haciéndolo, no paró hasta el final. Tampoco había mucho de momento, apenas una carilla y media.

—No. Y dale tú más caña a esto, Teo.

—Que sí, que sí, que sé que tengo que poner más cosas. Trae…

—¿Más cosas? Lo primero que debes ponerle es pasión, que vaya mierda de discursito has plasmado aquí.

—¿Qué coño haces?

Yo tenía mis manías al respecto de ciertas cosas, como cualquiera. Aunque estaba a la última en tecnología, en lo referente a mis temas personales me gustaba escribirlas a mano, con una pluma.

—¿Pues no lo ves? Hacer una bola y tirarlo a la basura. Esto es una puta mierda.

—Me encanta cuando te pones así de cuidadoso.

—Déjate de monsergas y al lío. Se trata de hablar de tu padre, no de dar un parte de guerra. Así que ya te estás poniendo a ello, so capullo. Y que se note esa pasión que derrochas con otras personas.

—Vale, estoy desconcentrado, sí.

—Bien, ya has pasado la fase de la negación y estás en la siguiente. Ahora, apechuga.

—Déjate de cachondeo y ayúdame, que tú puedes. Conoces a mi padre casi tan bien como yo.

—Sí, ¿y? Se trata de que abras el corazón, no de que amontones ideas que te dé yo. Olvídate de todo lo que te distrae y céntrate en Ernesto. No es tan difícil.

—Vale, vale, entendido, pues eso. ¿Te vas ya?

—No, no pienso moverme ni un momento de aquí hasta que lo hagas.

—Deja ya de presionar.

—¿Y qué si lo hago? ¿Acaso la ocasión no lo merece? Venga, ya puedes ponerte al lío, al del Monte Pío, so capullo.

—Y luego dices que a veces no pareces el jefe, hay que joderse…

—Solo cuando hace falta arrearte.

—Oye, que no soy un mulo.

—¿Y eso quién lo dice? Porque no estoy en absoluto de acuerdo.

—Lo que yo te diga, que hay que joderse…

No se movió hasta que traté de concentrarme y saqué de dentro eso que mi padre se merecía escuchar. Llevaba razón en que el otro discurso no valía nada, eso debía reconocerlo. Una vez más, me alegraba de que Borja me pusiera las pilas en el momento en el que me hacía falta. Aunque a él, ni mu al respecto.

Capítulo 40



Lo llevaba crudo para verla aquel fin de semana, en el que el sábado noche me invitaron a cenar Borja y Nico.

Mi amigo y su novio estaban de lo más ilusionados, planteando ya la búsqueda de nidito de amor común.

Me alegraba mucho por ellos, pero cuando estábamos juntos me recordaba todavía más que Borja había logrado algo que para mí parecía estar prohibido.

No soy de las personas que necesita compañía sí o sí. No se trataba de eso, pero estaba demasiado colado por Naiara como para poder apartarla de mi cabeza.

Creo que se me notaba que no estaba cómodo. Y eso que se trataba de ellos dos y que en mejor compañía no podría estar.

No obstante, cuando me entró aquel alarmante mensaje, no dudé en ponerme de pie y decirles que me iba, a media cena.

—Pero, ¿dónde vas, loco?

—Créeme que la ocasión lo merece, Borja, como tú dirías. Perdonadme, por favor.

El mensaje era de Olivia y decía así:

“Necesito que vengas urgente a la clínica. Le ha pasado algo a nuestra hermana”.

Si no le dije nada a Borja fue porque él no era médico y porque no había ninguna razón para que debiera aguarle la fiesta.

Me imaginé lo que había sucedido porque ella misma me había comentado que Marta llevaba unos días con ciertas molestias. Me daba una pena impresionante por eso de que andaba súper ilusionada con el embarazo, pero ya se sabe cómo son estas cosas. Ella lo había anunciado desde el mismo momento en el que lo conoció y en los primeros meses son muchos los fetos que no salen adelante.

En resumen, que me iba montando mi propia película en la cabeza y que, cuando llegué a la clínica, me quedé desconcertado. Se trataba de esa en la que confiábamos mi familia y yo de toda la vida, y en la que conocíamos a buena parte del personal, que nos trataba de lujo.

—Marta, ¿ya te han soltado? ¿Cómo estás? —le pregunté al verla salir en dirección a la puerta.

—¿De qué me hablas? Yo es que llevo unos días regular, muy revuelta, y hasta tuve un pequeño sangrado ayer, así que me voy.

—No, no, precisamente por eso no puedes irte. Un embarazo es algo muy natural, pero también delicado. Si te marchas y a tu bebé le sucede algo, no te lo perdonarás. Te lo digo yo que soy padre y que sé cómo se quiere a esos pequeños chantajistas.

—Teo, no sé de qué me hablas, si me voy es porque no me creo la versión de Daniela, esa que la ha traído hasta aquí. Y antes de que la sangre se me haga agua, me voy para casa que, como bien dices, debo cuidarme.

Marta se fue, dejándome estupefacto. Entonces entré corriendo y me topé con Olivia.

—¿Qué ha pasado? Creí que era Marta quien…

—No, no es Marta, es Daniela. Que dice que se ha caído por las escaleras de casa, pero ya te digo yo que no. Valentino no está aquí, que no andaba en casa en ese momento, en el de la caída… Eso es lo que dice ella, pero no la creo. Ese está allí escondido porque es cosa suya.

—Espera, ¿me estás diciendo que le ha puesto una mano encima a Daniela?

—Sí, eso es justo lo que te estoy diciendo. Pero cálmate, Teo, que te veo venir y esto no es el Viejo Oeste, aquí no existen los duelos.

—Es que lo mato, si le ha hecho eso a Daniela…

—¿Lo ves? Ya estamos con las matanzas. Cállate y escucha.

De nuevo mi hermana menor me daba una de esas lecciones de sensatez que me hacían poner los pies en el suelo.

—Dime.

—Lo primero es que Daniela lo reconozca. De todos modos, está con ella Francisco Ramos —me dijo en referencia a un médico que era amigo de la familia.

—Genial y…

—Que él va a poner el protocolo en marcha, hará llegar el parte de lesiones a la Policía.

—Se me va la olla, ¿qué tiene?

—Tiene diversas magulladuras, una en un ojo, Teo.

—¿Le ha puesto un ojo a la virulé a nuestra hermana? ¿Ha tenido la osadía de hacer eso?

Contuve mis enormes ganas de liarme a patadas con la papelera que tenía a mi vista.

—Sí lo ha hecho, justamente eso.

—Lo voy a hacer picadillo —di con uno de mis puños en la palma de la otra mano.

—¡¡Ya!! Esto no va de ti, va de Daniela… ¿Quieres ayudar? Pues entra y convéncela de que le denuncie. Si ha ocurrido, no será la primera vez que le pone una mano encima.

—¡¡Maldito cabrón!! Y nosotros, ¿cómo es que no nos hemos dado cuenta? Siempre le hemos tenido por un mindundi, pero de ahí a darle una paliza a Daniela, hay un gran trecho. ¡¡Qué hijo de puta!!

—Entra, por favor, entra….

Lo hice con el corazón encogido y con la ira a flor de piel.

Daniela apenas me sostenía la mirada y se notaba a la legua que me estaba mintiendo.

—Tropecé, Teo, y me caí. Es lo que tienen las casas de dos plantas. Papá me advirtió de que no eran las más cómodas cuando la compré, pero como sabes que soy una cabezota, me encapriché…

Se mordía la lengua y aguantaba las lágrimas. Mi hermana lo hacía por no decir que todo aquello, la advertencia de mi padre y lo de su cabezonería, tenía que ver con su marido y no con las escaleras de su casa.

—¿Lo ha hecho antes, Daniela?

—¿Quién? ¿De qué me hablas? ¿Tú también con eso, Teo? Por favor, dejadme ya en paz.

—Sabes que nunca he soportado a Valentino porque mereces mucho más, pero no imaginé que jamás te hiciera algo así.

—Teo, por favor.

—Daniela, ¡¡mírame a los ojos!!

Mi hermana no sabía mentir y cuando se le llenaron de lágrimas sentí el impulso de ir a su casa, sacar de allí a esa comadreja (donde sin duda estaba escondido para dar veracidad a que no

se encontraba allí cuando sucedió la "caída") y darle a probar de su propia medicina, que para eso era médico… Y médico estético, mejor, porque si lo pillaba tendría que hacerse una cara nueva.

—Por favor, Teo, por favor… No quiero más problemas.

—No, si no lo atajas ahora, será cuando vengan muchos más problemas. Se acabó, Daniela, ¿por qué lo encubres? ¿Desde cuándo? Habla, habla por tu bien y por el de Hugo.

—¿Qué tiene que ver Hugo en todo esto?

—Mucho… Si tu hijo está viendo este ambiente, si está criándose en una familia donde ocurren cosas como estas, no esperes que se enmiende. Su rabia irá a más y se echará a perder del todo. Si quieres a tu hijo, y me consta que le adoras, habla ahora.

Logré que lo hiciera. Lo hizo hecha un mar de lágrimas, pero lo hizo. Y la escuché tratando de que la bilis no me saliera por la boca.

Francisco nos había dejado solos y ella me contó que hacía como un año todo había comenzado con una cachetada. La triste historia que se repite. A su señor marido no le gustó un comentario que hizo delante de sus amigos, en una cena, y la abofeteó a la vuelta.

A raíz de ahí, y tras la consabida petición de perdón y la promesa de que nunca se repetiría (como la de todos esos criminales), ocurrió más veces, hasta que esa noche habían discutido por un viaje que él pretendía hacer a Tailandia con unos compañeros de trabajo (todos hombres) y que a ella le sonó a excusa de turismo sexual, por un detalle que pilló en una conversación entre ellos.

Loco ante la negativa de ella a que fuese, la había golpeado. Hasta putero era. Siempre le había imaginado capaz de muchas cosas, pero no de aquellas atrocidades.

Convencí a Daniela de la necesidad de la denuncia y lo hizo por su hijo.

En sábado noche, tenía que buscarle el mejor abogado y, cómo no, acudí a Naiara, sospechando que ese tema no lo pudiera llevar ella, pero sí al menos aconsejarme sobre quién.

Para mi sorpresa, y pese a que debía encontrarse en casa con su pareja, se presentó en el hospital en cuestión de media hora.

—Yo misma lo llevaré, Teo.

—¿También tú? Me dijiste que llevaste temas de familia, pero no…

—En esos temas de familia existieron casos de Violencia de Género, íntimamente conectados, por desgracia. Sé lo que me hago. ¿Tú confías en mí?

—Más que en nadie —le contesté sin dilación.

Las dejé a solas. Ella me lo pidió porque me explicó que las víctimas de ese tipo de tormentos en ocasiones no son capaces de detallar los sucesos con tal de no herir la sensibilidad de sus familiares. Y también me comentó que sabría hurgar en la herida, pero desde el punto de vista de la sensibilidad, para que Daniela no se dejara nada en el tintero.

Cuando le dieron el alta, nos dirigimos a comisaría. Allí tampoco presencié el relato que dio lugar al cuerpo de la denuncia, avalada por un informe médico aplastante que indicaba a todas luces que mi hermana había sido golpeada.

Ese malparido fue detenido de inmediato y en su casa, como era previsible. Mi sobrino dormía, porque había salido y volvió algo mareado por el alcohol, razón por la que no presenció tan lamentable escena.

De todas formas, no se lo podríamos dulcificar a partir del día siguiente. Él ya contaba con una edad y tendría que ser consciente de cuál era la situación de su familia. Apoyo psicológico tendría todo el que necesitase, pero sin dejar a un lado el tema de que su padre era un criminal violento que merecía un buen castigo por parte del juez.

Olivia nos acompañó en todo el proceso, que duró hasta bien entrada la madrugada. Fue ella quien quiso quedarse aquella noche con Daniela cuando por fin pudo volver a su casa.

Por supuesto que yo también me ofrecí a hacerlo, pues Karol estaba con Emily, pero mi hermana me dijo que ese tema lo ventilarían mejor entre ellas, que las chicas siempre habían hecho piña, y que si tal y Pascual.

En el fondo, creo que me apartó de Daniela aquella noche para que mi rabia no fuese a más. Cuando me quedé a solas con Naiara, lo detectó en mis ojos.

—Sé lo que estás pensando y lo que le harías a ese tipo si pudieras, pero debes dejarme hacer a mí. Voy a encargarme de que ingrese en prisión y su carrera profesional habrá terminado, al menos durante una temporada también. Se ha buscado la ruina, Teo.

—Naiara, es que te juro…

—Ya, ya… No me jures nada, que lo sé todo.

Me dio un abrazo. Ella no era muy efusiva, pero me lo dio. En ese instante, y sin premeditación, busqué sus labios, aunque apenas me permitió rozarlos, pues se apartó.

—No mezclemos las cosas, Teo. Sabes que me tienes aquí.

—Sí, sí que lo sé.

—Pues entonces no las mezclemos más, te lo pido por favor.

Me disculpé y me separé de ella hasta el día siguiente. El juicio rápido se celebraría el lunes y la petición de orden de alejamiento ya estaba cursada, aunque Valentino seguiría en el calabozo hasta el momento del juicio, por descontado.

La vi alejarse con esa seguridad suya. Puede que tuviese ademanes de diablesa, si bien para mí se había convertido en un ángel de la guarda. No había nada importante que no pudiese dejar en sus manos. Y, cuando lo hacía, contaba con la absoluta certeza de que todo saldría bien. Porque así lo creía Naiara y porque así me lo transmitía.

Capítulo 41



Necesitábamos un lugar tranquilo para preparar la defensa de mi hermana el domingo, ya que como dije, el juicio se celebraría el lunes.

En su casa se quedó Hugo con Olivia. El crío ya estaba al tanto y bastante afectado. En la mía estaba Karol y no era un tema que debiese conocer una cría, así que me ofrecí a reunirnos en mi despacho.

Nos pasamos allí toda la tarde. A Daniela le habían administrado un somnífero para que pudiera descansar la noche anterior, por lo que durmió toda la mañana.

Naiara la preparó a conciencia para que hiciese un relato en el que, sin añadir absolutamente nada que no hubiese ocurrido, pormenorizase con toda la crudeza el miedo que ya sentía cuando su marido perdía las formas, algo que hacía que me llevaran los demonios.

A última hora de la tarde, pasaron mis padres a por ella. Hasta el mediodía no se lo habían contado mis hermanas y luego quisieron dejar que Naiara hiciera su trabajo. Por lo visto, Hugo ya estaba en casa de ellos y su pretensión era la de llevarse también a Daniela para mimarla la noche antes del duro trance que debería afrontar por la mañana.

Daniela accedió a irse con ambos y lo hizo agradeciéndonos mucho nuestra ayuda, algo que sobraba. Por mis hermanas daría lo que fuese necesario, como es normal.

Naiara se quedó conmigo y se sentó a mi lado.

—¿Y tú cómo estás? Porque llevamos toda la tarde con Daniela y no te he podido preguntar, pero sé que andas destrozado.

—Muy jodido, claro, ¿cómo voy a estar? Mis hermanas son mis niñas, de siempre. Antes que Karol, siempre lo fueron ellas… No pude hacerla cambiar de opinión cuando se fijó en Valentino.

—¿Y cómo ibas a hacerlo?

—¿Sabes una cosa? —le pregunté mientras le sonreía recordando.

—Pues tú me dirás…

—Que a ella quien le gustaba era Borja.

—¿En serio?

—Y tanto…

—Y a mi padre también.

—¿Tu padre estaba enamorado de Borja? Eso sí que es un chascarrillo…

—No, claro que no. Tú me entiendes…

—Sí, te he entendido perfectamente, tonto. Pero hay que ponerle un toque de humor a todo.

—Qué distinto hubiera sido si Borja y ella…

—No te atormentes. Ese sí que sería un amor imposible. El destino de tu hermana era el de casarse con Valentino.

—¿Tú crees en el destino?

—Yo mucho, y en el karma. Y ese hijo de puta va a pagar por lo que le ha hecho a Daniela.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo…

Hizo ademán de marchase. Naiara había ido hasta allí en moto. Estaba irresistible con la parte de arriba del mono quitada y con una camiseta. La de abajo sí que la llevaba y marcaba sus curvas de una manera impresionante.

No podía dejarla marchar… No podía. Acabábamos de hablar muy cerca el uno del otro. Cuando eso sucedía, tendía a invadir su espacio personal, como hice en aquella ocasión. Y, de pronto, se marchaba a su casa y con Mark.

La sujeté por una muñeca. Muy rápida, se zafó de inmediato a través de una técnica que ambos dominábamos, pero entonces la desestabilicé, tumbándola sobre la mesa.

En aquella ocasión no estaba bebida, pero sí perdida. Igual que me pasaba a mí, tampoco ella podía evitar la falta de dominio sobre sí misma en instantes como aquellos.

La besé, la besé con irrefrenable pasión y me devolvió el beso, largo, húmedo y caliente. El juego de nuestras lenguas era total, se entrelazaban, se fusionaban y se daban toques con la punta, chocando entre sí…

Quería empotrarla. No voy a ser más elegante porque no había elegancia en nada de lo que pensara hacerle ni tampoco creía que la hubiese en eso que ella esperaba.

En aquella ocasión, ávido del contacto con su sexo, tiré primero de sus pantalones. Bajo ellos encontré un pequeño tanga negro. Cuando se lo quité, la volteé y di fuertes nalgadas en su trasero.

Sus gimoteos se escuchaban a lo largo y ancho del amplísimo despacho. Era tan sexy que todo en él apuntaba a que el sexo que allí practicaríamos volvería a ser descomunal.

Mientras que con una mano iba subiendo por sus muslos en dirección a su monte, con la otra le quitaba la camiseta, dejándola en sujetador. Introduje mi dedo corazón en Naiara buscando que reaccionase de esa forma que me hiciese aullar.

Ya estaba duro, estaba durísimo, pero sabía perfectamente que me endurecería más y más conforme mis dedos chapoteasen en esa lubricación suya que provocó que se deslizaran como dejándose llevar por la corriente.

Su estrecho interior, ese que me producía el más bestial de los placeres cuando la penetraba, estaba más que preparado para lo que allí había de suceder.

De pronto, se revolvió como una fiera y se dio la vuelta. En mi cabeza solo una idea: dominarla hasta llevarla a la misma locura.

Sin más, me quité el cinturón y le até las muñecas. Opuso una resistencia moderada que doblegué. Trataba de echar mano a mi miembro y, comprendiendo que deseaba mostrarme que no la había más sexy en la práctica del sexo oral, me coloqué delante de ella tras ponerla a cuatro patas, decidido a recibir su felación.

En esa ocasión no podía tomar mi pene con sus manos, tampoco había en Naiara ninguna intención de acariciarlo, por lo que eso carecía de importancia. Más bien, comenzó a engullirlo y sus tremendas succiones me llevaron a dejar los ojos en blanco mientras no podía más que jadear por el intensísimo placer recibido, mientras repetía su nombre una y otra vez.

Naiara era una verdadera fiera en el sexo, como en el resto de las facetas. A todo le ponía mucha fuerza y, si no, que me lo dijeran a mí en unos momentos en los que esa que imprimía en mi pene hubiera podido desembocara en una corrida de no ser porque me aparté justo a tiempo de evitarlo.

No sé si ese gesto por mi parte fue de su gusto o no, pero tampoco alegó nada. Más que nada porque le di la vuelta y, mientras la besaba, la coloqué en el borde de la mesa con las piernas hacia arriba.

Fue así como la penetré, poniéndome delante y dejándome llevar por esa corriente que, en dirección a sus adentros, provocaba su lubricación.

Hundirme en ella fue como hacerlo en un mar cuya bravura formase las más altas de las olas, esas en cuya cresta deseaba alzarla.

Sus jadeos me llegaban también igual de altos e insinuantes, mucho…

Su vientre subía y bajaba a consecuencia de las embestidas por mi parte, que eran tan seguidas como frenéticas, haciendo juego con los latidos de mi corazón, el cual parecía estar a punto de escapárseme por la boca.

Un primer orgasmo por su parte y más ganas de seguir penetrándola. Le di la vuelta entonces nuevamente y volví a palmear su trasero a petición suya.

Cuanto más rojo se lo pusiera, más lo gozaba. Cuando dejé de palmearlo, la atraje hacia mí. Necesitaba de su contacto, de que no se me escurriera mientras la poseía.

Mis dedos se fueron hacia sus pezones, los cuales pellizcaba y retorcía mientras que Naiara me pedía más y más. Todos mis gestos parecían ponerla mucho y no dudaba en suplicar que pasara al siguiente nivel. Le iba el sexo duro, tanto como lo estaba mi miembro.

Mis dedos se hundían en su cintura, queriéndola aprisionar y llevándola hacia mí. Ella hundió las uñas en mis nalgas igualmente y el escozor que me produjo me dejó claro que las había arañado. No puedo imaginar arañazos más placenteros que los suyos.

Mi pene se introducía en su sexo para luego salir y, una vez fuera, entrar aún con más fuerza, como si la estuviese taladrando. Un nuevo orgasmo le llegó así mientras tiraba de sus pezones.

Fue entonces cuando, sin darle la menor tregua, la puse de pie, llevándola contra la pared. Allí, levanté esas manos suyas que seguían juntas por las muñecas y la penetré con fiereza. Pese a que no era nada baja, sino bastante alta también, se empinó un poco para que pudiese embestirla con más facilidad, recorriendo su estrechez interna a toda velocidad y volviendo a chapotear en ese interior suyo que estaba más mojado por momentos.

Unos minutos después, cuando fui a darle la vuelta, no dudó en acuclillarse. Se me antojaba como el ser más deseable del mundo, descalza sobre la moqueta y con sus gruesos labios entreabiertos para recibir esas otras embestidas bucales que con tanta ansia recibió, pues lejos de lamer, terminó abriendo la boca mucho para que la penetrase también por ese orificio, en el cual entraba para luego salir. Y vuelta a empezar.

Preso de un absoluto ansia de ella, tiré de su pelo cuando quise volver a poseerla. Antes, tumbándola en el sofá, caí con mi afilada lengua preparada sobre su sexo, el cual pudo quemármela, dado que ardía como toda ella.

Naiara, esa mujer con apariencia fría, se volvía un volcán entre mis brazos y yo… Yo me derretía mientras practicaba con ella un sexo indómito en el que me entregaba al frenesí del momento.

Su clítoris palpitaba al contacto con mi lengua y me pareció que no había un ritmo más sugerente en el mundo que ese que precedió a su último orgasmo, como si de un terremoto entre sus piernas se tratase, a ritmo de contracciones.

Tras sentirlas, me resultó más complicado que no me pasara. Quise rehacerme, abstraerme durante unos segundos de ese delirio que me llevaría irremediablemente al orgasmo, pero no me resultó sencillo. Nada sencillo cuando me producía un torbellino de sensaciones casi imposible de esquivar.

Terminé en su interior y lo hice con un alarido. Demasiado llevaba dentro, muchas emociones que se unían a ese frenesí que me producía.

Una vez hube terminado, me hubiera quedado así un buen rato. Sus planes no eran los mismos y así me lo hizo saber.

Me daba miedo pensar en que, cuando saliera por esa puerta, se arrepintiese de aquello. No obstante, no fue necesario que saliese, pues encontré en sus ojos el arrepentimiento inmediato.

—Me tengo que ir, Teo.

—Quédate un poco más, te lo pido por favor. Ha estado sensacional.

—Sensacionalmente fuera de lugar. Dije que no volvería a pasar. Y mira…

—Ha pasado porque ninguno de los dos puede ponerle freno a esto.

—Yo sí podré. Puedo hacer todo lo que me proponga.

—Está bien, pero no destroces este momento.

—¿Destrozarlo? No te equivoques, Teo, esta no es una historia de amor ni hay nada que adornar. Nos hemos dejado llevar por la atracción. Sí, una segunda vez, ¿y qué?

—Naiara, por favor. Yo comienzo a…

—No quiero escucharte, Teo. Mañana por la mañana he de enfrentarme a un juicio importante en el que he de afinar cuanto más mejor para que a Valentino se le caiga el pelo.

—Lo sé, lo sé.

—Pues si lo sabes, y no te falta inteligencia para ponerte en mis zapatos, cállate ya y no digas nada más.

—Está bien. Te veo mañana en el juzgado, ¿o prefieres que pase a recogerte?

—Nada de eso, nos vemos allí.

Su despedida fue rápida y distante, una vez más. ¿Hasta cuándo iba a durar ese suplicio? Con ella, rozaba el cielo para luego descender a los infiernos.

El siguiente día no sería fácil en ningún sentido. Debía conformarme con eso que había conseguido una vez más cuando Naiara había jurado y perjurado que no volvería a suceder.

Pese a ello, no solo había detectado el deseo en sus ojos, sino que se dejó arrastrar por él.

Capítulo 42



Por un lado, me levanté contento por lo que ocurrió entre ambos la noche anterior. Y más aún porque ese día sería decisivo para que mi hermana Daniela borrase de un plumazo a Valentino de su vida.

Por otro lado, me jodía muchísimo pensar en que Naiara volviese a poner tierra de por medio conmigo. Y más aún, que lo vivido le dejase a mi hermana secuelas, no físicas, pero sí mentales. Para evitarlo, la apoyaríamos al máximo.

Tras dejar a Karol en el cole, me dirigí al juzgado y Naiara llegó un par de minutos después. En cuanto a Daniela, ella llegó con Olivia y con mis padres.

La única que se ausentó fue Marta, quien le envió todo su ánimo a Daniela, pero que optó por no estar presente para no ponerse nerviosa, aunque me la imaginaba en casa trepando por las paredes, porque era la menos tranquila de todos nosotros.

Si he de buscar un adjetivo que defina la actuación de Naiara ese es soberbia. No hay ningún otro que lo pueda definir mejor.´´

Así las cosas, Valentino salió de la sala esposado y gritando barbaridades a mi hermana. No obstante, serían las últimas porque ese iba de cabeza a prisión.

Daniela insistió en invitarnos a almorzar después y, aunque no era la intención inicial de Naiara, terminó accediendo.

Lo hicimos los tres juntos y no se me pasó por alto que trató en todo momento de dirigir sus comentarios hacia Daniela y no hacia a mí, a quien apenas miraba.

Eso me dolía. Por el contrario, tenía que agradecerle también la mucha condescendencia que estaba demostrando con Daniela, quien pasaba por horas bajas. Muy agradecida, mi hermana le comentó que tenía lo último de lo último en su clínica dental y la animó a que se pasase por allí para hacerle algún tratamiento de manera gratuita, dado que ella se negó a cobrarnos nada por llevar su defensa.

Tras el almuerzo, nos despedimos de ella y me dirigí con mi hermana a casa de mis padres,

donde se quedaría unos días.

Allí, hablé con mi sobrino Hugo, quien estaba bastante afectado, pero muy del lado de su madre. Parecía que el chaval tomaba conciencia de la gravedad de los hechos y de que, lejos de darle problemas, debería ser un hombro más en el que ella pudiera apoyarse su madre.

Ya me iba para ver a Karol cuando mi madre me invitó a tomar un té en el jardín.

—¿Qué querrás tú ahora? —le pregunté porque no ella no daba puntada sin hilo.

—Que te sientes un poco y me cuentes, hijo.

—Pues ya ves, mamá. Un finde muy movidito que hemos pasado. Ojalá lo hubiese sido menos, ¿cómo estáis vosotros?

—Bien, bien… Daniela es fuerte y tanto tu padre como yo confiamos en que pronto estará repuesta. Y ahora, libre de ese maldito.

—Estamos de acuerdo, mamá. Pues nada, me tomo el té y me voy a casa a ver a Karol. Seguro que me tiene hechos planes.

—Esa nieta mía es adorable, pero te doy un consejo de madre: no dejes que te acapare.

—¿Por qué dices eso?

—Porque, ¿recuerdas la última conversación que tuvimos al respecto de la niña y las mujeres?

—Perfectamente.

—Pues no pierdas de vista lo que te dije… Karol es una maravilla de cría, lo cual no evitará que algún día haga su propia vida. Y para entonces, si tienes a alguien a tu lado, mejor que mejor.

—Lo tendré en cuenta.

—Y si es esa abogada, entonces ya lo habrás bordado.

—¿Naiara? —le pregunté mientras echaba té hasta por los ojos, ya que me atraganté al escucharlo.

—Mírate, ya sabía que no me equivocaba.

—¿Es que vendiste tu alma al diablo a cambio de saber en todo momento lo que pasase por la cabeza de tus hijos?

—Qué va. Me fue mucho más sencillo que eso, solo tengo que miraros a los ojos y hacerlo

con el corazón.

—Peligro tienes un montón, mamá.

—No, lo peligroso sería que dejases pasar a esa chica por tu vida sin tratar de echarle el lazo. He visto cómo la miras y hasta apostaría a que estás en ello, pero contento no te veo, ¿qué pasa?

—Peligro, pero peligro que tienes.

—Cuéntamelo, hijo. No ha sido un fin de semana fácil, me gustaría ser de utilidad.

—Siempre lo eres, mamá. Naiara tiene novio, ese es el problema.

—Acabáramos, ya me va cuadrando todo.

—Pues sí, no afino con las mujeres, pero…

—Pero lo harás. No sé quién será el novio de esa chica ni me hace falta porque dudo mucho que la mire como la miras tú.

—Ya, debo parecer imbécil, la miro como si quisiera darle el piquito de chocolate del cucurucho del helado, ¿no?

—Más o menos. Y eso no es de imbéciles, es de personas que saben querer.

—Esa nunca fue mi especialidad con las mujeres.

—También lo hablamos la última vez, ¿recuerdas?

—Sí, que metiste a papá en la conversación.

—Pues Naiara es la mujer que te hará meterte en vereda tú solito.

—Vaya convicción la tuya, ojalá.

—Deséalo con ganas…

—Ya lo deseo y, aparte, he pasado a la acción.

—¿Y no surte efecto?

—Me he acostado con ella, mamá, un par de veces.

—Es distinta, esta chica lo es. Nunca me habías contado eso de ninguna.

—Pues será que es muy distinta, sí… Y después de que pase, me aparta.

—Dale tiempo.

—Espero que no la mires mal por lo que te acabo de contar a pesar de que tiene novio.

—¿Tengo yo pinta de ir censurando a la gente por eso? Me conoces bien, Teo.

—Es cierto, perdona.

Mi madre era muy abierta de mente, incluso más que mi padre. Nos crio en la convicción de que persiguiéramos nuestros sueños. A la única a la que en ese momento se le estaban cumpliendo era a Marta, quien seguía adelante con su embarazo. El resto de los hermanos habíamos sufrido lo nuestro en los últimos tiempos.

Capítulo 43

Muy pronto mencioné lo de Marta.

El martes por la mañana recibí una llamada de Daniela a primera hora. Pensé que necesitaba charlar conmigo, pero no.

Ya estaba camino del hospital de nuevo. El sangrado de Marta había ido a más, pese a las precauciones que tomó, y una amenaza de aborto me puso en camino.

Me encontraba en la sala de espera con el resto de mi familia cuando recibí una llamada de Naiara, bastante molesta.

—¿Se puede saber dónde te metes? Tengo a Joaquín Montes, el constructor, en la mesa de reuniones. Y ya le he servido un par de cafés, ¿me ves pinta de camarera?

Se me había olvidado por completo. Debido al susto que me llevé a consecuencia de la llamada, se me fue de la mente por completo.

—Lo lamento muchísimo, estoy en el hospital, Naiara.

—¿Es por Daniela otra vez? ¿Está bien?

—No, no, ahora es Marta. Riesgo de aborto, parece. La están mirando.

—Lo siento muchísimo, de veras.

Le salió del alma. De pronto la noté mucho más cercana.

—Ya, gracias.

—De verdad, anímala mucho de mi parte. Y no hace falta que vengas ni mucho menos, ¿me oyes? Yo me ocupo de lo de Joaquín.

—Puedes, ¿sí?

—Claro que puedo, ¿lo dudas?

—No, no, claro que no. Oye, pues que te lo agradezco mucho. Borja está ahí de todas maneras.

—Lo sé, lo sé.

Preferí no contarle a mi amigo lo de Marta para que se quedase trabajando y pudiera ayudarla si le hacía falta. Él estuvo muy pendiente también de lo de Daniela en cuanto lo supo. Ya he comentado que se encontraba muy unido a mi familia.

A Marta la dejarían un par de días ingresada para hacerle unos controles, según nos terminó diciendo la ginecóloga unas horas después, pero parecía que la cosa estaba bajo control.

En cuanto llegué, Naiara vino flechada a preguntarme por ella, entrando en mi despacho.

—Me ha dicho Olga que has llegado, ¿está bien? ¿Y el bebé también?

—Menos mal que no te gustan los niños, se te ve bien preocupada.

—Porque no es mío, tarado.

—Están bien, los dos lo están.

—Me alegro muchísimo.

—Pues celébralo esta noche conmigo, hazme ese favor.

—No quieras sacar partido de todo. Ya me voy…

—¿Sin explicarme cómo ha ido la reunión con Joaquín Montes'

—De lujo, ¿cómo va a ir si estaba yo por medio?

—No lo puedo remediar, me apasiona tu humildad.

—Más bien te apasiona que no la tenga, tampoco tú la conoces.

—Eso es cierto…

Se me estaba dando una circunstancia curiosa. No me alegraba en lo más mínimo del mal de mis hermanas, solo faltaría, pero las cosas que les estaban pasando me acercaban más a Naiara en los momentos en los que trataba de despegarse de mí.

—Pues nada, me alegro de que todo esté mejor. Y ahora, por donde he venido, me voy.

—¿A qué tantas prisas?

—¿No te lo he contado? Es por lo del capullo explotador de mi jefe.

—A ese tipo deberían cortarle las pelotas.

—Estoy de acuerdo.

—¿Sí? ¿Tan mal las usa?

—Y ahora sale el machito deseando que le alegren la mañana. Siento si ha sido caótica, pero conmigo no cuentes para eso.

—Tómate un café conmigo. Date un respiro y conversa conmigo.

—Es que no lo necesito.

—Pero yo sí…

—Eso es otra cosa, haber comenzado por ahí.

Se lo serví a su gusto, pues tenía cafetera de cápsulas en mi despacho, y nos sentamos a tomarlo.

—Y Marta, ¿cómo es que ha querido ser madre así? —me preguntó.

—¿Sin padre? ¿Y a ti te extraña? Con lo independiente que eres, lo raro es que tengas pareja.

—Con lo bien que te vendría a ti que no la tuviese…

Le comenté un poco por encima de su historia. Parecía que le gustaba saber cosas de mi familia, aunque no es que tuviera muchas ganas de compartir datos de la suya. No era de hablar de ella ni de nada concerniente a los sentimientos.

Aproveché para preguntarle por las edades de los hijos de su pareja. Eso me intrigaba, saber si se relacionaba con ellos.

—Son adolescentes ya y, si lo que quieres es saber cómo me caen, pues bien. Son buenos chicos y van a la suya… Además, viven con su madre en Berlín y apenas los veo.

—Razón de más para que su padre viaje tanto, ¿no?

—Tú quieres que un café te dé mucho de sí…

—Es que tú preguntas alegremente.

—Porque soy abogada, es deformación profesional.

No podía haber nada deformado en aquella preciosidad de mujer, que se mostró más accesible de nuevo. En cuanto a lo que pasó entre nosotros, en eso sí que no dio su brazo a torcer; no quería volver a hablarlo.

De lo que sí tuvimos que hablar mi familia y yo fue de posponer la celebración en honor a mi padre para dos semanas después, cuando tanto Daniela como Marta estuviesen más repuestas.

En ese par de semanas, no conseguí volver a derribar los muros de Naiara, quien se había instalado de manera definitiva en mi cabeza, hasta hacérmela perder.

Me distraía con Karol, con mis hermanas y con ese trabajo que no me faltaba, pues yo era de los que cada día andaba buscando nuevas posibilidades de inversión, pero ello no lograba que dejase de pensar en esa mujer con la que soñaba noche tras noche.

Concluí que era la primera vez en mi vida que me enamoraba de verdad, hasta el tuétano. Los expertos opinan que esa primera y aguda fase del enamoramiento es casi tan tortuosa como una enfermedad. Y así lo sentía yo, pues mi estado de agitación era total y mis posibilidades de concentración no mejoraban con los días.

La única buena noticia al respecto la recibí unos días antes de la fiesta, cuando Naiara me confirmó que asistiría sin acompañante, puesto que a Mark le pillaba de viaje, como en tantas ocasiones.

A qué negar que, por una parte, conocerle me hubiera gustado en el sentido de salir de dudas sobre qué había en ese tipo que la retuviese a su lado, pero por otro lado me habría dado la noche. Así que pensé que era lo mejor que me podía suceder para disfrutar no solo de los míos, sino de ella en exclusividad.

Capítulo 44



Un día antes, estuvimos bromeando sobre el color del vestido que llevaría.

Era una fiesta de gala y sentía curiosidad al respecto. Todas las mujeres irían imponentes, pero me la imaginaba como la más arrebatadora.

Pasó de comentarme nada al respecto, pues no era de desvelarme demasiado y menos si me veía con tanta intriga.

Llegó el gran día. Me lo había pasado bien con mi padre en los anteriores, yendo a su sastre de confianza con él para que le diera los últimos retoques a lo que luciríamos. Ambos íbamos de esmoquin, igual que Hugo, quien nos acompañó alguna que otra tarde.

Mi sobrino estaba muy cambiado y su madre comenzaba a sentirse orgullosa de él. Para la familia suponía una tranquilidad, dado que si volvía a las andadas, contaríamos con una preocupación más.

Me había ocupado también del precioso vestido de Karol, quien asistiría a la cena y luego se marcharía con mi hermana Marta, quien nos aclaró que no se quedaría hasta tarde porque se estaba cuidando muchísimo.

Esa tarde, Karol estaba especialmente revolucionada.
—Hija, estate quieta o no podré terminar de peinarte en la vida —le comentaba.

—¡¡Es que vamos a ir a una fiesta!! Tú y yo… Oye, y esa chica, Naiara, ¿va también?

—Sí que va, cariño.

—Pues yo me quiero sentar a su lado.

—¿Y eso por qué?

—Porque me cayó bien y porque tiene mucho estilo.

—No, mi amor.

—¿No lo tiene? ¿Estás ciego o tonto? ¿O las dos cosas?

—Creo que pasas demasiado tiempo con Borja, que es un deslenguado.

—Vale, perdona, perdona.

—Claro que tiene estilo, pero también una lugar reservado en una mesa que no es la nuestra. Todos los de la familia arroparemos al abuelo.

—Vale, vale…

Estaba ideal con su precioso vestido, el cual era regalo de Olivia, que se fue con ella de compras. Si yo la tenía consentido, el resto de la familia no la consentía menos.

Cuando llegamos a la fiesta, que se celebraba al aire libre en aquella bonita y primaveral noche en la que las temperaturas indicaban que el invierno quedó atrás, mi familia al completo se encontraba allí, igual que muchos de nuestros invitados.

Mis ojos iban hacia todos lados en búsqueda de Naiara, la cual no llegaba. Mi madre se dio cuenta del detalle y me cogió del brazo.

—Nunca te había visto con tantas ganas de ver a una chica. ¿Viene con su novio?

—No, mamá, viene sola.

—Pues tanto mejor para ti, ¿cómo están las cosas entre vosotros?

—Pareces una celestina.

—Es que en este caso lo soy. Ahora mismo, tengo a todos mis hijos sin pareja y mucho trabajo por delante.

Mis hermanas estaban guapísimas. Todas lo eran. A Marta se le habían dulcificado las facciones y lucía radiante su embarazo.

Olivia estaba cada día más hecha a su nueva situación y encantada con su trabajo. Tampoco le faltarían chicos a juzgar por las miradas que muchos le echaban.

Me acerqué a Daniela, y me la encontré con Hugo, quien estaba muy pendiente de ella.

—¿Me permites un momento? —le comenté a mi sobrino.

—Claro, tío Teo.

Lo de “tío Teo” podía parecer un trabalenguas, de haber sido algo más largo. Me gustó oírlo porque cuando el chaval estuvo más rebelde se dirigía a mis hermanas y a mí por nuestros

nombres de pila directamente, como si no le importase demasiado el lazo familiar que nos unía.

Le puse la pajarita derecha, que era lo que pretendía.

—Muchas gracias. Mamá, mira, ahí está Davinia Rossi, ¿la recuerdas?

—Claro, es la hija de Ezequiel y Arancha, corre a saludarla.

Eran antiguos amigos nuestros y su hija jugaba con Hugo de niños.

—Ha salido flechado, Davinia está muy guapa, igual que él —le comenté.

—Sí, ya me gustaría que saliera con alguna chica así. Las pocas con las que se relacionó hasta ahora no eran para encantarme, menudas…

—Todo irá a su lugar. A Hugo se le ve muy volcado en ti y más sereno, ¿cómo estás?

—Mucho mejor. Te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí, Teo y, sobre todo, por convencerme de que denunciar a su padre ha sido lo mejor que podía hacer por Hugo. Mi hijo estaba respirando un aire muy insano en mi casa, y esto le estaba jodiendo la vida.

—Me alegra de que hayamos llegado a tiempo.

—Y Naiara, ¿esa no llega a tiempo?

—¿Tú también te has dado cuenta o te lo ha comentado mamá?

—Soy la que te sigue en edad, a mí no me la puedes dar.

—Debe estar a punto de llegar. Mira, ¿no es esa?

El vestido con cuello *halter* con el que la vi avanzar era aquel con tanto glamur que se compró en Bruselas, conmigo. De golpe, se me vinieron todas aquellas sensaciones a la cabeza.

Anduve hacia ella con la clara intención de soltarle un par de besos. Ya casi la alcanzaba cuando se giró y me quedé helado… Tras ella iba un hombre que en ese instante la tomó por la cintura.

Se trataba de un guaperas que, para colmo, llevaba un esmoquin prácticamente idéntico al mío. Algunos pensaréis que casi todos lo son, que es una prenda que, si la eliges en una versión clásica no muestra apenas diferencias entre unos modelos y otros, pero cuando has lucido muchos y los tienes a docenas en tu vestidor, sabes de lo que estoy hablando.

La sonrisa se borró de mi rostro en cuanto los alcancé.

—Mark, él es Teo Pereyra, mi jefe. Teo, él es Mark, mi pareja.

Ni que lo supiera. Desconcertado, estreché la mano de aquel tipo al que no esperaba ver aparecer esa noche.

—Le dije a Naiara que, dado que en principio mi presencia no estaba prevista, igual era una molestia, pero ella insistió en que viniese.

—Claro. Se permiten acompañantes, casi todos los traen…

—Sí, yo soy la de mi papá.

—Karol, ¿de dónde sales?

—Es que he visto a Naiara y quería saludarla.

—¿A mí? Pues gracias, Karol. Estás muy guapa.

—Pues anda que tú… tú estás despampanante.

Era más grande la palabra que ella. En ese instante, la llamó mi hermana Olivia para mostrársela a otros amigos de la familia que preguntaban por ella.

—Me tengo que ir, pero luego me cuentas cómo te has maquillado los ojos, ¿vale?

—Vale, vale…

Salió corriendo y Naiara volvió a la conversación.

—Verás, es que al final a Mark le han cancelado el viaje de negocios esta misma tarde y…

—No hay ningún problema. Mark, te doy la bienvenida. Coged una copa, por favor… Tengo que seguir saludando.

Si ella hubiese acudido sola, nadie me hubiese movido de su lado. Pero estando acompañada por él, que me aspen si tenía ganas de hacerle compañía.

Al tal Mark se le veía muy acaramelado con su chica. Poco me extrañaba, bien sabía yo lo que valía. Por la calle de la amargura me estaba trayendo.

Me hubiera encantado poder decir que no le pegaba para nada; que era mayor, que era más feo que Picio o que le cantaba el pozo. Pero nada de eso.

Comenzó entonces mi particular suplicio de esa noche. Al poco de llegar ellos, ya no faltaban más invitados y antes que nada tomamos asiento en las muchas mesas redondas perfectamente engalanadas para la ocasión.

La cena incluía un marisco espectacular que hubiese devorado con ansia, porque me fascina,

pero que se me atragantó como el resto de los platos.

Ni hambre sentía viendo cómo Mark estaba tan pendiente de ella, de que no le diese ni el aire.

—Papá, que te estoy diciendo que si vas a dejar esos dos carabineros, me los como yo.

—No, ¿cómo los va a dejar? Se los va a comer, mi niña —le comentó mi madre.

—No, mamá, se los voy a preparar a ella. No cuento con demasiado apetito hoy.

A ella no le hacía falta que se lo explicase. Sabía muy bien dónde tenía su hijo puesta la mirada esa noche en la que mis ilusiones se chafaron por completo. También mis hermanas me miraban tratando de darme charla, pues el desánimo en mí era evidente por mucho que pretendiese camuflarlo debajo de esa sonrisa que le dirigía a mi padre, para quien era su gran noche.

En algún que otro momento, no quiero pecar de presuntuoso, pero también la pillé mirándome. Igual los alemanes, pese a la delicadeza con la que Mark parecía tratarla, son más fríos que nosotros y eso decantaba la balanza a mi favor.

Quería pedírselo al destino, atinar en mi petición y que me fuese concedido.

Tras la cena, llegó el momento de la entrega de premio a mi padre y entonces me invitaron a subir a decirle aquellas palabras. Borja también estaba muy animado, con Nico y en nuestra propia mesa, y fue el primero que comenzó a incitarme a que hablase.

No dejaría que mi estado de ánimo influyese. Era el momento de mi padre, momento de mostrarle mi admiración por su trayectoria y también mi agradecimiento por cuanto me enseñó.

La gente aplaudió enfervorizada cuando nos fundimos en un abrazo y Borja se levantó, silbando y animando al público a aplaudir más fuerte.

Tras el discurso, mi niña se marchaba con Marta, pero se resistió a hacerlo sin despedirse de Naiara.

—Que todos son unos pelmas y que me tengo que ir. Me tendrás que enseñar eso otro día.

—Ok, otro día.

—¿Me das un beso? —le preguntó.

Me miró, Naiara me miró porque no lo esperaba. No se relacionaba con demasiada fluidez con la cría, ya lo he contado, pero a eso accedió, como no podría ser de otra manera.

Mark también fue a despedirse. De él pasó totalmente, ni lo miró y salió corriendo.

—Cosas de niños, perdona.

—Nada que perdonar, tranquilo.

Comenzó el baile y primero bailé con mi madre y con mis hermanas. Naiara bailó con Mark y también con algunos otros compañeros.

Hubiera resultado muy borde no sacarla a bailar, aparte de que me moría por tenerla en mis brazos aunque tan solo fueran los pocos minutos que dura una canción.

—Espero no haberte molestado, cuando vi que Mark no se iba…

—No tienes que disculparte más, Naiara, olvídalo.

—Pero estás molesto….

—No estoy molesto, estoy jodido, que no es lo mismo —le aclaré.

—No tienes derecho a eso, y lo sabes.

—Y tú sabes que hay cosas que escapan a nuestra voluntad. No quisiera estar así de jodido, pero lo estoy.

—Si quieres, nos marchamos ya.

—¿Tú y yo? Sería lo único coherente que hiciéramos esta noche.

—Mark y yo… Me has entendido perfectamente.

—No te estoy echando, no te lo tomes así. Tampoco estaría mejor si te fueras.

—No puedo ayudarte, lo siento.

Para colmo del desastre estaba sonando "No sé tú" de Luis Miguel y su letra me estaba matando.

"No sé tú
Pero yo no dejo de pensar
Ni un minuto me logro despojar…"

Mi desazón era la misma que la de quien cantaba esas letras con tanto sentimiento.

Me patinó en medio de la canción la única neurona que aquella situación debió dejarme en el coco, porque me abalancé a besarla sin más.

Mark no lo vio porque estaba pidiendo una copa, girado de espaldas. Me di cuenta cuando

ella, horrorizada, lo buscó con los ojos.

Ni siquiera me había planteado si nos estaba mirando o no. Solo cedí a ese impulso que me llevó a besarla.

—¿Es que te has vuelto loco o lo estabas ya de antes?

—Perdóname, pero tampoco ayudó que estuviéramos juntos dos veces. Yo tampoco me puedo despojar de esos pensamientos. Mira, pon la mano en mi corazón.

—Ni se te ocurra pensar en que voy a hacerlo. Ve sonriendo poco a poco. Te devolveré la sonrisa como si aquí no hubiera pasado nada.

Pero pasó, había pasado… No cedí a su petición, dejé que la canción terminase y ella se apartó de mí, una vez más.

Capítulo 45

El martes cumplía años Nico, el novio de Borja.

Ya estaban viviendo en un bonito adosado que alquilaron, con intención de poder comprarlo en el futuro si las cosas iban bien entre ellos.

Habían invitado a un montón de amigos a una barbacoa para celebrar tantas buenas noticias, y yo no podía faltar.

Desde el sábado estaba hecho mierda. De nuevo se mostraba esquiva. Como es lógico, me refiero a Naiara, quien entró en mi despacho en su línea, sin llamar.

Producía en mí el efecto de sacarme la sonrisa cuando aparecía. A nadie más le hubiera consentido que entrase de ese modo. A ella sí, era especial para mí.

—Me ha comentado Borja lo del cumple de Nico y me da cosa hacerle un feo, pero no voy a ir.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes planes románticos con Mark?

—Sabes que no me van esas cosas. Además, que Mark hoy sí que está de viaje.

—Pues entonces, si te apetece, no te pierdas la fiesta. La ha organizado Borja, así que puede ser épica.

—Tienen famas las suyas, ¿o qué?

—De siempre han sido las mejores. Es temática, tenemos que ir de romanos, supongo que lo sabrás.

—Sí, sí… A mí se me da bien eso de caracterizarme, pero de veras que si te voy a dar la noche…

—Que no, ven. Si te traes a tu novio ya es otra cosa, pero tú sola…

—Vale, iré entonces. Estoy a tope de trabajo y me vendrá bien despejarme.

El siguiente día era fiesta local. Había coincidido así por lo que no tuvieron que posponer la celebración.

Borja llegó al poco por mi despacho y me enseñó cómo iría caracterizado él.

—De emperador se queda cortó, qué glamur.

—Normal, ¿tú ya has pensado en qué te vas a poner o lo has dejado para última hora como haces con todo estas semanas?

—Me encantan tus indirectas.

—Y a mí tu sorna. No he sido de indirectas en mi vida, cuanto y más ahora, que estoy bien contento desde que Cupido me acribilló con las flechas del amor. Y no quieras saber dónde me dio más de una.

—Desde luego que no quiero saberlo. A las nueve en tu casa, ¿no?

—Sí, ¿no me dices cómo vendrás tú?

—Cabreado si no te largas ya, así iré.

Tenía que pasar a recoger ese traje de centurión romano que incluía la armadura. Quien se cabreó al verlo fue Karol, que no podía entender qué llevaba a los adultos a celebrar fiestas a las que no pudieran asistir los niños.

—Y encima vas con una escoba en la cabeza —me decía.

—No es una escoba, hija, es un casco.

—Pues vaya birria de casco. ¿Y Naiara cómo irá?

—No tengo ni idea.

—Pues guapa, muy guapa, porque lo es más que ninguna y…

La había impactado y eso que apenas interactuaba con ella. Daba igual, cuando mi hija se fijaba en alguien, no era fácil que se le fuese de la cabeza.

Ni un poquito se equivocó. Naiara llegó explosiva, con un vestido largo y asimétrico en tono marfil, con uno de sus hombros rematado por unas flores doradas. Llevaba un cinturón del mismo color, ancho y vistoso, así como otras pulseras de doradas flores a diferentes alturas de los brazos.

Sus altísimas sandalias doradas la hacían aún más espectacular. Tampoco me dejó indiferente ese recogido informal con una diadema dorada de esas que se encastran en el pelo recorriéndolo. Varios de sus mechones caían por un lateral de su rostro…

Al andar, la raja de su falda (como cantaría Estopa) le dejaba un muslo al descubierto. Llamaba poderosamente la atención a su paso. Y digo bien, porque era poder el que emanaba de ella.

Parecía ajena a las miradas, no haciendo la más mínima observación al respecto. No por ello dejaba de ser consciente de sus muchos encantos.

Cuando llegó hasta mí, me sonrió.

—No luces nada mal con tu uniforme.

—No me digas que eres de esas chicas a las que les gustan.

—El de bombero más que nada, por si tienen que apagarme un fuego.

—Fuego el que acabas de provocar. No hará falta ni que echen el carbón para encender la barbacoa.

—¿Qué te está diciendo este? —le preguntó Borja dándole un par de besos.

—Madre mía, ¿a ti hay que hacerte una reverencia o algo, Borja?

—No, no… Si fueras un tío, no me importaría que te acuclillases y ya te indicaría yo, pero como no es el caso…

—Qué morro tienes.

—¿A que sí? Pues deberías haberlo visto hace años, parecía no haber roto un plato.

—Eso es verdad, me las daban por todos lados. Si no hubiera sido por Teo, esta bonita cara no habría quedado intacta, ya te lo digo yo. Voy a por mi Nico, que se está dando los últimos retoques e igual necesita que le eche una mano, o las dos…

Borja nunca había estado más radiante que desde que unió su vida a la de Nico. A mi amigo no todo le había sido favorable en la vida y me alegraba cantidad por él.

Me serví una copa y le serví otra a ella, que puse en su mano.

—Cuéntame eso de cuando le dabas candela a los malotes para que no le zurraran a Borja.

—Tampoco es para tanto…

—Deja, que hay gente muy cabrona. Cuenta…

—¿Y tú cuándo me vas a contar cosas de ti?

—Qué cotilla eres, ¿no?

Se avecinaba una noche que parecía ser mucho más divertida que esa otra en la que me tuve que conformar con verla en brazos de su novio.

Cuando estábamos a solas y ella derribaba el muro me sentía revivir. Y luego, cuando se distanciaba, agonizaba.

Nico salió de la mano de Borja y todos comenzamos a aplaudir. Se besaron y ella hasta les silbó. Yo miraba sus gruesos labios y me costaba la misma vida contener esas ganas que sentía de besarla igualmente. Mi cuerpo se acercaba al suyo cada vez más, queriéndomela beber a sorbos de manera irrefrenable.

La gente se lo estaba pasando de vicio. Allí se congregaban muchos amigos de Borja (a todos los cuales conocía o eran comunes directamente), otro puñado de amigos de Nico y la gente del trabajo, todos aquellos que le eran más afines a mi colega.

La miradilla de Olga, que era muy ladina, me dio a entender que no se le estaba escapando lo que sucedía entre Naiara y yo. Y si meto a mi imponente abogada en el saco es porque, cuando estábamos juntos, tampoco ella podía negar lo que sucedía entre ambos. Porque sí, estaría con Mark, pero se le salían los ojos conmigo. Y la sonrisa se le acentuaba de un modo tan encantador…

—Luces impactante, no sé si te lo he dicho ya, Naiara —le comenté acercando mis labios a su oído derecho.

—Ya lo sé —me indicó de inmediato.

Era tan arrebatadoramente sexy que sentía que mis dedos se calcinaban al contacto con su ardiente piel. Lo noté cuando los posé en sus brazos para invitarla a que bailase conmigo.

Sentía deseo de hacerlo, de nuevo lo reflejaba en su mirada, igual que yo en la mía.

Borja y Nico sabían crear ambiente. Eran la pareja ideal, como solía decirle a mi amigo, burlándome de él. Y él se burlaba de mí diciéndome que la mía era envidia, y de la mala. No, de esa no podría serlo porque le deseaba lo mejor, aunque siempre que le veía con su novio pedía lo mismo para mí.

Un buen rato después, tras picar y alternar con el resto de invitados, volvimos a bailar. Las letras de “No renunciaré” me llegaban nítidas.

Era lo que me faltaba. A mí, a quien tan complicado me estaba resultando no abalanzarme

para probar del deseo que también emanaban esos labios que brillaban bajo su *gloss* labial, jugosos, apetecibles y tan deseosos de ser besados como los míos de besarlos.

"No renunciaré
Ni a tus ojos ni a tus brazos ni a tu boca…"

Con el mismo énfasis que quien cantaba, tampoco yo podría renunciar a ella. Ni a esas ganas locas de besarla a las que terminé cediendo.

No lo hice a la vista de todos para no importunarla y joderlo todo entre ambos. Tampoco tenía derecho a airear lo nuestro (porque algo había entre ambos, lo reconociera Naiara o no) besándola ante los demás cuando ella tenía pareja.

Esa fue la razón de que eligiera ese rincón del patio hacia el cual fui dirigiendo mis pasos de baile, llevándola hacia allí.

La decoración era ideal y la tenue luz que emanaba de los farolillos, perfecta y exquisita. La justa para entrecerrar los ojos y dejarme llevar por lo que mi corazón me dictaba, alto y claro.

No pudo ella tampoco resistirse a un beso fugaz y furtivo, a uno que terminó en el momento en el que Olga nos cayó encima como si del cielo estuviesen lloviendo secretarias piripis.

—Perdonad, perdonad, lo siento mucho —se disculpó entre risas bobas.

De todos era sabido que a Olga no le sentaba muy bien el alcohol. Solía controlar, pero por lo visto había llegado la primera para ayudar a los anfitriones de la fiesta a ultimar los preparativos y comenzó a beber antes de tiempo.

—No pasa nada —le comentó Naiara de inmediato.

—Gracias, guapa. Por cierto, qué glamur. Ya debes saberlo, asquerosa —se lo dijo en un tono tan gracioso que no pudimos más que reírnos—, porque cuando llegas nos eclipsas a todas, ¿cómo puedes ser tan sexy?

—¿Qué dices? Si vienes impresionante, Olga.

—Que sí, que sí, que me he dejado una pasta en el disfraz y que llevo dos semanas preparándolo. Y seguro que tú no has tenido más que darle una vueltecita a tu cabecita y mira… ¡¡Este es el resultado!!

Lo que hizo fue señalar a Naiara, pero en ese momento se produjo el caos. Ya he comentado la falta de aguante de Olga con el alcohol y una arcada por su parte fue la responsable de aquel caño de vómito que terminó en el flamante vestido de Naiara.

—Ay, por favor, que parece que se me ha venido algo hacia arriba. Y mira cómo te he puesto…

Sin más, se echó a llorar. A Olga nunca la había visto así, pero es que la cara de Naiara no tenía descripción.

—No pasa nada, tranquila.

—¿Tranquila? Te he arruinado el vestido. Y una cosa te digo: me parecerás asquerosamente guapa, lo cual no significa que lo haya hecho adrede, ¿me crees?

—Que sí, que sí, no llores.

—Olga, déjalo, no te preocupes —le comenté también, porque estaba al borde del ataque de nervios, cual si fuera una de las chicas Almodóvar.

—Es que he sido súper torpe, súper…

—No pasa nada, de verdad. Voy a ver qué puedo hacer con mi vestido.

A todo esto, Borja se acercó y cuando vio el plan, casi pota también.

—Olga, bonita, te has lucido —le comentó haciéndose la pinza en la nariz con un par de dedos.

—No me digas eso, Borjita, que estoy a punto de desmayarme.

—Pues si tú estás así, imagínate ella. Ains, pobrecita Naiara.

—Nada de pobrecita, no hay problema —le respondió ella un poco cortante porque no le hizo ni chispa de gracia que se compadeciera.

—Problema no habrá, pero el vestido te lo ha dejado de pena.

—Para pena la que estoy sintiendo yo.

Olga se terminó por echar a llorar ya a moco tendido y le indiqué a Borja que se la llevara para dentro, que nadie la viera así.

—Lo siento mucho, pero me voy a ir —me comentó en cuanto nos quedamos a solas Naiara y yo.

—Te llevo, apenas he bebido.

—No, no es necesario.

—Me dijiste que has venido en taxi, ¿quieres pedir uno de esa guisa? Vas a matar al pobre taxista.

—Ya y no con mis armas de seducción precisamente —murmuró y chascó la lengua.

—Pues no. vaya olorcito…

—Venga, tienes razón en eso. Vámonos ya.

Capítulo 46



Por el camino, la iba mirando de lado. Cierto que el olor que emanaba de su vestido no era precisamente agradable, si bien me daba exactamente igual.

Hubiera sacrificado mi sentido del olfato de ser necesario. Se sentía un tanto incómoda y eso podía entenderlo a la perfección. Llegó impecable a la fiesta y llegaba hecha unos zorros, sucia y maloliente.

Cuando paré en la puerta de su edificio se bajó del coche.

—Gracias, de verdad, muchas gracias…

—Déjame subir, por favor —le pedí en ese instante, sosteniéndola por la muñeca.

—No insistas, debes irte… Vuelve a la fiesta.

—La fiesta no es lo que más me interesa en este momento.

—Vete, hazme caso.

No me dio ni un ápice de esperanza de que pudiese subir con ella. Naiara era así, no sabía de qué me sorprendía. Lo raro habría sido que me invitase.

La vi entrar en el edificio y perderse de mi vista. Me quedé inmóvil, si bien no se volvió para mirarme, eso tan típico que pasa en las películas.

Avancé con mi coche y entonces sucedió algo que interpreté como una señal y es que tuve que pararme porque un coche salía en ese momento, dejando un hueco libre a pocos metros de su puerta.

No me lo pensé demasiado, aparqué y subí. Sabía muy bien cuál era su piso porque lo había visto en la documentación que obraba en mi poder en la oficina sobre ella, la cual repasé como cualquier otra información que viniese de su parte.

Apenas llevaría ella un minuto arriba, porque todo fue muy rápido. Lo peor sería convencerla

de que me abriera la puerta de la calle, pero el destino se alió conmigo y un vecino salía en ese instante, allanándome el camino.

Subí las escaleras hasta el tercero, mi corazón latía con fuerza y no quise esperar al ascensor. Entonces, piqué su puerta y ella preguntó desde dentro, con un ojo en la mirilla.

—Teo, ¿qué haces aquí?

—Naiara, abre, por favor…

Lo hizo. Pensé que le traería más cuenta hacerlo que no dar pie a que algún vecino pudiera oírnos y malpensar, quizás algún vecino que también apreciara a Mark.

—Estás loco, tienes que irte. Esta es mi casa —me dijo tan pronto me abrió.

Pero ese fue el momento en el que no dudé en besarla con rabia, con la rabia que me producía la situación…

Cedió al beso. Por mucho que lo intentase, su voluntad no era férrea y las muchas ganas que también sentía le jugaron una mala pasada.

—No puedes estar aquí, no puedes estar aquí —murmuró.

—Pero si estás sola, Naiara.

—Lo sé, lo sé, pero es nuestra casa. Esto no está bien…

—¿Y lo está que no podamos hacer esto que tanto deseamos? Dime que no lo deseas y me marcharé sin volver a molestarte, te lo prometo.

—No es eso. Sabes que lo deseo, pero no está bien.

Hay tantas cosas en la vida que no lo están…

En cuestión de segundos estábamos en su cuarto de baño, uno inmenso y que me pareció el mejor lugar del mundo en ese instante en el que le retiré su ropa interior y dejé que ella me desnudase también.

Entramos juntos en la enorme cabina de ducha, una que parecía diseñada para que allí pudieran hacerse más cosas que recibir una gratificante ducha.

Naiara abrió el inmenso cabezal y el agua caliente comenzó a correr por nuestras cabezas. Me pareció absolutamente irresistible, puesto que su pelo se fue mojando, dándole un aspecto aún más sexy, si es que era posible.

Su piel mojada me parecía también el lienzo más sugerente del planeta sobre el que dibujar

mis caricias. Mis dedos no podían sino sucumbir a esa tentación e iban trazando líneas sobre ella, todas las cuales me llevaban hacia sus zonas erógenas.

Sus senos constituían otra de esas sensaciones a la que no es fácil resistirse y menos cuando, frente a mí, parecían gritarme que los lamiera. Bajé la cabeza y fui masajeándolos primero con mis dedos para luego dejar que fuese mi lengua quien succionase de ellos, tras haberlos lamido.

En cuanto a mis manos, en ese instante se fueron hacia sus muñecas, funcionando como unas esposas que dejaban las suyas fuera de combate.

Naiara se dejaba llevar por esa sensación placentera que la hacía gimotear primero y luego jadear de placer. Se sacudía como un animalillo en celo y eso hacía que mi virilidad se viniese tan arriba que llamase la atención por su extrema rigidez.

Cuando me pareció que debía sucumbir a la tentación de su mirada, liberé sus muñecas y, mientras seguía probando el sabor de sus senos y recreándome en sus durísimos pezones, ella comenzó a masturbarme de un modo pausado al que iba, poco a poco, imprimiendo ritmo.

A todo esto, nuestros cuerpos empapados se iban uniendo, fundiéndose con ese calor que ambos desprendían y que amenazaba con no permitir que nos volviésemos a separar.

Era lujuria la que veía en sus ojos y la que también salía directa de los míos, en busca de su verde mirada, esa que se me antojaba como la más libidinosa.

La forma de mover su mano sobre mi miembro era absolutamente arrebatadora mientras algunos de mis dedos ya iniciaron la expedición que culminó en el interior de su sexo.

Al mismo tiempo, mi pene se endurecía más y más gracias a esa fricción de sus manos que bien podía hacerlo entrar en erupción, cual si se tratase de un volcán.

Me agaché entonces para lamer primero sus labios vaginales, que fui despegando poco a poco a través de esa raja que conducía a su más llameante rincón, a ese recóndito que terminaría por penetrar, no sin antes lograr que chillara de placer, gracias a esos gemidos suyos que constituían la más sugerente de las melodías.

Cuando hubo explotado, cuando lo hizo entre gritos, la giré. Hice entonces que soltara mi pene o su actuación boicotearía ese intento mío de primera penetración, provocando que estallase.

En ese instante, una de mis manos la tomaba por la cintura, atrayéndola con fuerza hacia mí. Ella colocó las palmas de las suyas contra los baldosines y sacó el trasero hacia mí, ofreciéndome el esplendor de su dureza.

La penetré vaginalmente de inmediato y, mientras que seguía sujetándola con una mano, la otra palmeaba ese duro trasero suyo que constituía la provocación en sí mismo.

—¡¡Más fuerte, dame más fuerte!!

Sus gritos eran contundentes. Se refería a mis embestidas y a la manera de palmearla. Estaba en ello cuando alcancé una cinta elástica que debía ser de su pelo, en una estantería que había colocada dentro de la cabina con decenas de productos de aseo.

Con mis propios dientes la descosí y entonces alcé sus brazos para amarrarlos al cabezal de la ducha.

Vi el morbo en sus ojos mientras dejaba que la aprisionase para mí. La volteé para encararla y la convertí en esa presa que cedería a unos caprichos, los míos, destinados a producir el máximo de los placeres en ella.

Con las manos en alto, volví a penetrarla sin perder el contacto con su verde y chispeante mirada, la cual se volvió aún más viva al contacto con ese dedo mío que iba introduciendo por su canal trasero mientras la embestía por el delantero.

Antes lo había empapado con gel, igual que esos dos dedos que siguieron al primero… Ella se removía y gemía mientras sus muñecas seguían cautivas de la cinta elástica que la dejó a mi entera disposición.

Viendo la forma en la que se regodeaba supe que le iba a pasar de inmediato y, sin sacar mis dedos de su retaguardia, me agaché para comprobar cómo sabía su orgasmo pasado por agua.

Delicioso, así me supo, y no renuncié ni por un instante al placer de paladearlo con lentitud, pues si algo no tenía era prisa, derrochando ganas.

Naiara se retorcía por el placer, de modo que no solo la paladeé, sino que recorrí el interior de su vagina con mi lengua para luego volver a repasar sus labios vaginales y centrarme en su clítoris.

Su mirada verde se achispaba más y más conforme me empeñaba en que ese último, su clítoris, me estallase en la boca de nuevo. Y juro que no paré hasta lograrlo.

Para entonces, la lujuria se había hecho hueco en su cuerpo y parecía recorrerlo de un modo casi eléctrico mientras ella continuaba incrementando el sonido de sus gritos.

Aún acariciaba su clítoris tratando de intensificar su placer cuando le di la vuelta para penetrar ese ano suyo que constituía el más oscuro de los objetos de mi placer.

Lo hice de manera contundente, con mi férreo miembro entrando en ella hasta hacer tope y sin dar la más mínima tregua. Tampoco la esperaba quien me pedía que la traspasase sin demora.

Bombeé en esa prohibida cavidad con fuerza inusitada mientras mis manos iban recorriendo esa fina piel, la suya, que le otorgaba un aspecto sedoso y delicado a su cuerpo en contraste con esa forma de ser que exhibía, que podía calificarse de muchas formas menos de delicada.

Entre gritos, la tomé por el pelo mientras mi miembro la penetraba con fuerza y mis dedos hurgaban en su clítoris para amplificar las sensaciones nerviosas. Naiara estaba increíblemente lubricada y mi fiereza iba a más…

Fue así como llegué al clímax, comiéndole la boca de lado al tiempo que ella gemía y gemía de un modo absolutamente irresistible…

Naiara clavó sus uñas en mí al sentir que me estaba pasando y luego, poco a poco, comencé a salir de ella mientras le daba la vuelta y ya, con menos rudeza y algo más de suavidad, volví a besarla con ansia acumulada.

Capítulo 47



La fui secando poco a poco antes de tratar de llevarla a la cama. Por lo que me contó, Mark no volvía hasta la tarde siguiente y eso provocaba que me sintiese el rey del mundo, deseoso de pasar unas horas más a su lado.

Si hago referencia a ello es porque el tiempo que pasaba al lado de Naiara era como oro molido para mí. Después, las cosas se me torcían y ella se volvía a escapar de mi lado, poniendo distancia entre ambos.

Presintió mi intención de cogerla en brazos y se largó por patas. Ella era así, poco convencional e imprevisible.

Iba unos pasos por delante de mí cuando le hice un barrido y la tumbé en la cama.

—Serás… Tienes que marcharte ya —murmuró.

—¿Y si te doy un masaje?

Le hubiera propuesto hasta venderle mi alma si fuese necesario con tal de que me dejase quedarme un rato más.

Siendo realista, no aspiraba a que me permitiese dormir con ella y mucho menos en la cama que compartía con él, pero era humana y traté de tocarle la fibra sensible.

—¿Un masaje? ¿Sabes darlos bien?

—De maravilla.

La forma en la que arqueó su ceja al preguntarlo me resultó nuevamente irresistible. Naiara lo era en su conjunto. Me tenía rendido a sus pies, una sensación tan novedosa como excitante para mí.

—Está bien, pero solo un rato.

Había encontrado un filón y pensaba explotarlo. Los masajes la tentaban casi tanto como ella

a mí.

No tardó en salir del cuarto de baño con un frasco de delicado aceite en sus manos, el cual puso en las mías, momento que aproveché para darle un beso, ya tumbada en el colchón.

—No tientes a la suerte…

—Te tiento a ti, que me resulta más excitante.

No contestó, simplemente se relajó, dejando que actuase a mi antojo. Qué decir de las sensaciones que me transmitía ese cuerpo suyo, el cual me presentaba bocabajo, dejándome hacer... Pues que mi libido me pedía volver a penetrarla en ese justo instante.

Ahora bien, un trato es un trato y si me había permitido quedarme un poco más era para recibir su ansiado masaje. Otra cosa sería que de él volviésemos a pasar a mayores…

El aceite corría por su aterciopelada piel mientras deslizaba sus manos sobre ella cuando escuchamos aquel sospechoso ruido.

Se puso en alerta de inmediato, volteándose y volcando el tarro de delicado aceite, que no tuve la precaución de tapar, sino que lo dejé a nuestro lado en aquella noche en la que no tuve necesidad de recelar de ningún otro masajista, pues me convertí en el suyo personal.

Sin tiempo de reacción, recuerdo cómo el espeso líquido se fue esparciendo por las finas y elegantes sábanas… La cerradura había cesado de sonar y de pronto eran pasos los que nos anunciaban que alguien venía hacia el dormitorio.

Horrorizada, tan solo pudo tirar de la sábana encimera y cubrir su cuerpo mientras yo me tapaba con mi bóxer, que alcancé a la carrera.

Al menos, Mark no me encontró en pelota picada. La cara del alemán fue de desprecio absoluto cuando nos descubrió juntos en el dormitorio.

Nos miraba alternativamente antes de lanzar un grito en su idioma que ella trató de reprimir, contestándole en ese mismo alemán que también dominaba.

No hacía falta entenderlo para saber que no se estaban dando las buenas noches.

A continuación, se vino hacia mí y poca duda cabía de que lo hizo con la intención de tocarme la cara.

—¡¡Serás hijo de puta!!

Eso sí que lo entendí porque lo dijo en castellano, alto y claro.

—Mark, yo… Lo siento, pero me he enamorado de ella.

No pensaba salir corriendo, no la dejaría allí con él como si no representase para mí más que un polvo. Naiara era mucho más y pensaba defender mi postura.

—¿Enamorado? ¡¡Vete a la mierda, tío!!

—Sí, vete a la mierda —intervino ella, a quien tampoco parecía haberle hecho gracia mi reacción.

—¡¡Maldito seas!! —chilló él y levantó el puño.

No quería que nos matásemos a palos allí mismo y en presencia de Naiara. Además, por mucho que sintiera celos de él, tampoco tenía derecho a pegarle. Si debía encajar un derechazo por su parte, me lo habría buscado.

Terminó por bajar el puño con rabia, sin llegar a tocarme. Sin duda que era más frío que yo. De haberme visto en su lugar, nada habría contenido mi furia.

—¡¡Lárgate de aquí!! —me pidió ella con lágrimas en los ojos.

—Naiara, no quiero que pienses lo que no es. Es cierto que estoy enamorado de ti.

—¿Es que piensas seguir? —saltó él a mi lado cogiéndome por la pechera.

Apenas pude recoger mi ropa del suelo. Vestirme, me toco vestirme en el rellano de la escalera, al que salí en bóxer y a empujones por su parte.

Un espectáculo más bochornoso que ese no lo había protagonizado hasta aquella noche en la que puerta se cerró tras de mí. Naiara quedó tras ella y me fui a por el coche.

De vuelta a casa, pasé por el adosado de Borja y Nico, viendo que ya recogían en el patio, pues eran las tantas de la madrugada.

—¿Una copa más, amigos? —les pregunté asomándome por la verja.

—¿Dónde te metes, cabrito?

—Yo también te quiero, Borja. En realidad, tendría que haberme ido a casa.

—Entra, ¿qué te pasa?

—No quiero aguaros la fiesta, es el cumpleaños de Nico.

—Lo llevamos celebrando desde el finde, estoy ya hasta los huevos de tanta fiesta. Entra, colega —me ofreció su novio.

Les conté al tiempo que se tomaban una última copa conmigo o, mejor dicho, una penúltima,

que lo de la última no suena nada bien y no suele decirse.

—Joder, pues ahora la pelota está en tu tejado. El tío ya lo sabe, veremos cómo reacciona.

—¿Sabéis lo que más me jode?

—Que haya llegado antes de tiempo, obvio.

—Muy agudo, Borja, aparte… Que siento que es muy frío y que quizás la perdone, porque debe estar encoñadísimo con ella. Y encima que Naiara, en ese caso, sintiéndose culpable…

—Se aparte definitivamente de ti, cabe esa posibilidad, sí.

—¿Tú también la ves, Borja?

—Pues sí… Por la razón que sea, ella no quiere dejarlo tampoco.

—Es cierto. Pero siento que lo nuestro no es solo una aventura para Naiara, que para ella no se trata de echar una canita al aire y ya.

—Eso lo dirá el tiempo, colega. De momento, todo se ha destapado y eso es algo con lo que no contabas en absoluto.

—No, no contaba con ello, no…

—¿Temes que le esté montando un pollo de categoría?

Nico me lo preguntó porque leía la preocupación en mis ojos.

—No niego que pueda estar haciéndolo, pero no lo temo porque ella tiene mucho carácter y tampoco dejará que la avasalle. Ese carácter suyo me tiene…

—Te tiene putopillado, colega, así es como te tiene. Vamos a brindar por el amor —me pidió Borja.

—Pero con final feliz para todos.

—¿Lo has dicho tú, Teo? Los finales felices que siempre te han gustado han tenido que ver más con el sexo que con el amor.

—Ahora me ha tocado, amigo. El jodido del Cupido ese, en el que creía menos que en los Reyes Magos, ha debido acribillarme con una de sus flechas como a ti.

—Vivir para ver… Pues que sepas que cuando ese se empeña, se empeña. Que me lo digan a mí.

—Hacéis una buena pareja. Apuro la copa y me largo, que estáis de celebración.

—Te dije que nunca te dejaría colgado por tener pareja, no hay prisa en que te vayas.

—Borja, ¿es que buscas un aumento de sueldo?

—Así de cabrón es, Nico. Y yo lo voy llevando “día a día”.

La imitación que Borja hizo de Rambo me hizo reír en una noche en la que estaba peleado con la risa y en la que mi pensamiento estaba con Naiara.

Al día siguiente era fiesta y no la vería. ¿Qué pasaría con nosotros? Y mientras, en mi piel encontraba su fragancia, la cual sentía como la más embriagadora, como una de la que no deseaba despojarme pasara lo que pasase.

Capítulo 48



A media mañana del miércoles, estaba solo en casa. A Karol se la acababa de llevar mi hermana Olivia, quien me telefoneó para que hiciéramos algo los tres juntos y, al ver que no estaba de humor, me ofreció salir con la niña.

Fue entonces cuando recibí el sorprendente mensaje de Naiara en el que me indicaba que tenía que hablar conmigo.

Me reuní con ella media hora después, con el corazón desbordado y temiendo escuchar que no volvería a trabajar para mí o algo parecido.

Me llamó la atención descubrir una expresión de serenidad en su rostro, como quien se ha quitado un peso de encima.

—Lo hemos dejado, Teo; Mark y yo lo hemos dejado.

—No puedo decir que lo sienta, sería muy hipócrita por muy parte. ¿Te ha plantado él, verdad? —le pregunté con el corazón latiéndome a toda leche.

—No, en realidad he sido yo —murmuró.

Eso sí que me sorprendió porque era lo último que esperaba escuchar.
—¿Tú? ¿Y cómo es eso? No lo entiendo, ¿lo has hecho por mí?

—Siempre deseando que te regale el oído y por una vez no me quedará más remedio que hacerlo, joder…

—No gruñas más y contéstame, por favor.

—Pues claro que lo he hecho por ti, Teo. Y lo que más me cabrea es que, a pesar de la que monté, ni siquiera por esas quería dejarme.

—Bueno, de la que montamos, porque nos pilló a los dos.

—No, nos descubrió a los dos, eso sí. Montarla, la monté yo sola.

Su expresión traviesa me encandiló tanto como me desconcertó.

—Un momento, Naiara, ¿me estás queriendo decir que Mark no nos pilló por casualidad? ¿Que tú lo provocaste todo?

—Bueno, el vómito de Olga no, eso fue fortuito…

—Ya imagino…

—Va, en serio. Su llegada estaba prevista de madrugada, sí… Desde que subiste supe que nos pillaría y lo dejé estar. El único sorprendido cuando Mark abrió la puerta fuiste tú, yo solo lo fingí.

—¿Lo hiciste para que te odiara, es eso?

—Exacto, veo que lo has captado a la primera.

—Querías que te odiase porque de otra manera no te dejaría ir…

—Correcto y ya te digo que ni por esas. Él quería seguir, perdonándome lo de anoche, y ahí he tenido que pararle los pies y decirle que no se equivocase, que para mí no fue un desliz y que no era la primera vez que ocurría.

—Qué ovarios tienes, nena.

—¿Eso de nena va por mí? Porque te puedo lanzar un puñetazo…

—Vale, vale… Lo dicho, qué ovarios tienes…

—Era hora de encarar la verdad. Si está ocurriendo, si ya ha pasado varias veces es por algo. No suelo ser una mujer que esconda la cabeza debajo del ala.

—No, no eres de esas.

—Así que le he dicho que hemos acabado. El piso es mío, así que ahora mismo está recogiendo sus cosas.

Sus palabras me sonaban a música celestial. No por eso, Naiara estaba entera, sino que descubrí que sus ojos se encontraban a punto de empañarse. Y con lo dura que se mostraba siempre, no sería de su agrado que lo detectase, de modo que trataba de evitarlo.

—Me voy a ir ya…

—Naiara, ¿lo que has hecho significa que estamos juntos?

—Poco a poco, Teo, poco a poco.

—Por supuesto, pero ¿aún le quieres?

—¿A Mark? Es que no lo entiendes, lo que le debo es gratitud de por vida, lo cual no significa que no vuelva a sentir. Contigo me está pasando y debo hacerlo.

—¿Y esa gratitud?

—Mark me sacó en su día de un pozo muy hondo en el que me hundí yo sola a consecuencia de una pareja anterior.

—¿Tanto te tocó? ¿A ti?

—Sí, no siempre he sido así como me conoces, aunque no lo creas.

—Creeré a pies juntillas todo lo que me digas, cuéntame.

—Mark me ayudó como nadie y mi lealtad hacia él se supone que sería eterna. Luego llegaste tú y todo saltó por los aires.

—Y eso duele, pese a todo, duele.

—Sí, duele, pero te repito que tengo que seguir viviendo.

—Y no sabes cuánto me alegro de que hayas tomado la decisión de dejarlo. Eres increíble. Gracias por contármelo todo.

Se fue. Venía en su moto y se puso el casco camino de la puerta. Me dejó allí, apenas había probado el café, no se la veía bien.

Lo que más valoré fue su sinceridad. No solo me contó qué era eso tan profundo que la unía a Mark, sino también que orquestó lo de la noche anterior para que nos pillase juntos.

Qué poco sabía cuando estaba dándole ese masaje que su cuerpo estaría en tensión, esperando a que se abriese la cerradura.

Naiara era una mujer segura de sí misma y capaz de hacer cosas que para otras chicas resultarían increíbles, como aquella.

Su moto rugió antes de que ella se marchara calle abajo. Hasta el rugido de esa moto suya me apasionaba.

La situación viró a mi favor sin que tuviese que despegar más los labios al respecto. La sonrisa me salía sola pensando en ella. Era muy valiente, además de sincera, pues le había faltado el tiempo para contarme la verdad. No era de esas personas que se dejaban nada en el tintero, temerosas de que la realidad pudiera hacer que el otro malpensase de ella.

Me sentía inmensamente feliz, así que llamé a Olivia con la intención de unirme a Karol y a ella. Las invitaría a almorzar y, cuando la niña jugase, le contaría a mi hermana el giro de los acontecimientos que me sacó una sonrisa de lado a lado.

Olivia alucinó con cuanto le conté y se alegró muchísimo por mí. A Karol, de momento, no le diría nada porque era demasiado pronto y las cosas irían a su sitio poco a poco, como bien decía Naiara.

Una vez más, me demostraba que no era una loca, sino una mujer con la cabeza sobre los hombros y que pisaba firme, avanzando con paso decidido hacia su objetivo. Y ese era yo.

Capítulo 49



Ya no se mostró más esquiva en los días siguientes, en los que la encontré mucho más cercana y en los que traté de colmarle de las atenciones que me permitiese, sin agobiarla.

El viernes por la tarde me sorprendió con su intención de que cenásemos juntos, a la que accedí complacido.

Olivia, a quien se lo conté, se ofreció a llevarse nuevamente a Karol, para darme la oportunidad de citarla en mi casa, creando un entorno más íntimo y personal.

No puso objeción a ello y eso lo interpreté como un paso más por parte de una Naiara que parecía darlos en la dirección correcta para que lo nuestro comenzase a parecerse a una relación.

Mi ático le fascinó mientras lo fue descubriendo palmo a palmo y, a pesar de que la cena ya estaba dispuesta en el comedor cuando ella llegó, probamos antes la cama que ningún bocado.

En ella, y en mi terreno, jugué con mis propias armas y la esposé al cabecero de la cama con unas esposas.

—No me digas que eso lo has utilizado con ninguna otra porque cuando me sueltes, te las comes.

—Sabía que me saldrías por ahí. Aquí tienes la caja, la acabo de desprecintar.

—Por la cuenta que te trae…

Me ponía muchísimo esa vena suya dura, envuelta en aquel imponente físico que tuve la suerte de contemplar amarrado a mi cama.

De no ser porque la había esposado, y sería de chiste, le pediría que se tocase ella misma, porque era un espectáculo que imaginaba irresistible. En su lugar, y en coherencia con mi decisión, fueron mis dedos los que lo hicieron, recorriendo su clítoris en distintas direcciones hasta que el tinte de sus mejillas y lo agitado de su respiración me indicó lo cercano que estaba a estallar.

No habría cena que me supiese igual de bien que esa esencia que encontré saliendo a gotas desde la rosa en la que se había convertido su sexo.

Naiara no tenía ocasión de masturbarme, pero sí me pidió que acercase mi miembro a su boca, algo que hice con el corazón latiendo a tope y con la máxima de las expectaciones.

Entre sus gruesos labios fue lamiéndome hasta hacer que mi piel al completo se erizase. Las sensaciones que me producía excedían en mucho el ámbito sexual. Cuanto me ocurría con ella se encontraba en un nivel muy superior.

Cuando terminó, sus murmullos y la forma en la que jadeaba mientras me pedía que siguiese me llevaba a un estado en el que difícilmente me sentía capaz de separar la cordura de la locura.

Naiara era puro fuego, un fuego en el que deseaba quemarme sobre un colchón, el mío, que estábamos estrenando aquella noche.

Hubiera dado cuanto tenía con tal de asegurarme de tenerla en ese mismo colchón más noches hasta que llegase a un punto en el que ella misma decidiera quedarse para siempre.

Nunca me había planteado una relación sin fecha de caducidad, una relación que no me hiciese pensar en otra cosa que no fuese la mujer con la que deseaba compartirla.

Con ella esposada, la penetré con la intención de poseer su cuerpo, pero también su alma. Sus jadeos no cesaban y entonces eché manos de un dilatador anal con el que penetrarla también mientras mi pene hacía de las suyas en su cálido y húmedo interior.

Se lo coloqué y aumenté su libido. Ese era mi objetivo cuando estábamos a solas; llevarla a un nivel en el cual solo quisiera ascender.

El placer que le producía era similar al que sentía yo mismo mientras ella disfrutaba de esa doble penetración a la que yo le imprimía un ritmo salvaje.

Mientras, tomé una de esas pinzas para pezones con las que incrementé su placer con unas sensaciones aún más intensas a la par que iba controlando la presión hasta hacerla explotar de gusto una vez más.

No podía renunciar a volver a probarla. Cuando Naiara se corrió, salí de su interior para perderme entre sus largas piernas, las cuales me sujetaban por el cuello. En esa postura me hubiese quedado a vivir, en contacto con su chorreante sexo.

La forma en la que arqueó su cuerpo, la energía de sus gritos y la lujuria de su mirada… Un cóctel explosivo que me tomé sorbo a sorbo previo a esa cena en la que también disfrutamos lo nuestro, puesto tanto sexo nos dio hambre.

Tras ella y, con unas copas en la mano, disfrutamos de la primaveral noche en la terraza, en la que nos tumbamos sobre las hamacas y en la que terminamos haciéndolo nuevamente.

Pese a que fueron unas horas espectaculares, la mayor sorpresa me la llevé cuando accedió a quedarse a dormir conmigo. No lo esperaba y me hizo inmensamente feliz.

Tan sorprendido y contento estaba, que me pasé gran parte de la noche velando su sueño, como si no me pudiese creer que había llegado un momento que ambos nos merecíamos.

Su expresión mientras dormía suponía para mí el mejor de los regalos, mientras mis brazos la rodeaban con fuerza, como queriendo evitar que se marchase una vez más de mi vida.

Volvimos a hacerlo de buena mañana y antes del desayuno, tras el cual se fue a su casa.

Ya me iba dando cuenta de que Naiara no funcionaba bajo presión y de que era mucho mejor dejarla a su aire, de modo que no le dije nada cuando se despidió de mí en la puerta y con un beso.

Ella me volvería a contactar cuando le apeteciese y, aunque esa noche de sábado que pasé con Karol la eché mucho de menos, supe que ella era consciente de lo que pretendía de aquella relación, así que sabría dónde encontrarme cuando quisiera volver a verme. Un mensaje de buenas noches por mi parte y otro de la suya. No me atrevía a desearle que sus sueños fueran dulces temiendo su respuesta, y eso me hizo sonreír.

Capítulo 50



Domingo a media mañana y yo pensando en Naiara. Karol se había empecinado en que preparásemos tortitas y estaba encantado de complacerla.

—Échales el sirope de chocolate —le pedí.

—¿Todo el que quiera, papi?

—Pero sin pasarte…

Estaba escuchando sonar mi móvil y el corazón se me volteaba al tiempo que lo cogía.

—Buenos días por la mañana, preciosa… Perdón, Naiara —corregí con gracia antes de que me diera un tirón de orejas.

—¿Qué se cuece por ahí?

—No vas desencaminada porque nos has pillado en la cocina preparando tortitas con sirope de chocolate. Y no quiero ponerte los dientes largos, pero nos han salido deliciosas.

—Cielos, qué ricas…

—¿Te gustan?

—Me encantan.

—Pues si quieres, ya sabes.

—¿Estoy oficialmente invitada?

—Lo estás y yo estaría encantado si aceptases.

—Pues lo mismo estás de suerte y todo, fíjate.

—¿Lo dices en serio? Vente, por favor.

—Está bien, pero dejadme alguna.

Llegó al poco con su moto. A Karol no le dije nada y cuando tocó el timbre, salió corriendo.

—¿Quién es, papá?

—Es Naiara, hija.

—¿Viene a enseñarme sus trucos de maquillaje? —me preguntó dando saltitos.

—O a comerse tus tortitas, ya veremos.

La peque se quedó perpleja por mi respuesta, aunque estaba tan contenta que intuyo que la habría dejado.

Se fue hacia ella en cuanto entró y la abrazó. Un tanto atónita, le devolvió el abrazo.

—Hola, Karol, ¡¡qué bien huele!!

—Son mis tortitas, te doy unas cuantas si luego me ayudas a maquillarme.

—Está bien, hay trato —le tendió ella la mano.

—Oye, eso que traes puesto, ¿qué es?

—Es el mono de mi moto, para pilotar con menos riesgo.

—¿Tienes una moto?

—Sí, la tengo.

Los ojos de mi hija eran como dos platos mientras la interrogaba.

—Cariño, no atosigues…

—No, tranquilo, que no pasa nada. Sí, mira, Karol, la tengo en la calle, es esta —se la enseñó en su móvil.

—Guauu, pero si es enorme. Creí que sería una Vespa rosa como la de Emily.

—¿Una Vespa rosa? No, ese no es mi estilo, pequeña.

Una vez roto el hielo, hasta la tomó en sus brazos. Eso no lo esperaba y me di cuenta de que había mucha más fachada en Naiara de la que ella pretendía que se intuyese. Lo sospechaba de antes, pero fue la confirmación.

Karol quería hacerla cómplice suya y no dejó de hablarle durante el desayuno.

—Cariño, la estás taladrando y no querrá volver. Sigue comiendo y calla un poco.

—No te preocupes, de verdad, déjala.

Tras el desayuno, hasta bajamos a la calle porque Karol quería ver de cerca la moto y ella le explicó.

—Es una máquina muy peligrosa, pequeña. Ruge y eso la convierte en una fiera… En una fiera que debes domar, pero que puede hacerte mucho daño si te despistas. Eso no lo pierdas de vista.

—Y entonces, si te puede hacer daño, ¿por qué la pilotas?

—Porque me hace liberar adrenalina, me tranquiliza, lo cual no quiere decir que ignore el peligro que supone. Hay que pilotarla con los cinco sentidos, ¿me oyes?

Me gustaba que se dirigiera así a mi hija. Tras verla, nos fuimos a dar un paseo. Naiara se había llevado ropa cómoda con la que cambiarse tras el desayuno, dejando su mono arriba.

Ese detalle también me animó mucho porque me hizo pensar que había venido para echar el día o al menos parte de él, no solo para desayunar.

Llevamos a Karol al parque y allí jugamos los tres a la pelota. Mis ojos la contemplaban atónito, me costaba creer que fuese real y que estaba interactuando así con mi hija.

A la hora del almuerzo, nos dirigimos a un sitio que a Karol le gustaba mucho y que quedaba a media hora en coche de casa, durante la cual charlamos y cantamos juntos en el coche.

El día estaba espléndido y mi niña nos animó a entonar con ella la de “Rayos de Sol” que era una de sus canciones predilectas, pese a que tuviese ya unos añitos cuando ella nació.

De lo más contentos, la cantamos los tres antes de almorzar en ese lugar que era una especie de “Aula de la naturaleza”, donde servían comidas, pero donde también vivían las familias una experiencia pudiendo trabajar en los huertos o cuidar de los animales. Hasta existía la posibilidad de montar a caballo, algo que a Karol le entusiasmó y que no había hecho nunca.

—¿Te da miedo montar? —le preguntó a Naiara.

—¿Miedo? ¿Eso qué es? Hay muchas cosas a las que les tengo respeto, pero el miedo no lo conozco.

Para mí que tenía toda la razón cuando lo decía, no se tiraba el moco ni nada parecido.

Yo me subí en un caballo llevando a Karol conmigo, quien reía emocionada. Naiara montó en

otro y dimos un apacible paseo por los alrededores.

Mientras que lo hacíamos, los rayos de sol provocaban el brillo en su oscura cabellera, haciéndola más atractiva aún.

Definir la felicidad en una imagen podría tener mucho que ver con aquella. Naiara también reía y yo imaginaba que podrían existir otros momentos igual de mágicos que aquel, pero no más.

Me lo había encontrado de la noche a la mañana: un domingo fantástico que no sospeché pasar en compañía de las dos chicas de mi vida.

A media tarde regresamos al ático y allí se volvió a colocar su mono para despedirse hasta el día siguiente. Yo la vería en la oficina, aunque la chiquitina se quejaba de que ella estaría en el cole.

—Te veo muy pronto igualmente.

—¿El siguiente finde? ¿Me lo prometes?

—No se lo prometas porque igual ese no puede ser. Mañana te lo confirmo, ¿vale?

—Papá… —se quejó mi niña y hasta dio una patada en el suelo.

—Karol, las cosas no se piden así. Advertida quedas.

—Pero es que yo quiero ver a Naiara…

Capítulo 51



Sin llamar, para no perder costumbre, Naiara entró en mi despacho a la mañana siguiente.

—¿Qué se supone que haremos tan misterioso el fin de semana que viene?

—Llegas justo a tiempo porque me lo acaban de confirmar. Verás, el jueves tenemos una reunión en Edimburgo y el viernes otra. ¿Te apetece volar?

—Ya te digo que sí, ¿y nos quedaremos el finde?

—Es que he pensado que dado que Borja vendrá con nosotros, podríamos decirle a Nico que se una y disfrutar un poco los cuatro del fin de semana, ya que estamos allí.

—¿Me estás proponiendo un plan de parejitas o me lo parece a mí?

—No te hagas la dura, anda. ¿O qué fue lo de ayer sino un plan familiar?

—Me voy, que tengo mucho trabajo. Que luego el jefe me la lía.

—No lo creo. Además, el jefe no es tan jodido, al menos no ahora.

Mientras se lo contaba, la atraje hacia mí con la intención de darle un beso, algo a lo que puso freno mientras me preguntaba.

—¿Al menos no ahora? Cuéntame eso.

—Hace unos años pretendía ganarme el respeto de mi padre y siento que no fui justo con algunos empleados… A la primera de cambio quería poner orden y más de un grito fuera de lugar di. No me siento orgulloso de ello, así que cuando asumí el mando de la empresa me dije a mí mismo que trataría bien a todos.

Hizo una pausa y no comentó nada más, como digiriéndolo.

—Vale. Bueno, que sigo a lo mío, no sea que te vuelva a sacar la fiera que llevas dentro.

—Tú la que sacas de mí es otro tipo de fiera, ¿seguro que no tienes un rato para que te lo demuestre?

—Ni dos minutos. He dejado al becario solo y no me fío. Es nuevo y no le veo muy espabilado.

—Ok, pero no seas muy dura con él.

—No soy tan capulla como tú, descuida.

Se marchó y me dejó con la sonrisa en el rostro, una vez más. Entonces, llamé a Borja y le propuse lo del viaje.

—Si Nico puede pillarse un par de días, sería ideal, Borja.

—Joder, ¡¡qué buena idea!! Y sí que podrá, le voy a llamar ahora mismo.

Lo hizo desde mi despacho y su pulgar hacia arriba me indicó que ya podía encargarle a Olga que se encargase de los detalles del viaje.

Por cierto, que la pobre Olga no sabía dónde meterse desde la noche en la que le vomitó encima del vestido a Naiara, algo que en el fondo yo le agradecía mucho porque a partir de ahí se desencadenaron los acontecimientos que nos unieron.

Pese a ello, soy de los que piensa que si algo ha de suceder, sucederá. Y que si no hubiésemos acabado juntos a partir de ese instante, habría sido a partir de otro.

El jueves por la mañana volábamos los cuatro hacia Edimburgo en mi *jet* privado. Naiara charlaba animadamente con los chicos y me limitaba a escuchar porque me encantaba comprobar lo rápida de mente que era y cómo encauzaba las conversaciones.

Aquel día, la capital nos recibió con una ligera llovizna, pero que nada tenía que ver con el diluvio que vivimos en Bruselas tiempo atrás. Por tanto, ni se encharcó Naiara al subir al coche que nos esperaba ni tuvo que hacer otro cambio sugerente de pantys no apto para ser presenciado por más público que por mí.

De la reunión nos dirigimos al alojamiento, que estaba en el centro de la ciudad y que se trataba de una gran casa victoriana, dotada de todo tipo de lujos, con la que quise obsequiarles durante nuestra estancia.

Al estar muy céntrica, nos permitiría también salir a tomar algo sin necesidad de tener que coger el coche, moviéndonos con libertad.

Noté el entusiasmo de Naiara por ese tipo de construcción, así como por su ubicación, la cual resultaba estratégica.

La tarde la pasamos en algunos de los puntos más emblemáticos de la ciudad, la cual era Nico el único que no conocía.

Antes de movernos por la *Royal Mile*, tomamos un desvío hacia *Victoria Secret*, ese punto del que todos quieren llevarse un recuerdo a modo de fotografía.

Me di cuenta allí de que la presencia de Borja y de Nico le hacía bien a nuestra relación, en el sentido de que ellos actuaban con mucha frescura y eran muy payasos, algo que contagiaban en parte a Naiara, quien solía guardar más las formas.

Fue en su compañía donde la descubrí posando con la lengua fuera o poniendo morritos.

—No le hagas eso al jefe porque ya le tienes tonto perdido y, al final, se le notará el retraso —le decía mi amigo.

—Bien avispado que es. Consigue lo que quiere poniendo cara de tonto.

—¿Quién ha dicho que yo pongo cara de tonto?

—¿Yo? ¿Pasa algo?

—Nada, letrada. Absolutamente nada que objetar.

—Muy bien, me creía.

Era de lo más divertido. Estar allí con todos ellos lo era. Cenamos y tomamos unas copas en un típico pub escocés antes de volver a la casa esa noche. Allí, pese a que debíamos madrugar, volvimos a dar rienda suelta a esa pasión que nos salía a borbotones cuando estábamos juntos.

No fuimos los únicos, ya que no contábamos con lo escandalosos que podrían llegar a ser aquellos dos, lo que causó nuestras risas.

Durmiendo a su lado me volví a sentir inmensamente feliz. La única pega era que me desvelaba, pues tanta era mi ansia por observarla en la penumbra, que me costaba enganchar el sueño.

Al día siguiente se celebraría la última de las reuniones y nos quedaría un fin de semana completo para pasar juntos. Tenía la sensación de que, una vez que pasase, volveríamos reforzados a casa.

El “poco a poco” que me pidió Naiara no estaba resultando tal, pues realmente íbamos a un buen ritmo, a uno que aceleraba mi corazón cada instante que pasaba a su lado.

Capítulo 52



Viernes al mediodía y con increíbles ganas de celebrar.

—Todo ha salido a pedir de boca, así que ahora vamos a mover el bigote, chicos, que me muero de hambre.

—Nico, suerte que no has de mantenerlo tú, porque mi amigo es capaz de comerse a una vaca por las patas.

—Soy más de toros, pero vale…

Camino del restaurante, pasamos por la puerta de una joyería en cuyo escaparate se observaban preciosidades. Algunas eran muy finas, si bien noté que a Naiara los ojos se le iban hacia un árbol de la vida con un cordón de cuero.

Pese a que era elegantísima, también le encantaba ir de sport y con ese tipo de complementos, de cuero y demás.

No lo dudé, entré y salí con él en la mano mientras ella se entretuvo hablando con los chicos, ya que le hice un gesto a Borja para que le diera palique, el cual captó al vuelo.

Cuando salí, me coloqué detrás de ella y se lo puse directamente en el cuello.

Asombrada, lo palpó y lo reconoció. A continuación, miró al escaparate y vio cómo las manos del joyero reponían la vendida pieza por otra.

—Gracias, muchas gracias. Lo estaba mirando y…

—Y como este empanado no deja de mirarte a ti, se ha dado cuenta. Y entre Nico y yo, te hemos dado coba.

—Ya te ha hecho un resumen Borja. Luego me asombro cuando mi hija me llama cosas así.

—¿Empanado? Si te lo digo en plan cariñoso. Ains, eres más tonto…

—A eso le llamo yo respetar a un jefe.

—¿A que sí, Nico? Cuando Borjita coge confianza, se nota. No quiero pensar las cosas que te llegará a decir a ti.

—No, no, las pamplinas esas las reservo para ti.

—Menudo privilegio…

Sí lo era la cara con la que me miraba Naiara. Se había quedado un tanto cortada, pero también encantada con el gesto.

No se quitaría el cordón en el resto del fin de semana salvo para estar en la casa, como comprobaría en los siguientes días, pero aún estábamos en viernes y tras el copioso almuerzo quisimos hacer un bonito plan de tarde.

Como Nico no estaba familiarizado con la zona, a todos nos pareció bien visitar el Castillo de Edimburgo para que se llevase el recuerdo.

La primera vez que estuve en él, fue muchos años atrás, de chaval y con Borja, en un viaje de estudios en el que ligué con una exquisita pelirroja que no era más que una chiquilla como yo, y él se quedó pillado por un gaitero de unos 25 (súper mayor para nosotros entonces) del que no paró de hablarme durante todo el viaje.

Les contamos la anécdota a los otros dos, que hacían bromas.

—Sí, lo peor fue que a consecuencia de eso, a Teo le dio por llamarme soplagaitas y la bromita duró años. Luego dice que soy cansino, pero le tendríais que ver a él cuando coge una canción.

—¿No me digas? No me había dado cuenta de que es un tanto obsesivo.

—¿A que no, Naiara?

—Nada de nada, lo disimula muy bien…

—Nico, únete tú a mí, que me la están dando mortal.

—Lo siento, pero creo que tengo más posibilidades de salir invicto si me sumo a ellos, no te lo tomes como algo personal.

—Otro cabrón…

—Espero que no, que mi Borja solo tiene ojos para mí, ¿o no es así?

—Claro que sí, pichoncito mío.

—¿Le has dicho pichoncito mío? Munición de la buena para otros cuantos años más me acabas de dar. Creo que es esta tierra, que me trae suerte.

—¿Y yo qué te traigo?

—¿Tú, preciosa? Tú me traes… Uff, tú eres demasiado.

Llegamos al castillo y no podía dejarla sola ni un momento. Y eso que ella no era tan empalagosa conmigo. Sentía como si se me pudiese perder en cualquier momento y luchaba contra esa sensación atrayéndola hacia mí.

El icónico castillo se alza en lo alto de una colina cuyo nombre es *Castle Rock,* todo muy evidente y sin ninguna posibilidad de pérdida para el visitante.

Se trata de uno de los símbolos escoceses que no te debes perder. Para visitarlo, no solo hay que ir ascendiendo hasta llegar a él en lo que es un trayecto cuesta arriba, sino que, una vez que llegas a él, los desniveles continúan.

Por suerte, y dado que la lluvia se intensificó un poco, no nos lo encontramos demasiado masificado. Y al final el tiempo mejoró, lo que nos permitió recorrerlo con mayor facilidad.

El recorrido me resultó fascinante, igual que en otras ocasiones, si bien mi sensación de bienestar era mucho mayor al lado de Naiara, quien mantenía el silencio para que Nico pudiera escuchar las explicaciones del elocuente guía.

No se trata solo de que Escocia sea tierra de mitos y leyendas, sino también de que los escoceses se meten mucho en el papel a la hora de hablar de todo lo concerniente a sus ancestros. Y el relato en boca de ese hombre adquiría una dimensión sobrenatural en lo relativo a cómo se forjó la historia en torno a aquellos imperdibles muros.

Como curiosidad, nos contó la rocambolesca historia de cómo en aquel castillo llegó a vivir ¡¡un elefante!!

Que los escoceses están hechos de una pasta especial es algo que a nadie le sorprende a estas alturas, pero anécdotas como esa lo refuerzan.

Nico alucinó al saber (como hicimos todos la primera vez que nos lo contaron) que el Regimiento número 78 de *Highlanders*, volvió en 1838 de Sri Lanka con una animal nada visto en tierras escocesas y de imponentes dimensiones, cual es un elefante.

Para rizar el rizo, nos contaron también que el elefante acudía con su cuidador a la cantina, donde el hombre bebía cerveza hasta perder el sentido, para luego acabar dormido en los establos en compañía de su fiel paquidermo. Una historia de esas que apenas podrías creer de no ser porque se conservan evidencias.

Capítulo 53



El sábado lo pasamos también de muerte… Nos levantamos tarde tras una noche de borrachera y comenzamos a movernos de nuevo por los alrededores de la ciudad.

Por la noche, nos corrimos otra juerga en la que nos apostamos con el juego de los dados que el perdedor tendría que sacar a bailar a un rudo *Highlander* con kilt en el pub en el que estábamos ¿y a quién le tocó? Pues a mí…

Para qué contar las caras de los otros tres. Ninguno de ellos habría tenido objeción a la hora de hacerlo, ¡¡y me tocó a mí!! Pues nada, que ellos elegían y apuntaron al que tenía más pinta de bruto.

En principio, el tipo no daba crédito, pero para mi suerte, su fama de rudos no lo es tanto y, al final, entró al trapo y sin tocarme la cara, que era otro riesgo que corría.

Los chicos alucinaron, claro que no se habían percatado, entre la mucha gente que había, de que le di un empujoncito al *Highlander* con un buen puñado de billetes. Por fortuna, no era de su gusto y tan solo bailó unos segundos conmigo, no decidiendo devolverme el empujón.

En fin, que caímos en la cama a las tantas y noté que Naiara no se encontraba demasiado bien, por lo que prescindimos de las relaciones esa noche.

La vi levantarse varias veces al baño y la pobre no tenía muy buen color.

Por la mañana, no hacía falta que nadie la diagnosticara.

—Maldita sea, tengo una cistitis como un camión de grande —me decía desde el baño.

—Buah, y es muy molesto, ¿a que sí?

—No te imaginas cuánto. Lo bueno es que sé qué debo tomar. Lo malo, que requiere receta. No debí salir sin un par de sobres de casa.

—¿Y cómo lo ibas a saber?

Le hablaba a través de la puerta del cuarto de baño porque ya no podía ni levantarse del wáter. Cada vez que lo hacía, sus ganas de orinar iban a más.

No había tiempo que perder. Se vistió y la acompañé a un centro de salud donde el médico de cabecera la derivó al ginecólogo.

Ella estaba muy nerviosa, porque ya llevábamos allí un rato, y pese a tratarse de un centro muy prestigioso, la cosa no iba precisamente rápida.

—Estudiar un puñado de años para decirme que si es cistitis lo tiene que decidir el ginecólogo. Te juro que no lo entiendo. Menudo cabreo tengo…

—Qué se va a hacer. Será que los escoceses son más desconfiados que nosotros.

—Será que son unos soplagaitas como Borja.

—La que le di al pobre. Mira, ya te llaman.

Se levantó con la intención de entrar rápidamente en la consulta. Cierto que no era nada grave que requiriese de mi presencia, por lo que me paró en seco en su puerta al comprobar mi decisión de acompañarla.

—¡¡Echa el freno!! ¿Tú a dónde vas?

—Mujer, pues a acompañarte, como no te encuentras bien…

—¿Tú me puedes recetar? Porque si no, ya te estás sentando.

—Ok, ok.

Menudo cabreo tenía con las ganas de pis esas. Me quedé al lado de la puerta abriendo un mensaje que me acababa de llegar por parte de Marta, quien estaba con Karol en casa de mis padres, donde se quedó mi hija esos días.

Sonreía con la foto que me envío de ambas haciendo el ganso cuando escuché que Naiara se comenzaba a poner nerviosa debido a las muchas preguntas del ginecólogo, muy empeñado en llegar al fondo de la cuestión.

Estaba a punto de sacar la artillería pesada. Ese hombre no la conocería, pero yo sí.

—Vamos a ver, porque no lo entiendo, si en España me dan la receta y ya, en cuanto refiero los síntomas…

—Pues entonces, vaya a España a por ella. Aquí le haremos una analítica que determine si es una cistitis o no.

—La leche que le han dado…

—¿Cómo dice?

—Que vale, que sí, pero que sea rapidita, por favor.

—Y tiene que rellenar este documento con su historial clínico.

—¿Qué dice? Si aquí hay más preguntas que en mi examen de Acceso a la Abogacía. Me estoy mareando con tanta letra, ¿no ve que me lo hago encima?

—Pues entonces, responda, yo iré tachando las casillas.

Comenzó a preguntarle y me imaginaba sus ganas de hacerle una cara nueva a un ginecólogo que lo hacía con toda la parsimonia.

Antecedentes familiares y un buen montón de cosas similares, unido a número de intervenciones quirúrgicas, por ejemplo. Yo lo escuchaba a través de la puerta.

—Operaciones en sí, como tales, no he sufrido.

—¿Y abortos? ¿Algún aborto?

Esperaba una negativa de su boca cuando escuché que hizo una pausa.

—Sí, dos, ¿podemos terminar con el interrogatorio ya por favor?

—A decir verdad, aún no. ¿Fueron naturales o provocados?

—Naturales —contestó con absoluta desesperación.

Me quedé de piedra. No me había comentado en ningún momento que hubiese estado embarazada, pero es que no hizo referencia a un aborto, ¡¡sino a dos!! ¡¡Y naturales!!

Cuando a los pocos minutos salió con el tarro en la mano, para dirigirse al baño, farfullaba frases ininteligibles dirigidas al ginecólogo.

Me aparté de la puerta y no me di por enterado. Ella podría acusarme de haber estado espiando y no era el caso. Si lo escuché, fue de casualidad.

Cuando comienzas con alguien, poco sabes de sus heridas… ¿De quién serían esos bebés malogrados? ¿Del tipo que le hizo daño o de Mark?

Me comencé a obsesionar con la respuesta y con el motivo por el que no me lo hubiese contado aún. No solo soy obsesivo, sino también impaciente. Lo más probable sería que Naiara necesitara tiempo para abrirme más su corazón y hablarme de ese par de episodios de su vida que

no debieron ser precisamente agradables. Pero, como digo, soy impaciente, y no me agradaba que ese momento no hubiese llegado aún.

“Poco a poco” me repetía a mí mismo mientras el ginecólogo, por fin, expidió la dichosa receta con la que nos dirigimos a una farmacia. Unas horas después, camino de casa, ya se sentía más aliviada. Y yo más curioso.

Capítulo 54



El lunes se lo di libre tanto a Naiara como a Borja. Regresábamos cansados y, además, que ella debía recuperare un poco antes de emprender sus tareas cotidianas.

Me pasé por su casa a verla y a punto estuve de meter la pata diciéndole que había escuchado tras la puerta. Bien sabéis que ocurrió de un modo fortuito, lo cual no quiere decir que una mujer con tanto carácter como ella fuese a tomarlo bien.

En lugar de eso, utilicé una estrategia. Me había cuidado bastante de que ella me notase extraño desde que conocí la circunstancia, por lo que disimulé a la perfección.

Sentado a su lado en su sofá, comencé la conversación que me llevaría a saber si estaba o no por la labor de ser sincera conmigo.

La estaba abrazando y tomé su mentón, el cual giré ligeramente para que me mirase.

—Entonces, ¿bastante más aliviada ya, bonita? —le pregunté.

—Sí, sí, mucho mejor. Esto de la cistitis es mortal, te ataca fuerte, pero también se combate genial con los antibióticos. En cuanto te dan el específico, enseguida te recuperas.

—Lo digo porque, si no es así, te puedes quedar en casa mañana también.

—No, no es necesario, gracias. Y menos con el cerro de asuntos que debo atender. Me estresaría muchísimo, aunque te lo agradezco.

—Nada que agradecer, no hay ningún problema. Oye, Naiara, quería hacerte una pregunta, si no es molestia.

—Pregunta. Total, ¿qué te puede pasar? Si no me gusta, con darte de puñetazos —rio.

—Así me gusta, que me respondas con suavidad a las cosas.

—Si quieres a una mujer que sea suave como el culito de un bebé, búscate a otra, Teo. Ya sabes que no soy esa.

—Ya, ya, no busco a nadie que no seas tú.

—Vale.

—Pero oye, una cosita.

—Dime, ¿qué te pasa?

—Que me preguntaba algo…

—Desembucha, que te veo alma de entrevistador hoy.

—Es que una vez, bromeando, me dijiste que no tenías ni la más mínima intención de reproducirte. Lo soltaste ahí a lo burro.

—Sí, sí, como suelto las cosas. Es así, no la tengo —asintió.

—¿Y no la tuviste nunca?

—¿A qué viene esto, Teo?

—Simple curiosidad. No sé, quizás al estar en la consulta del ginecólogo me dio por pensar en cosas.

—¿Cosas de las que me estoy imaginando? Creí que tu mente era calenturienta, no que diese para tanto.

Su postura corporal había cambiado. De estar apaciblemente apoyada sobre el respaldar del sofá, se echó hacia delante, un tanto agobiada.

—En realidad, sí, se me pasan cosas por la imaginación —proseguí dando un rodeo hasta llegar donde quería.

—Sigue.

—Que quizás tú y yo, el día de mañana…

—No, no, que se te quite de la cabeza, pero ya.

La noté un tanto molesta, pero quizás fuera el momento de seguir metiendo los dedos para obtener algún resultado.

—Ok, ok… Es que como he visto que con Karol te llevas, pese a todo te llevas…

—Pues no por eso pienses que todo va a ser jauja.

—Está bien, está bien… Si te he molestado, te pido sinceras disculpas.

—No me has molestado, Déjalo ya, venga.

—Solo una cosa más, ¿eso lo has pensado de siempre o es una idea que apareció después en tu vida?

—De siempre, joder, ¡¡que yo no quiero tener hijos!!

Me lo soltó casi con ira y me dio mucho que pensar. Si no quería tener hijos, ¿a santo de qué esos dos abortos que fueron naturales? Vale, que pudo quedarse traumatizada después de ellos y no querer volver a intentarlo, pero ni siquiera me reconocía que en un momento de su vida sí que estuvo embarazada… No, en uno no, sino en dos, y era evidente que pensaba seguir adelante con su estado, puesto que los abortos no fueron provocados.

Envuelto en un mar de dudas, cerré el pico porque Naiara era muy inteligente y, si seguía, se daría cuenta de que algo estaba sucediendo en mi cabeza.

Era así, no lo voy a negar. Sus respuestas me habían descolocado por completo. Aspiraba a que hubiese sinceridad entre nosotros.

No soy un iluso y, por tanto, no pienso que cuando comienzas una relación tengas que confesarle al otro cuanto ha acontecido en tu vida, pero sí hablarle de los episodios principales y, si aún no has reunido el valor para ello, al menos no mentirle si aborda el tema.

En los siguientes días, no me encontraba bien. Mi relación ideal con ella parecía cojear, no me sentía seguro. Ni siquiera el hecho de que se uniera a Karol y a mí en ciertos planes del finde me quitó esa idea de la cabeza.

No sabía qué pensar al respecto y, si le decía la verdad, que tenía más información y cómo la había obtenido, se mostraría recelosa de mí y puede que hasta ahí llegásemos.

Lo comenté con Borja, pues con él me mostré bastante dubitativo y me aconsejó que tuviese paciencia, que quizás se vio acorralada por mis preguntas y que no estuviera preparada para hablarme de alguna verdad dolorosa de su vida.

En ese sentido, a la hora de dar consejos, mi amigo siempre se mostró muy juicioso y me fue genial cuando los seguí.

Traté de apartar el tema de mi mente. No me era fácil y, aun así, debería darle tiempo al tiempo, como se suele decir. Esperaba que mi querida Naiara no me hubiese mentido adrede porque el final de mi relación con Amanda estuvo marcada por la mentira y me dejó un regusto más que amargo en la boca, uno que no estaba dispuesto a volver a saborear.

Le pedí al universo que me enviase alguna señal de cómo era realmente la mujer a la que amaba y de la que me declaraba totalmente enamorado.

Capítulo 55



En la siguiente semana, una mañana recibí una llamada de mi hermana Olivia. Quería verme para tomar café y, a poder ser, con cierta prisa, algo que me alarmó, puesto que pensé que pudiese necesitar mi ayuda en algún tema importante.

Me reuní con ella una hora después, dejando bastante trabajo sobre la mesa de mi despacho. Se me estaba acumulando porque la cabeza no la tenía del todo en mi sitio, como me solía decir Borja en aquellos días.

Nada más sentarme enfrente de ella en la mesa de la cafetería en la que ya me esperaba, supe que aquello que tuviese que contarme no me iba a gustar. Lo que ignoraba es que no tuviese nada que ver con ella.

Olivia, de hecho, me cogió las manos. Cuando mi hermana se mostraba así de cercana quería decir que venía alguna noticia que me iba a doler.

Enarqué una ceja ya de comienzo, tan temeroso como preocupado, y entonces me habló.

—Siento pillarte así de sopetón, cariño, pero es que hay cosas que…

—Sin paños calientes, Olivia, ¿estás metida en algún lío? Dime que no tiene que ver con Mateo, que ya está bien con el tío este.

—No, no tiene nada que ver con Mateo, pero sí con Amanda.

—¿Con Amanda? De esa quiero saber todavía menos, que no hace más que montar pollos. Si las cosas le van como el culo, que se aguante, que cada palo aguante su vela.

—Sí que le van mal, te lo comenté. Está entrando en barrena y, por lo visto, encima ha tenido un problema bucal estos días, así que esta mañana estaba esperando a Daniela con un flemón tremendo, a primera hora en su consulta. Quería ver si la podía atender de urgencia.

—Daniela, la pobre mía, no creo que se negara, pese a ser Amanda. Es como una ONG. Por cierto, que también… Espera, ¿esto no tendrá nada que ver con Naiara? Lo digo porque Daniela le ofreció hacerle un tratamiento a cambio de su defensa y resulta que ha acudido justo esta

mañana.

—Pues sí… Lo que son las cosas. Han coincidido allí.

—¿Y a Amanda le ha dado por increparla? No, calla, si no sabe quién es…

—Sí que lo sabe, no seas ingenuo. Tenéis muchos conocidos comunes y, además, que las fotos de la fiesta de papá se publicaron por todos lados. Y con las ganas que tenía esa de saber con quién andabas enredado lo descubrió en cuanto te vio bailando con ella. No lo puedes disimular cuando estás a su lado.

—Ya, ¿y?

—Pues que indagó, porque ahora las cosas le van mal y tiene más tiempo libre del que desearía, y le comentaron que Naiara tenía pareja.

—Y se hartaría de reír, con lo mala que es.

—Sí, sí… Os tenía fichados a todos, moviendo hilos en la sombra.

—Es mala de condición, lo es…

—Pues sí que lo es… No te digo más que se han enzarzado en la sala de espera, y hasta Daniela ha tenido que intervenir.

—¿Qué me dices? ¿Amanda le ha tocado las narices a Naiara? Pues no la conoce. Aparte de que no es la clásica chica que intervendría en una pelea a tirones de pelos. Es una campeona y…

—No, despreocúpate por eso, Amanda ha aprovechado para tocarle las narices y chantajearla, pero no así. Por lo visto, le ha dicho que menudo encuentro tan interesante, que justo estaba por llamarla porque tenían que hablar.

—¿Hablar ella con Naiara? ¿Para chantajearla? A Amanda hace tiempo que le falta un tornillo y no hace nada porque se lo coloquen.

—Verás cómo ha sido la cosa. Daniela estaba con una higienista dándole unas instrucciones cuando ha escuchado jaleo en la sala de espera y ha salido del tirón, pero al oír esas palabras, se ha quedado en el pasillo empapándose de todo. Y lo que ha escuchado no sé si te va a gustar, Teo.

—¿De qué hablamos exactamente?

—Amanda le decía a Naiara que, o le entregaba 50.000 euros, o te contaba algo de lo que se había enterado…

—¿De qué se ha enterado esa arpía?

—De que su exnovio, Mark, no es tal…

—¿Que no es su exnovio? ¿Quieres decir que Naiara sigue liada con él?

—No, no es eso.

—Explícate, por favor.

—Que ese hombre nunca fue su pareja, que se trata de una persona que trabaja en una agencia de modelos como chico de compañía. En su caso, ya en la cuarentena, pero que el tío está para mojar pan. Por eso debió escogerle Naiara, porque con su edad, similar a la tuya, daba apariencia de relación sólida.

—No puede ser… Es que no le encuentro el sentido.

—Yo tampoco. Y te juro que me he roto la cabeza, ¿por qué habría hecho Naiara algo así? No lo puedo entender.

—Ni yo…

—Debes enterarte, Teo. Naiara no es quien dice ser… Al menos no te está contando la verdad sobre su vida, ¿qué sentido tiene que te mintiese sobre su relación?

—No tengo ni la menor idea, Olivia. Lo único que sé es que me voy a enterar. No es la primera vez que me engaña con algo, ahora lo veo claro.

—No tienes más opción que esa. Está metida en tu vida y, lo que es peor, en la de Karol. Debes proteger a tu hija y a ti mismo.

—Lo haré, te lo prometo.

—Por favor, en cuanto sepas algo, me dices.

—No lo dudes. Y una cosa, Olivia, sé discreta, por favor. Esto lo voy a hacer a mi manera.

—Mis labios están sellados. No le diré nada a nadie y la buena de Daniela tampoco, yo me encargo.

—Gracias, hermanita. Para ser la última que llegaste a nuestras vidas, nos sacas de muchos marrones.

—Es que la que vale, vale…

Me quedé abatido cuando Olivia se marchó y llamé directamente a un conocido que era detective privado. Aceptó ayudarme y se puso en ello de inmediato. Mientras, no le diría ni media a Naiara. Si ella estaba moviendo sus hilos en la sombra, yo movería los míos.

Capítulo 56



Mi conocido era un máquina y ya me había ayudado en alguna ocasión en asuntos referentes con ciertos clientes. No tardó en tirar de la manta, porque la tarde siguiente ya nos reunimos y me contó.

—Su identidad es cierta, así como su brillante currículum. Lleva años destacando como abogada y su profesionalidad está fuera de todo lugar. Ahora bien, debes conocer un dato sobre ella que te estremecerá…

—Dímelo, por favor.

—Hace unos años, cuando era muy jovencita, se iba a casar con Samuel Álvarez, ¿recuerdas a ese chico?

—Cielo santo, ¿no fue el que se suicidó? Mi empleado…

—El mismo. Lo recuerdo porque lo hablamos una de las veces que nos vimos.

—Joder, joder, joder…

—Y hay algo más… Cuando Samuel murió, Naiara estaba embarazada y a los pocos días perdió el bebé.

—No me lo puedo creer, David (le nombré porque así se llamaba el detective, creo que no lo he dicho antes), recuerdo que la familia de Samuel especuló con que se había deprimido a raíz del despido cuando lo cierto es que el chaval ya no hacía ni el huevo y su rendimiento cayó en picado. Recuerdo también que tuvimos una discusión en mi despacho porque…

—Me lo contaste, porque no estaba de acuerdo con el despido.

—Y yo, que entonces estaba un tanto subido, le di un par de gritos… Cuando sucedió lo que sucedió, lo lamenté mucho. Pero ya estaba hecho. Y el despido fue procedente, nunca le hubiera hecho una jugarreta.

—Naiara no debe pensar lo mismo.

—Joder… Es de peli de miedo.

—Sí, sí, rollo "La mano que mece la cuna", aunque tú no tienes un bebé.

—Eso da igual, tengo a Karol, ¿y si planeaba vengarse en mi hija? Pero el caso es que Naiara me ha ayudado…

—Se ha ido ganando tu confianza, es cierto, poco a poco. Pero no es oro todo lo que reluce tampoco.

—Cuéntame, por favor.

—Me comentaste que te había ayudado a negociar con Diana, la madre de la niña, que hizo que saltara la liebre y que retirase la demanda, ¿no es cierto?

—Cierto…

—Una patraña de pe a pa.

—Pero Naiara me ayudó, eso es verdad… Nadie me lo puede negar porque cuando comenzó a trabajar para mí ya me había encontrado con Diana en Londres y la espada de Damocles pendía sobre mi cabeza.

—Porque Naiara hizo que pendiera. Todo lo relativo a ese asunto se lo fue inventando para hacerte más y más débil y para que al final, cuando Diana retirase la demanda, la consideraras tu mejor aliada. Fue ella quien buscó, antes de acercarse a ti, a Diana y le ofreció un dinero por hacerte ver que pretendía tener derechos sobre Karol.

—No puede ser, no puede ser.

—¿Y lo de su novio por papeles y la testigo enfermera?

—Todo inventado también. No hay nada de eso.

—¿Y el encuentro con ella en Londres?

—Pactado. Naiara seguía tus pasos allí a través de un detective que le pasó a Diana la ubicación de donde debía encontrarse contigo.

—Me estoy quedando muerto.

—Y no es para menos, no lo es…

—Joder, joder, joder… ¿Y cómo has logrado que Diana confiese?

—Previo pago de su importe, por supuesto. Te va a costar lo tuyo.

—Gracias, David, eso me da igual.

—Pues me alegro, porque he tenido que ofrecerle una pasta para que hablase y ahora se la debemos. Si aceptó a cantar por adelantado es porque sabe que por preservar la seguridad de Karol harás lo que haga falta.

—Pagaré lo que sea siempre que desaparezca de mi vida.

—Ok, me encargaré de buscar un buen abogado que se encargue de eso.

—Ok, porque yo me acabo de quedar sin la mía.

—Lo siento. Debes librarte de esa mujer cuanto antes porque debe ser muy peligrosa. Si ha montado todo este tinglado solo por acercarse a ti, no me imagino qué no será capaz de hacer.

—Tienes toda la razón. Muchas gracias, David.

Volví caminando hacia mi despacho. Naiara se encontraba en el suyo. En cuanto llegase, y para no montar el escándalo allí, le pediría que me acompañase a algún sitio.

Cuando entré, Olga me tenía una noticia que le había extrañado.

—¿Por qué me miras con esa cara? —le pregunté.

—Porque Amanda ha estado aquí, Teo.

—¿Amanda ha estado aquí? ¿Y ya se ha ido?

—Sí, hace tan solo un minuto. Naiara se la ha llevado a la calle. No sé qué pretende tu ex, pero si quieres mi opinión, haces muy buena pareja con Naiara, no dejas que nadie te la destroce.

Estaba muy equivocada Olga. Amanda no había sido lo mejor que pasase por mi vida, pero lo de Naiara era de locos.

¿Cuánto tiempo llevaba planeando venganza? ¿Qué oscuras intenciones la llevaron hasta mí?

De pronto lo entendía todo… Sus idas y venidas cada vez que nos acostábamos no eran más que una forma de irme enganchando más y más a ella, igual que lo de que andaba emparejada, hasta que se inventó eso de que Mark nos pilló. El tío era buen actor también, me la colaron totalmente. Y entonces ella me dijo que lo había dejado por mí, que él no quería, pero que dio el paso igualmente. Y si ya me tenía en el bote, no digamos en ese momento.

Me había manipulado desde el principio. Era obvio que ya no me la daba. Cómo disfrutaría aquella negociación en la que representaba a Alejandro Carrasco… Todo por acercarse a mí, por enseñarme los dientes para que la contratase.

Debía estar enterada de que Alfonso, mi antiguo abogado, flaqueaba, y era hora de entrar en acción. Luego la vi con él en el club y más deseé tenerla de mi parte.

Su juego de seducción fue impecable desde el principio. También apareció aquel día en el centro comercial, cuando yo estaba solo almorzando mientras mi niña se encontraba en el cumpleaños.

Los niños, esos que decían no gustarle, cuando estuvo embarazada dos veces. Qué horror todo… aunque lo que sí me pareció cierto fue el interés que se tomó cuando el sangrado de Marta. Se pondría en su piel…

Todo esto lo pensaba mientras corría veloz hacia la calle. Tampoco deseaba que Amanda se saliera con la suya y que Naiara le pagase. Pero si era peligrosa y podía ser el caso, lo mismo trataba de quitarla de la circulación en vez de ceder a su chantaje.

Había sabido muy bien acercarse a mí. Además, le vino de perilla tanto el poder ayudarme con el tema de mi hermana Daniela, enchironando a Valentino, como el poder brindarme su compañía mientras estaba preocupado por Marta.

Eso había sido un plus del destino, un plus que sumar al trabajo que desempeñó, que fue de locos…

Todo, todo me cuadraba. Me dijo que llevaba unos años en el Jiu Jitsu, también eso debió hacerlo para que tuviéramos algo en común, algo más, para atraerme tan poderosamente como lo hizo. Y ya para rizar el rizo, sabía que incitándome a pedirle matrimonio a Amanda, cabía la posibilidad de que luego la otra atase cabos y me mandase a paseo, ridiculizándome. Si a esas alturas hasta debía saber que estaba liada con Mateo y que me lo espetaría en toda la cara.

Joder, joder, tremendo lío todo aquel que revoloteaba por mi cabeza cuando las vi a las dos entrando en el coche de Naiara, el cual estaba poniendo en marcha con a saber qué intención… A su lado, Amanda me terminaría pareciendo una hermanita de la caridad.

Capítulo 57



Me puse delante del coche. Un tanto osado por mi parte sabiendo las ganas que Naiara debía tenerme, pero es que no pude hacerlo de otra manera.

—¡¡Para, para!!

Al hacerlo, Amanda se bajó de inmediato, con una sorna impresionante en la voz, y me habló.

—El que faltaba, ¿ya te has enterado? Joder, Teo, no se te va una…

—Ojalá, Amanda. Échate a un lado, por favor. Y lárgate de aquí.

—De eso nada, esta y yo—señaló a Naiara—, tenemos un asuntillo pendiente que no voy a dejar pasar.

—Puedes irte porque ya sé que Mark no era su pareja, sino un novio por contrato, de manera que te largues por donde has venido.

Se le cayó la mandíbula en ese momento. A mí me hubiese pasado igual. Aparte, su gozo a un pozo, porque se había quedado sin argumento para recibir su dinerito.

—¡¡Eres un maldito, Teo!!

Mientras lo exclamaba, golpeaba mi pecho con sus puños. Lo hacía con furia. No por eso me dolía en absoluto porque Naiara me miraba confundida y eso sí que me dolía; el engaño por parte de aquella de quien estaba tan enamorado.

Amanda terminó por salir corriendo y Naiara me invitó a que entrase en el coche. No sabía hasta qué punto yo estaba enterado de todo. Volvió a aparcar, y le hablé sin tapujos.

—Naiara, sé quién eres, ¿qué pensabas hacerle a Amanda?

—¿De qué me hablas? Es ella quien pretende extorsionarme —se defendió—. ¿Cómo has sabido lo de Mark?

Su cara lucía blanca encalada, queriendo indagar cuánto de enterado estaba yo sobre sus tejemanejes.

—Eso es lo de menos. Lo que me ha dolido ha sido enterarme de lo de Samuel.

Se mordió el labio de pura ira hasta hacérselo sangrar en ese momento.

—Baja de inmediato del coche, maldito.

—Eso ya lo acabo de escuchar, todas me maldecís.

—Yo llevo años maldiciéndote, cabronazo.

—Naiara, sé que crees que lo has urdido todo desde el principio y es muy grave…

—¿Y me lo dices tú que cargas con el peso de una muerte en tu conciencia y como si nada? ¿Qué digo? Ni que tuvieras conciencia. ¡¡Te odio con toda mi alma!!

—¿Y hasta dónde ibas a llegar por culpa de ese odio? ¿Le harías daño a Karol para que yo también me quedase sin mi hija?

—¿A Karol? ¡¡Eso nunca!! Si ni siquiera quería relacionarme con ella…

—Hasta que lo hiciste.

—No quiero hablar de eso. Jamás, ¿me oyes? En la puta vida le habría hecho daño a la niña. Todo el mío iba dirigido a ti.

—Pues puedes darte por contenta porque me lo has hecho, y mucho.

—¿Por contenta? No, no lo estoy… Es cierto que deseaba joderte la vida, que te enamorases de mí hasta las trancas, y luego robarte, ridiculizarte y que te quedases hecho un guiñapo como me quedé yo. No planeaba matarte ni mucho menos a tu hija. Tampoco a Amanda, con quien solo pretendía llegar a un acuerdo. En mi intención no ha estado en ningún momento mancharme las manos de sangre como hiciste tú.

—Ya está bien, Naiara. Yo no maté a tu novio; se suicidó.

—¡¡Por tu culpa!! Samuel era un chico muy sensible al que gritaste impunemente y le hiciste sentirse peor de lo que todavía estaba. Él no andaba bien y tú le pusiste la puntilla. A partir de entonces, no fue el mismo, terminó de joderse del todo y acabó colgándose de una maldita soga ¡¡en nuestro propio dormitorio!! Fui yo quien me lo encontré, ¿sabes? Y juré que me vengaría… Y eso que no sabía lo que vendría detrás.

—Tu aborto, ¿verdad?

—Eso es… Era la segunda vez que me quedaba embarazada y estábamos muy ilusionados. El embarazo había animado mucho a Samuel. Meses atrás habíamos perdido otro bebé. Los médicos me dijeron que era muy joven, y tanto que lo era. Por tanto, no debía preocuparme; enseguida volvería a concebir. Y así fue… Se trataba de una niña, ¿sabes? Y la perdí a los pocos días de la marcha de su padre. Esa vez, el embarazo estaba más avanzado y habría llegado a buen puerto de no ser por tu culpa. Por eso, cuando me hablaste de que, hace un tiempo, no eras tolerante con tus empleados… Te habría estrangulado, cabrón.

—Naiara, siento mucho dolor, pero yo no tuve la culpa.

Traté de sostener sus muñecas y me dio tal empujón que casi me saca por la ventanilla.

—¿Vas a decir que no, criminal?

—Mírame a los ojos y dime que, conociéndome, no has puesto en tela de juicio durante este tiempo que eso pudiera ser así. Dime que no has pensado que soy incapaz de llevar a alguien a ese estado. Y menos por puro gusto.

—Soy abogada, ¿lo recuerdas? Así que a las pruebas me remito; Samuel se suicidó y fue por tu culpa. Y yo perdí a mi niña. Cuando conocí a Karol, y la vi tan linda, te odié más por tenerla en tu vida después de haberme despojado de la posibilidad de criar en mis brazos a mi hija.

—Así que ansiabas ser madre, todo lo que me dijiste era mentira.

—Por supuesto, no merecías conocer mi verdad. No hace falta que muevas un dedo, yo misma redactaré mi carta de despido, ¡¡vete al puto infierno y quémate en él, Teo Pereyra!!

Puso el coche en marcha y me amenazó con tirarme en marcha si no me bajaba. Naiara estaba hecha un mar de lágrimas y temí que sufriera un accidente de permitirle conducir así. Por desgracia, no estaba en mi mano y no tuve más remedio que bajarme.

Por fin había sido sincera conmigo, aunque algo en todo aquello me perturbaba. Decía odiarme con toda su alma, pero mi sexto sentido me decía que, en el intento de venganza, se enamoró de mí como yo de ella.

Otras cosas no las vi venir y era evidente… Pero esa no había quien me la apartase de la cabeza.

Capítulo 58



Naiara

¿Yo una asesina? ¿Teo había pensado eso? Yo solo busqué justicia desde el principio.

Soy abogada y cuando estudié la carrera lo hice por vocación. Desde mi graduación todos me dijeron que picase alto porque podría llegar a donde me diese la gana; era brillante para ello.

Nunca me había planteado dedicarme a la abogacía de empresa. A mí me interesaban las personas y, guiada por mis ideales, me dediqué a temas de Derecho de Familia.

Samuel, mi querido novio, estaba cada día más orgulloso de mí. Él también era un cerebrito y pronto, tras finalizar sus estudios, entró a trabajar con los Pereyra.

Ascendió con rapidez y estaba muy bien considerado. Yo también comencé a ganar mis casos y adquirí fama como abogada invicta, ya que mis compañeros me temían cuando me enfrentaba a ellos.

No sería porque fuese dura en aquel entonces, mi dureza se desarrolló más tarde; cuando perdí lo que más quería.

Por medio, Samuel y yo nos habíamos planteado ser padres. Éramos muy jóvenes, sí, pero a los dos nos fascinaban los niños. Y cuando él comenzó a presentar síntomas de depresión creí que sería la mejor manera de alegrarle.

Nunca supe de dónde vinieron esos primeros síntomas depresivos que a menudo le llevaban a que los ojos se le llenasen de lágrimas por las buenas. Él, que había sido un chico tan alegre y divertido, parecía estar hundido. La pérdida del primer bebé no ayudó en ese sentido, por lo que pronto nos pusimos manos a la obra para engendrar el segundo.

Samuel estaba muy contento con la idea de ser padre y me prometió que, gracias a la niña, lucharía con uñas y dientes para salir de ese estado que le estaba restando la alegría de vivir.

Recuerdo que un día, para animarle, le puse la canción de Antonio Flores de “Alba”, esa tan bonita dedicada a su hija… *“Pude entender que eras un pedazo de mi ser, tan igual a mí…”*

La tarareamos juntos y, una vez que terminó, me habló.

—Quiero que se llame Alba, ¿te parece buena idea?

—¿Alba? ¡¡Claro!! Es un nombre precioso…

Me tomó por la cintura y me besó. Algo me decía que las cosas estaban mejorando mucho y que, igual que al genial intérprete de la canción, la llegada de nuestro niña le haría el hombre más feliz. Así lo intuía y así lo soñaba.

Nuestro mundo parecía equilibrarse y ya me veía formando esa familia con él, dejando atrás la mala racha por la que habíamos pasado.

Difícil olvidar el día que me llamó, entre llantos, diciéndome que Teo Pereyra le había despedido tras darle varios gritos. El escalofrío que sentí me indicó que igual eso suponía un serio obstáculo en su mejora y, por tanto, en el cumplimiento de nuestros sueños.

Hasta ese día, no había odiado a nadie. Y al tal Teo le odié con toda mi alma, estrenando un sentimiento que jamás quise que debutara entre el resto de los que albergaba en mi pecho.

Estaba destrozado y le prometí que buscaríamos a un buen abogado laboralista que obligase a los Pereyra a readmitirle. No me dio tiempo, estaba en ello el día que volví del trabajo y me encontré con la más dantesca de las escenas; su cuerpo perdiendo de una soga amarrada al techo de nuestro dormitorio.

En ese justo instante sentí una punzada en el vientre y supe que algo se había roto en mi interior, y no solo a nivel sentimental; nuestra hija comenzó a agonizar, aunque los síntomas se mezclaron con el dolor propio del momento y no dieron la cara de manera definitiva hasta unos días después, tras enterrar a su padre y comenzar el duelo.

Otra fuerte punzada me llevó directa a la camilla del ginecólogo que me dio la peor de las noticias; el corazón de Alba había dejado de latir.

De ser tres, quedé yo sola en el día en el que entendí que el mío tampoco latía y que, probablemente, no volvería a hacerlo nunca como hasta entonces. Simplemente, me mantenía viva por inercia.

Me volqué en mi profesión y, con la venganza de Teo Pereyra planeando sobre mi cabeza 24/7, me pasé a la abogacía de empresa para ir haciéndome un nombre y llegar a atraerle algún día. Convertirme en la mejor del sector me obligaba a viajar y eso me venía bien.

A partir del momento en el que Teo me conociera, no podría pasar de mí, y su antiguo abogado me proporcionó la excusa idónea al flaquear.

Para entonces, ya tenía la maquinaria de la venganza en marcha y había contactado con la madre de su hija Karol, en Londres, urdiendo un plan que llevaría a Teo a descender a los

infiernos, de donde le rescataría. Sería el comienzo de otros muchos planes concienzudos que le harían enamorarse perdidamente de mí.

De Teo Pereyra se decía que nunca había amado de verdad. Y yo contaba con poderosas razones con las que atraerle lo suficiente como para que conociera la sensación de enamorarse y luego perder al amor de su vida.

Me orinaría encima de ese amor y le abandonaría, robándole de por medio. Él también me había robado y algo mucho más valioso.

Nunca le habría hecho un daño que no fuese moral. Y mucho menos a su hija. En mi nueva vida, me volví una versión mucho más dura de mí misma y hasta llegué a creerme que ya no me gustaban los niños… Hasta que me conmovió el problema de Marta (en cuyo pellejo podía ponerme muy bien) y hasta que me relacioné con Karol.

No entraba en mis planes iniciales meter a la niña en aquello… Pero fue entrando y, cuando la tenía delante de mí se convertía en mi debilidad. La hija del hombre al que más odiaba en el mundo tenía fijación conmigo y me estaba ganando poquito a poco.

No era lo peor… Y eso que me pesaba bastante. Lo peor era que en muchos momentos, a lo largo de aquel tortuoso camino, Teo Pereyra logró que me olvidase de mi propósito y hasta que llegase a creer que le amaba… ¿Amarle a él? ¿Al ser que me había hecho el más terrible de los daños? Tanto dolor debía haberme trastocado más de lo que yo misma podía llegar a imaginar.

Me habían pillado antes de tiempo. Amanda también jugó sus cartas y descubrió las mías. No existen los planes perfectos, aunque en cierto modo me había salido con la mía, puesto que a Teo le dejé destrozado. Esa era la buena noticia. La mala era que yo no salí mejor parada.

Capítulo 59



A partir de ese día, algo se había roto en mi interior.

Borja me decía que, si no me la quitaba de la cabeza, terminaría definitivamente conmigo.

Mi problema era que Naiara ya había terminado, ya había hecho ese trabajo. Lo hizo desde el mismo día que entró en mi vida.

¿De veras me creía el culpable de la muerte de Samuel? Por el amor del cielo, no di credibilidad a las palabras de la familia de ese chico cuando las pronunciaron, ¿también ella pensaba así?

Pues sí, y más que ninguno de ellos por lo que estaba viendo. No solo lo pensaba, sino que pasó a la acción. Y yo me estaba muriendo de amor y de pena a la vez.

Entendía muchas cosas: su dureza, su hermetismo, su falta de datos a la hora de hablar de su vida pasada… Había inventado muchas cosas en pos de darle verosimilitud a una historia planeada desde el principio para reducirme a cenizas.

Fue el mismo Borja, ese que tenía sentimientos encontrados sobre lo mío con Naiara, quien me dio una idea que en principio podía parecer rocambolesca, aunque lo cierto es que a esas alturas ya tenía bien poco que perder.

—¿Y si le pides a David que investigue un poco más?

—¿Para qué, amigo? Ya sé todo lo que tengo que saber sobre Naiara: quién es, por qué me odia, qué pretendía de mí…

—No hablo de Naiara, sino de Samuel.

—No te estoy pillando.

—Lo que te voy a decir igual te suena a cuento chino, pero tú tampoco tienes ya nada que perder. Sabes que yo me relacioné con ese chico, con Samuel, mucho más que tú.

—Y que lo digas, yo mantuve poco contacto con él. Y eso que pasó un tiempo en la empresa.

—Correcto. El tiempo suficiente para que yo pensase que un cambio de carácter como el que él experimentó obedece a una razón poderosa.

—No te sigo.

—Sabes que mi instinto no me suele fallar y te digo algo que ya te comenté en su momento, pero que quizás ni recuerdes.

—Quizás sí, me comentaste que debía estar metido en problemas. Que la depresión de caballo que sufría no era normal.

—Exacto… Veo que la memoria la conservas.

—De milagro, porque estoy hecho mierda.

—Lo sé y me duele. Habla con David. Hazme caso.

Lo hice. ¿Y si había algo que esclareciera los motivos por los que Samuel se convirtió en otra persona y dejó de rendir en el trabajo? Sentía haberle gritado, pero no era previsible que nadie se suicide por un par de gritos.

David se puso a ello y, en aquella ocasión, tardó algo más en descubrir la verdad. Hablo de una semana en la que yo seguía siendo un zombi. No creía demasiado en la posibilidad de que se obrara un milagro que devolviese a Naiara a mis brazos, pese a que seguía pensando que llegó a sentir por mí mucho más de lo que era capaz de confesar.

La tarde en la que me reuní con David, la cabeza me iba a estallar. Llevaba sufriendo dolores tan frecuentes e intensos que hasta mi madre y hermanas tuvieron que echarme un cable con el cuidado de Karol.

—Cuéntame —le dije.

—Alegra esa cara de estreñido que traes, Teo Pereyra, que hoy es tu día de suerte.

—¿De suerte? ¿Eso qué es? —le pregunté mientras sacaba una pastilla que aliviara el dolor y me la metía en la boca.

—Samuel estaba hasta las cejas de deudas cuando decidió marcharse de este mundo.

—¿De deudas? Pero si contaba con un buen sueldo y Naiara también…

—Ya, pero cuando te lo juegas todo, es lo que tiene. Verás, puedo darte datos del casino en el que apostaba cada día. Y también de la gentuza con la que entró en tratos para que le prestaran dinero con el que seguir jugando. Gentuza de esa que es capaz de hacerte picadillo si no

respondes.

—¿Samuel era un ludópata?

—Lo era. Su depresión era el fruto del proceso en el que estaba metido, el cual no conocía Naiara ni tampoco ningún miembro de su familia.

—Se lo estaba comiendo él solito.

—Del todo. De ahí que su cabeza estuviera ocupada con sus problemas.

—Y dejara de rendir en la empresa. Joder, si me lo hubiera dicho…

—Imagina la vergüenza que sentiría. Un chico como él, con un currículum impecable.

—Con razón imploraba que no le despidiera. Y le grité, le grité…

—No fueron tus gritos los que le enviaron a la tumba, evidentemente. Fue una llamada por parte de uno de esos criminales exigiéndole el pago del dinero íntegro ese mismo día a cambio de no partirle piernas y brazos. Eso para empezar… No me preguntes cómo he conseguido saber el contenido de esa conversación y tampoco te saldrá gratis, pero esa gentuza le amenazó incluso con ir contra Naiara y el bebé si no pagaba.

—Se quitó la vida para protegerlas…

—En cierto modo sí, porque no era capaz de buscar una solución para su problema.

—Es terrible…

—Pero te exime de responsabilidad. Si amas a Naiara como dices que la amas, no dudes en ir a buscarla y contarle todo esto. No esperes que dé saltos de alegría, ya que se trata de una noticia muy triste, pero sabrá ver que no fuiste el culpable de eso de lo que te acusa.

—David, tu trabajo ha sido increíble.

—Ojalá también lo sea el resultado de tu encuentro con ella.

Me dio mucha pena conocer los verdaderos motivos que llevaron a Samuel a suicidarse, si bien me alivió conocer que no tenían que ver directamente conmigo. Mi actitud con él no fue la causa de aquella barbaridad, sino la consecuencia de que ese chico estuviese metido en mierda hasta el pescuezo.

Necesitaba contarle a Naiara. Necesitaba decirle que aquellos años de amargura por su parte no la llevaron a mirar en la dirección correcta. Y que yo habría cometido mis fallos, pero que los canallas eran otros.

Capítulo 60



Apenas daba crédito cuando me planté delante del portón de su casa. El portero, que estaba allí durante el día, me dejó pasar cuando le dije que era amigo de Naiara y deseaba darle una sorpresa.

—Pues mal no le vendrá a esa chica, la verdad —me comentó mientras se encogía de hombros.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque la noto muy desmejorada y apenas baja a la calle para nada. Se ve que eso de no estar trabajando no le hace bien. Con la fuerza que ella parece tener, ¿no será usted colega abogado de ella?

—No, no lo soy. Gracias por la información.

Temí que formase un escándalo al verme delante de su puerta. Al fin y al cabo, la última vez que nos encontramos me envió de cabeza al infierno para que me quemase en él.

Debió quedarse atónita cuando descubrió, a través de su mirilla, quién estaba llamando.

Podría haber optado por no abrirla, solo que entonces no sería ella. Y no hubiera escuchado la dureza de las palabras que debía estar deseando proferir contra mí.

—¡¡Maldito hijo de puta!! —chilló al hacerlo— ¿Se puede saber qué buscas aquí?

—No busco nada, más bien he venido a traerte esto —extendí mi mano.

—¿Y qué mierda es eso? ¿El finiquito? ¡¡No quiero nada de ti!!

—No, es algo que puede cambiarte la vida y que te dará un punto de vista distinto sobre nosotros, Naiara.

—¿Sobre nosotros? ¿Qué clase de bufón eres tú? ¿Es que crees que a ti y a mí de verdad nos une algo?

Había dolor en sus palabras… Dolor no solo por el tema de Samuel, sino porque me estaba convenciendo por segundos de que, si no me sostenía la mirada, era para no darme el gusto de encontrar en ella algo a lo que agarrarme.

—Sí, nos une el interés por conocer los verdaderos motivos que llevaron a Samuel a quitarse la vida.

—¿Qué dices? ¿Cómo te atreves a nombrarlo siquiera? ¡¡Deberías lavarte la boca con jabón antes de hacerlo!!

—O con lo que tú quieras, Naiara, pero léelo, por favor.

—Si llego a descubrir que esto es un pretexto para entrar en mi casa, me las pagarás. Te lo juro, Teo Pereyra.

—No es ningún pretexto. Es algo que, pase lo que pase con nosotros, debes conocer. Una transcripción literal que he conseguido de la última llamada de teléfono que recibió Samuel antes de… Ya sabes.

—¿De qué mierda me hablas?

—Cogió el portafolio en el que se lo metí y lo abrió. Echó un vistazo y su mirada fue de desconcierto total.

—¿Quién le estaba amenazando? ¿Esto te lo has inventado para escurrir el bulto?

—Esto es algo que he conseguido de una manera, digamos que poco legal. Estoy segura, conociéndote, que te pondrás a ello y que conseguirás que un juez autorice, cogiéndole de improviso, la revisión del teléfono de ese criminal. Por alguna razón, el contenido de la llamada sigue grabado en él. Te adjunto su nombre y el del resto de malhechores que amenazaron a Samuel hasta hacerle pensar que no había salvación para él, no si quería seguir protegiéndoos a ti y al bebé.

—¡¡Mierda, mierda, mierda!!

Lágrimas como puños comenzaron a rodar por las mejillas de Naiara, quien comprendía por fin el motivo de esa depresión que iba arrastrando su novio con motivo de aquella terrible adicción de la que vivía preso.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué le exigían esa cantidad de dinero? ¿En qué estaba metido?

—En el juego. Tengo datos del casino que frecuentaba y de cómo uno de sus gerentes forma parte de esa panda de usureros, criminales y aves de carroña que le prestaron el dinero para que siguiera endeudándose.

—Pobre Samuel…. Si lo tenía todo en la vida, ¿por qué? ¿Por qué no acudió a mí?

—Por vergüenza. Debía quererte mucho, eso es cierto.

—No sabes cuánto. No te haces una idea… ¿Te acuerdas cuando te conté que Mark me había salvado de una relación anterior, gracias a su cariño?

—Y Mark no podía ser, claro.

—No, fue Samuel, a quien le debía lealtad eterna, aparte de que estaba muy enamorada de él. Antes de que saliéramos, mantuve una relación tóxica con un chico mayor que yo. No era más que una chiquilla y me dejó hundida. Fue Samuel quien curó mis heridas, lamiéndolas.

—Lo siento mucho, ojalá pudiera hacer algo más por ti, Naiara. Debes saber que…

—Ahora ya sé que no fuiste tú quien le empujaste al abismo de esa locura. Lo siento, Teo.

—Bonita, es que yo…

—Teo, que lo sienta no quiere decir que vaya a volver contigo. Eso también lo siento. Debes entender que todo lo que me ha unido a ti, el motivo que me llevó a acercarme, tiene que ver con el hecho más dramático y siniestro de mi vida.

—Eso lo entiendo, pero…

—No hay pero que valga. Agradezco que hayas esclarecido el asunto. Tan lista para unas cosas y tan tonta para otras. Nunca me dio por pensar que Samuel estuviera metido en un marrón, y fíjate.

—Eras muy joven, él lo encubrió como una depresión… No debes culparte.

—No lo haré, solo buscaré justicia para él. Después seguiré con mi vida, Teo. Debes saber que te estoy agradecida, pero hasta ahí. No tengo nada más para ofrecerte ni nunca lo tendré.

—Entonces, si va a ser así, dame al menos una respuesta a la pregunta de si llegaste a sentir que comenzabas a amarme, por favor.

—Sí, así es. Y me parece justo que lo sepas porque tú me has ayudado, y si saberlo te ayuda a ti…

—Me entristece mucho saber que no veas ninguna solución para nosotros, pero necesitaba saberlo. Gracias, ¿puedo darte al menos un abrazo?

Al principio solo se lo di yo, aunque en el momento en el que me iba apartando, para salir de su casa, ella también me abrazó. Y lo hizo fuerte como un roble.

Lo definiría como el abrazo más intenso y triste de mi vida. Un abrazo tras el que se cerró la puerta y que me indicó que la había perdido para siempre.

No en todas las ocasiones es posible ganar, por mucho que como empresario que juega duro, estuviera acostumbrado a hacerlo.

Como mínimo, me llevaba la sensación de haberla ayudado. Su sentido de la justicia la conduciría a lograr que se impartiera y eso le devolvería algo de la vida que había perdido años atrás.

A mí… A mí no esperaba que el destino me devolviese nada después de arrebatarme lo que más deseaba.

Capítulo 61



Naiara

Los meses que transcurrieron desde aquel día en el que Teo arrojó luz sobre la muerte de Samuel habían sido los más intensos y contradictorios de mi vida.

Le había perdido a él y eso me dejó un sentimiento de vacío inmenso. Tras Samuel no volví a amar a ningún hombre hasta que entré en contacto con Teo Pereyra, quien se suponía que era mi peor enemigo, pese a lo cual me conquistó.

Cuando le di aquel emotivo abrazo, antes de que se marchase, estuve a un tris de decirle en el último momento que se quedase. Si no lo hice fue porque creí que sería mejor dejarle marchar por mi salud mental.

Ya no tenía motivos para considerar que era culpable del suicidio de Samuel; sin embargo, me imaginé que en sus brazos nunca podría pasar página, pues el comienzo de nuestra historia me recordaría a esa tan dramática y turbia que azotó mi pasado.

Así las cosas, me decidí a lograr que un juez impartiese justicia y lo logré. Gracias al contenido del móvil de aquel odioso tipo que amenazó a Samuel de la forma más cruel, no solo rodó su cabeza sino también la del resto de canallas asociados con él.

El día que tuve la sentencia en la mano, sentí alegría y pena por un lado… Corría el mes de noviembre y estábamos a un paso de las Navidades.

Cerca del juzgado, había un mercadillo navideño en el que me senté en una mesa a tomar un chocolate caliente que me ayudase a entrar en calor. Llevaba fuera de la ciudad varios meses, y solo acudía a ella en ocasiones puntuales como aquella, en la que la pesadilla terminó con una condena de varios años de prisión para cada uno de esos delincuentes.

La justicia no es perfecta porque ninguna sentencia condenatoria podría devolverle la vida a Samuel ni tampoco a mi malograda Alba. No obstante, con aquel chocolate caliente en la mano sentí que el frío que inundó mi alma cuando ellos se me fueron comenzaba también a marcharse.

Se lo debía… Se lo debía a aquel pequeño que llevaba dentro de mí; al hijo que concebimos

Teo y yo, y del que su padre no sabía absolutamente nada.

Estuve tentada en más de una ocasión de correr a sus brazos, de contarle y de que me acompañase en la maravillosa aventura de ser madre. Le eché tanto de menos cuando escuché los primeros latidos de su minúsculo pero fuerte corazón… Mi hijo sería fuerte como yo lo había sido, pero no sería justo (ya que tanto hablo de justicia) que me refiera a él como si no tuviese un padre que sí tenía.

Ese día hubiera sido el idóneo para ir a contárselo a Teo. Nada sabía de su vida, incluso existía la posibilidad de que la hubiese rehecho en ese tiempo, pero aun así no me cabía duda de que se haría cargo de su hijo, porque si algo me había demostrado era quererme.

Teo cambió a mi lado igual que yo cambié al suyo. En resumidas cuentas, ambos nos hicimos bien y eso era algo que no debía aparcar, que debía recordar siempre. Un motivo suficiente para haber ido a buscarle.

No, si os estáis preguntando si vencí al miedo aquel día, no lo hice. No soy tan fuerte como pueda parecer a priori y, de hecho, temía que ese nuevo y sereno mundo que había creado para mí y para el bebé se trastocase demasiado si daba ese gigantesco paso.

En ningún momento dudé que le llamaría como a su padre. Ese sería mi homenaje para él, aunque muchos me podréis considerar una total hipócrita, aparte de egoísta, porque Teo ni siquiera sabría que tendría un hijo, por lo que difícilmente podría enorgullecerse de que llevase su nombre.

Como he referido antes, le eché de menos desde el principio del embarazo y a lo largo de él, pero el día en que di a luz me sentí especialmente sola. No soy una persona que dé su brazo a torcer con facilidad, así que me tragué mis lágrimas y, un par de días después, ya le tenía en casa.

El bebé más bonito del mundo, que nació con el mismo hoyuelo que su padre en la barbilla (un signo distintivo para comérselos a ambos) apenas tenía unas cuantas semanas de vida aquella tarde de Nochebuena en la que, de la manera más impulsiva, lo monté en el coche y me dirigí hacia casa de Teo. Recordaba que me había contado que ese año cenarían en su casa por deseo de Karol, quien quería poner una decoración especial y que todos la disfrutasen.

¿Cómo olvidar su mirada cuando abrió la puerta y me vio allí con el bebé en brazos?

Os aseguro que, si no se desmayó, fue de milagro. Y entonces, sin pronunciar palabra y con unas lágrimas absolutamente contagiosas por su parte, vimos avanzar a Karol.

—Papá, ¿quién es? ¡¡Pero si es Naiara y con un bebé!! ¡¡Y se parece a ti!!

El parecido era evidente hasta para una cría de corta edad, quien cubrió su boca con las manos como para no dejar salir la ilusión.

—Es nuestro hijo, es nuestro hijo… —murmuraba Teo sin dejar de mirarnos.

En aquellos años, nunca se volvió a plantear ser padre, aunque después me confesaría que conmigo habría sido distinto; que lo habría querido todo.

El escándalo que se montó fue mayúsculo y los demás acudieron a la puerta. Los conocía bien y el bebé rodó de brazo en brazo. No era el único de la casa, ya que había nacido también Cristina, la hija de Marta.

Teo me rodeó con sus brazos y besó mi frente antes que el resto de mi rostro.

—Dime por favor que ahora sí, que ahora vienes a quedarte en mi vida.

—Ahora sí, el día en que nos despedimos, en mi casa, te dije que…

—Que no tenías nada más para ofrecerme y que nunca lo tendrías, no he podido olvidarlo.

—Pues me equivoqué, Teo. Enseguida descubrí que nos unía algo más que un siniestro recuerdo.

—Me has dado vida, Naiara, me has dado vida —me decía mientras besaba mis labios.

—Y también se la he dado a ese pequeñín, sí.

—Ojalá hubiera estado allí para ayudarte.

—No podías empujar por mí —le sonreí—. No podía, Teo, necesitaba estar segura de dar este paso. Se hizo justicia con lo de Samuel, ¿sabes?

—No lo he dudado en ningún momento.

—Y ahora lo justo es que ambos disfrutemos de nuestro niño, porque veo que por aquí no hay ninguna nueva novia.

—No he podido volver a estar con nadie en estos meses, no se me ha pasado ni por la imaginación. Tu recuerdo continuaba latente. Cásate conmigo, por favor te lo pido, cásate conmigo.

—¿Casarnos? Si eso nunca estuvo en tus planes, eso…

—Eso es lo que quiero contigo, lo que más deseo en este momento, y no porque piense que te me vayas a escapar otra vez, sino porque lo ansío con todo mi corazón.

—Nos casamos, Teo, vale —murmuré incrédula.

—¿¿Nos casamos, cariño??

—Nos casamos, ¡¡vamos a tirar la casa por la ventana!! ¿Y sabes qué? Que si quieres puedes llamarme hasta nena.

Ignoro si llegaron antes los besos o las risas por mi comentario, solo sé que me invadió la misma sensación de dicha que a él, esa que le llevó a gritar a los cuatro vientos que ¡¡nos casábamos!!

Las miradas de sus familiares, atónitas, eran para fotografiarlas. Y en particular la de Karol, quien comenzó a llorar de la emoción.

Unas Navidades más alegres y entrañables que esas no se nos podían haber planteado.

De las muchas situaciones que podría haberme encontrado al picar su puerta con el pequeño Teo en brazos, se me dio la mejor de todas.

Su padre (quien por cierto recibió con la máxima de las ilusiones que llevara su nombre) me recibió con la escopeta cargada. Y no solo lo digo por esa precipitada proposición de matrimonio que nos llenó de alegría, sino por la increíble y excitante noche que pasamos cuando los niños dormían.

Antes de eso, Teo bajó a mi coche a por la cunita de viaje que portaba en él y en la que el bebé descansó como un bendito tras su última toma. Por fortuna, dormía muy bien y no solía despertarse más que una vez a media noche en la que berreaba hasta recibir ese alimento que le volvía a dejar frito.

Su padre y yo también quedamos dormidos, pero tras volver a hacer eso que tanto habíamos echado de menos… Cuando sientes la química con el otro que nosotros sentíamos, da igual el tiempo que haya pasado; las chispas saltarán como si nunca os hubierais separado. Nosotros lo experimentamos en una noche mágica en la que Santa Claus nos dejó el mejor regalo navideño; la certeza de que éramos una familia y de que viviríamos como tal.

Epílogo



Tres años después…

Nuestra boda se celebró el siguiente verano y jamás la olvidaremos.

Naiara lució radiante como nunca en un día en el que la alegría lo colmó todo. Sexy como era, pero mucho más dulce que esa que conocí, aquella que desposé había vuelto a sus orígenes.

No digo con esto que mi mujer se convirtiera en sirope de chocolate, pero sí que perdió parte de esa dureza que la acompañó durante unos años en los que no era ella, en los que el deseo de venganza hablaba por su boca.

Naiara no tenía padres ni apenas familiares. De ahí que, en su día, se aferrase mucho más a Samuel. Por ese motivo, mi familia se convirtió en la suya desde aquella Navidad en la que todo cambió.

Cómo olvidar el momento en el que descubrí que volvía a ser padre… No me negaréis que mis dos paternidades han sido bastante originales.

Me dio pena, es innegable, que pasase sola tanto el embarazo como el alumbramiento. No lo digo por mí, de veras que lo digo por ella. Por supuesto que me hubiese encantado participar, pero lo admirable es que, una vez más en su vida, se vio envuelta en una circunstancia de esas que quitan el hipo, demostrando su fortaleza.

Hasta que no estuvo preparada, y sus heridas cicatrizadas, como que no volvió a mí. Lo respeté desde el principio y no puedo sino agradecer al universo que me la trajese de vuelta ¡¡y con el pequeño Teo en brazos!!

Cielos, cuánto hemos disfrutado de nuestros hijos desde entonces. Y si hablo en plural es porque Naiara me dejó bien claro desde el primer momento que, a mi lado, estrenaría maternidad por partida doble. En otras palabras; que querría a Karol como a su propia hija.

Naiara es una de esas personas que no prometen por prometer, sino que conocen el verdadero sentido de la lealtad. Nadie diría, viéndola con nuestros dos hijos, que solo ha dado a luz a Teo. Adora a Karol igualmente y no digamos ya la pequeña a ella, a quien comenzó a llamar mamá

desde el principio.

Por cierto, que si algo podemos afirmar de nuestra hija es que, toda la lata que me dio en su día peleando con Rubén me la compensó ejerciendo como cuidadora de Teo, a quien ama con locura. Naiara opina al respecto que en ella tenemos a una pequeña canguro, y así es. Para verla cambiando pañales y hasta dando biberones…

Cómo no, mi atractiva abogada volvió a trabajar conmigo cuando Teo cumplió unos meses. Mis padres se empeñaron en el que no le llevaríamos a ningún centro infantil, sino que cuidarían de él igual que hacían con Cristina, mi pequeña sobrina.

Hablando de sobrinos, Hugo maduró mucho durante aquellos años en los que se convirtió en un chaval muy protector de su madre y comenzó sus estudios universitarios siguiendo mi senda. ¡¡Si hasta le tenemos de becario!!

Marta no quiere pareja porque su idea es viajar cada vez que le sea posible con su hija, las dos solas. Tiene su vida así montada y su opción es tan válida como cualquier otra.

Olivia sí comenzó a salir con un creador de contenido famoso como ella, ¡¡con el que ya lleva un año casada!! Aún no esperan descendencia, pero lo tienen en mente.

Daniela, tras aquellos años en soledad muy pendiente de Hugo, se acaba de echar novio. El chaval es un dentista que trabaja para ella y al que mi hermana le saca unos añitos. Un yogurín para la buena de Daniela, que ya se merecía algo bueno.

Estoy dando un repaso a esos que permanecieron en nuestra vida durante aquellos años, los mismos que asistieron expectantes e ilusionados a nuestras boda.

En él, cómo podría faltar mi Borja, quien se ha casado con Nico. En principio no se plantean una paternidad inminente, si bien afirman que todo se andará. A quien más ilusión le hace es a su madre, María, esa mujer humilde que también recibió una dulce sorpresa en su jubilación.

La cosa tuvo su gracia, os la resumo… Resulta que María, que no hizo más que trabajar en su vida, nunca había ido de crucero, y era su sueño.

Cuando Borja y Nico se casaron, ¡¡decidieron llevársela de luna de miel!! Como lo leéis… Se fueron los tres. Nico adoraba también a su suegra y, aunque ella decía que ni loca les chafaría un viaje tan importante, su yerno le respondía, a lo Mario Vaquerizo, que la quería con locura y que sin ella no ponían un pie en el barco.

En buena hora le hizo caso porque allí conoció a Lorenzo, un jubilado que estaba forrado. Al no tener hijos, y pese a que vivía en la otra punta del país, no dudó en trasladarse a nuestra ciudad para conocerla mejor. Y con el tiempo ¡¡también han pasado por el altar!!

Como veis, la vida ha sido generosa con todo mi entorno. En mi caso, no puedo más que agradecer al universo haberme dado la oportunidad de compartir mi día a día con Naiara.

Cuando una historia comienza como comenzó la nuestra, cuentas con la ventaja de que sabes que estás entregándole tu corazón a una persona capaz de cualquier cosa con tal de defender a los suyos y a lo que cree que es justo para ellos.

Hoy puedo decir con orgullo que ella conserva la esencia de la que me enamoré, pero que el cierre de sus heridas le ha supuesto poder tocar el cielo con la yema de sus dedos. Para que siga haciéndolo, la sostendré mientras viva.

No por eso, mi adorada esposa dejará nunca de sorprenderme. Aún hoy, en el momento que menos lo espero, se coloca su mono y yo el mío. La acompaño en moto porque el riesgo no es malo si se afronta con moderación.

Al fin y al cabo, Naiara me enseñó que la vida consiste en asumir retos. Y en eso estamos. Siempre juntos, disfrutando a tope de nuestros hijos y de lo bueno que aún está por venir… de su mano.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel